LOS NOVELISTAS DE
LA RUSIA ANTIGUA

DOSTOIEWSKI

LA VOZ INTERIOR

LA NOVELA
DEL SUBTERRANEO

EDICIONES JASÓN

Concesionario para la venta

Agencia Internacional de Librería

Blanca de Navarra, 5, Madrid

MARÍN CIVERA

EL MARXISMO

ORIGEN, DESARROLLO Y TRANSFORMACIÓN

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

1930

MCMXXX
JAVIER MORATA, EDITOR
MADRID

Librería y Editorial
CULTURA
461 Delicias 463 - Huérfanos 1165
Casilla 6040 - Santiago de Chile

6

LIBRERIA CULTURA
M. R.
HUERFANOS 1165—DELICIAS 461
SANTIAGO DE CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

EDICIONES
MORATA

TEMAS DE
NUESTRO
TIEMPO

MADRID

EL MARXISMO

ORIGEN, DESARROLLO Y TRANSFORMACION

VOLÚMENES QUE INTEGRAN LA SERIE

AL SERVICIO DE...

ALEJANDRO LERROUX.

Al Servicio de la República.

A. AGUILERA Y ARJONA.

Al Servicio de la Conciencia Ciudadana.

GABRIEL MAURA GAMAZO.

Al Servicio de la Historia.

JAIME TORRUBIANO.

Al Servicio del Matrimonio.

JULIO SENADOR.

Al Servicio de la Plebe.

J. SÁNCHEZ GUERRA.

Al Servicio de España.

L. JIMÉNEZ DE ASÚA.

Al Servicio del Derecho Penal.
Al Servicio de la Nueva Generación.

M. DE BURGOS Y MAZO.

Al Servicio de la Doctrina Constitucional.

PABLO IGLESIAS.

Al Servicio del Pueblo.

QUINTILIANO SALDAÑA.

Al Servicio de la Justicia.

SALVADOR MINGUIJÓN.

Al Servicio de la Tradición.

VÍCTOR PRADERA.

Al Servicio de la Patria.

Y otros de firmas igualmente destacadas.

MARIN CIVERA

EL MARXISMO

ORIGEN, DESARROLLO Y TRANSFORMACIÓN

PRIMERA EDICIÓN

MCMXXX
JAVIER MORATA, EDITOR
MADRID

Primera edición, diciembre 1930.

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
COPYRIGHT BY 1930
JAVIER MORATA
EDITOR . MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

IMPRESO EN ESPAÑA

ARGIS . Altamirano, 18 . Madrid . Teléfono 40[illegible]

INTRODUCCIÓN

Hace tiempo que venía preocupándome el debate que se sostenía desde las columnas de la prensa sobre si el marxismo había fracasado o si, en último caso, debía reformarse la teoría y orientarla por cauces nuevos sacados de la realidad social y económica.

Me causó sensación un juicio del famoso economista inglés, el profesor Keynes, en el que decía que el socialismo marxista seguirá siendo un enigma en la historia de las doctrinas. Y se preguntaba a continuación: ¿qué ha ocurrido que una doctrina tan ilógica e inconveniente haya ejercido una influencia tan fuerte y tan durable en el espíritu de los hombres y sobre la marcha de la Historia?

Estas frases un poco duras, dichas por hombre tan experimentado y conocedor del proceso económico mundial, me llevó a repasar, en orden lógico y sistemático, lo que había sido motivo de

lecturas profusas y profundas, si bien un poco desordenadas.

Y fruto de ello es este libro, en el que, como en el proceso fisiológico humano, se va viendo el origen del marxismo, su esquema o esqueleto, su nutrición, desarrollo y descomposición o transformación en nuevos vástagos más o menos legítimos, más o menos bastardos; pero nacidos indudablemente del mismo padre.

Yo no me ocupo aquí de si el socialismo está en su período de grandeza o en el de su servidumbre, como pretende Montagnon; ni si su doctrina ha perecido; ni si hay que romper o no con los viejos moldes de la ortodoxia para que se ajuste a los hechos actuales. Lo que yo trato es de analizar, demostrar y concretar lo que hay de vital en tan discutida teoría.

Creo que la esencialidad del marxismo no ha llegado a la masa, ni podrá llegar por su aspecto crítico y algo intrincado, cuya comprensión presupone ciertos conocimientos de índole económica y filosófica; pero creo que una exposición de sentido popular, como la presente, podrá llenar este vacío. El marxismo no es místico, sino crítico. De ahí su gran dificultad de llegar a las masas.

Para empezar el estudio hay que destacar de la obra de Marx dos grupos de teorías:

1.° Un conjunto de reglas que comprenden la

política del proletariado o de los partidos del proletariado, mejor dicho.

2.° Una doctrina social destinada a explicar la historia de la Humanidad en general y, más particularmente, la fase del capitalismo, sobre todo, las fuerzas que concurren a su disolución.

Formando el esqueleto del marxismo, llegó a mis manos un artículo de Labriola en el que trataba la cuestión política del socialismo.

Tratando de averiguar la contribución personal de Marx, se observan tres sistemas separados de política proletaria, que su autor defendió en el curso de su vida.

El primero de estos sistemas es el de la *revolución permanente y de la dictadura del proletariado*, que Marx defendió seguramente en el período de 1848-52. Esta tesis es la que aceptó Lenin y que ha venido a ser la doctrina oficial del bolchevismo ruso.

El segundo sistema es el del período de *la Internacional*, el cual se podría llamar *cooperativo-sindicalista*. Asegura Labriola, y yo lo he comprobado, que en el Manifiesto inaugural de la Internacional, en las pretendidas escisiones en la Internacional, y en el escrito sobre *La Communne de París*, el nombre *comunismo* desaparece. Ningún papel se asigna a los partidos políticos socialistas. Marx recuerda que los estatutos de la Internacional no conocen más que simples sociedades *obreras*, per-

siguiendo todas el mismo programa, que se limita a los grandes rasgos del movimiento proletario y deja la elaboración teórica a la impulsión dada por las necesidades de la lucha práctica.

Entonces, el movimiento cooperativo se consideraba como una de las más grandes victorias de la economía de las clases obreras sobre la economía capitalista.

El tercer sistema político del último período de la vida de Marx corresponde a las sugestiones que dió en la carta sobre el programa de Gotha. Allí se ven mezclados el sufragio universal, como medio de liberación del proletariado, y su débil recuerdo de la teoría de la dictadura. Parecía que Marx aceptaba la doctrina parlamentaria y el partido político electoral.

De aquí se deduce la trayectoria y la influencia de otros sistemas. La revolución permanente nos recuerda el *blanquismo* y el *babeuvismo*; la doctrina sindicalista y cooperativa, a Robert Owen y a Proudhon, y la lucha política parlamentaria, a la influencia de Lassalle.

Por eso decía muy bien Kautsky que el marxismo, en tanto que doctrina política, era la síntesis del utilitarismo inglés, del humanismo francés, y del pensamiento filosófico alemán.

En el pensamiento social de Marx se adivinan cuatro grandes teorías.

Una interpretación determinista de la historia.

en el sentido de una causalidad económica, salvo, evidentemente, que se determine bien el término *económico*, que no es tan simple como se cree, de acuerdo siempre con el gusto de Labriola.

Una doctrina del devenir social, expresada por la dinámica de la lucha de clases.

Una doctrina del capitalismo, considerado como un fenómeno de producción y de distribución de la plus valía, de la mercancía fuerza de trabajo.

Y, finalmente, una doctrina de las fuerzas que producirán la disolución del sistema capitalista y justificarán la previsión del comunismo.

¿Son originales de Marx todas estas teorías? No, ciertamente. Pero esto no le quita importancia.

El materialismo histórico tiene precedentes en algunos historiadores. Se cita el caso de Mignet, Louis Blanc, Thierry y Guizot, que escribió: "El estudio de las tierras debe preceder al del estado de las personas. Para comprender las instituciones políticas, es necesario conocer las diversas condiciones sociales y sus relaciones. Para comprender las diversas situaciones sociales es necesario conocer la naturaleza y relaciones de las propiedades."

La lucha de clases actual ya se conocía en la antigüedad. Véase las excitaciones de Catilina, Glauco y Dolabella, los grandes demagogos romanos. El propio Tito Graco.

Rothstein nos demuestra las doctrinas sobre los antagonismos y las luchas de clases en el período del *cartismo* inglés. Especialmente se aprecia esto en los escritos de O'Brien.

La teoría de la plus valía, que el propio Marx, en su *Histoire des Doctrines economiques*, reconoce en sus antecesores, especialmente en Ricardo y Thompson.

A pesar de reconocer todo esto, el valor de Marx está en la reunión de todas estas tendencias, parcialmente verdaderas, en un solo cuerpo, haciéndolas devenir el *hecho único* de la sociedad.

La obra de Marx es el resultado de una larga experiencia histórica.

Pero es evidente que el "viejo metal socialista, al fundirse en el crisol de su potente espíritu, bajo su pluma acerada y puntiaguda, adquirió un esplendor y una claridad que nunca había tenido y que, probablemente, no lo hubiera tenido jamás".

Doble es, pues, la razón del éxito de Marx: de un lado, su pensamiento representa lo que hay de eterno en el sentimiento y en el espíritu socialista, tal como los siglos los han forjado; y de otro, por haberles dado la forma concreta y definida que siempre les había faltado.

A veces, el secreto de la inmortalidad no está en el fondo, sino en la forma,

Por esto quedan identificados completamente socialismo y marxismo.

Ahora se discute el marxismo, pero yo creo que colocarse *más allá del marxismo*, es salirse de él, y, por tanto, del socialismo. Dejará de ser socialismo para convertirse en... otra cosa, pero no *el socialismo* por antonomasia.

PRE MARXISMO

El comunismo de Babeuf

Se puede decir que la historia del socialismo moderno empieza con Bafeuf. Bajo la influencia de Mably y Morelly, une, con su teoría, "La República", de Platón, al socialismo proletario.

La doctrina de Babeuf, dice Delevsky, era la primera doctrina socialista que formulara una vasta concepción y que trazase un programa político bien definido. Había tomado los elementos del pensamiento socialista expresado en las utopías del siglo XVIII, elementos que debían su origen a teorías anteriores. Pero la doctrina de Babeuf, elaborada en el curso de la Revolución francesa, debía necesariamente llevar el sello de los grandes acontecimientos y de los problemas esenciales de aquella época.

El socialismo deviene entonces una doctrina política, desarrollándose en un medio nuevo, sufrien-

do la influencia de la Revolución y de las ansias de liberación, llegando a ser un ideal real, que, por el esfuerzo de un gobierno democrático, se incorporará poco a poco a la vida.

Babeuf era un ardiente partidario de la Revolución y del 1793, pero no solamente aspiraba a la igualdad política y civil, sino a la igualdad económica, la *santa igualdad, la dicha de todos*. La voluntad del pueblo debía dar lugar a una nueva organización, a una *comunidad de bienes y de trabajo*.

No se puede, decía Babeuf, empeñarse contra sí mismo. Un pueblo no puede jamás encadenarse ni encadenar con las leyes las otras generaciones. En el fondo, decía en su *Tribuno del pueblo*, toda la política se reduce a garantizar a todos los gobernados la suficiencia de sus necesidades. No hay verdades más importantes que las que ha proclamado un filósofo en los siguientes términos: "Discurrid lo que os plazca sobre la mejor forma de gobierno y no conseguiréis nada mientras no destruyáis los gérmenes de la avaricia y de la ambición".

Es necesario hacer al coasociado independiente de los cambios y de las circunstancias desgraciadas; asegurar a su posteridad la subsistencia, y no dejar que el individuo se apodere de más de lo que necesite al retirar su producto de la naturaleza y el trabajo. El único medio para ello es el de

establecer la administración común; suprimir la propiedad particular; proclamar la validez y ayuda al talento; obligar a depositar en el almacén común el fruto en natura; establecer una simple administración de subsistencias que, llevando el registro de todos los individuos y de todas las cosas, las repartirá de acuerdo con la más escrupulosa igualdad...

Maréchal, uno de sus discípulos, decía en el *Manifiesto de los Iguales* que había que atender, no a ese reparto de tierras instintivo y brutal, sino a algo más sublime y más equitativo: al *Bien Común* o a la *Comunidad de los bienes*.

Los *Iguales*, denominación del grupo babeuvista, no pensaban establecer el comunismo rápidamente, sino que atribuían una gran importancia a la educación. Pensaban que pasarían los años, que las generaciones se mezclarían antes que se implantara el comunismo.

En el período de transición, el comunismo venía a ser un régimen de unión voluntaria, libremente consentida y del que podía participar cualquiera, formando una *gran comunidad nacional*, con desarrollo progresivo sin que se pusiera violencia alguna. Los de la *Conjuración de los Iguales* creían que el pueblo, por propio estímulo, renunciaría voluntariamente a sus bienes. Su programa era el de establecer una experiencia voluntaria del comunismo, alentado y empujado en medio de un Estado

democrático por la clase proletaria, la cual arrastraría en su corriente a los demás ciudadanos. Creían que la idea, el interés y la educación de la opinión pública, crearían un movimiento espontáneo y armonioso de solidaridad, el cual conduciría, de una manera natural, al comunismo y abarcaría toda la vida de la nación.

Ya se hablaba entonces de la concentración legal de las riquezas, del empobrecimiento de las masas, de la tirantez entre ricos y pobres y de una transformación general en el sistema de propiedad. Consideraban que las causas del mal residían en la institución de la herencia, la retribución desigual del trabajo y el estado precario de la existencia. El trabajo intelectual no debe ser privilegiado con respecto al esfuerzo físico. Son los intelectuales los que han dado un valor tan alto a su trabajo del cerebro; seguramente, si los fuertes hubiesen concurrido más al arreglo de la sociedad, hubieran establecido que el mérito de los brazos valía tanto como el del cerebro.

El individualismo, que caracteriza la sociedad moderna, tiene por consecuencia que ningún miembro tenga su existencia asegurada. El Estado debe socializar la propiedad y la producción; la propiedad privada sería completamente abolida, lo mismo que la herencia, y una igualdad perfecta sería observada en el goce de los bienes. Su concepción comunista es casi una sola negación del capitalismo.

Saint-Simón. El colectivismo

He aquí el fundador de una escuela socialista sin ser, propiamente hablando, un socialista. En su *Nuevo Cristianismo* profetiza y define la religión como medio de mejorar lo más pronto y completo posible la existencia física y moral de la clase más numerosa. Es una religión de la moral, superior a todas las otras ciencias físicas y matemáticas, una religión de la *dicha social del pobre*. Y estaba persuadido que cumplía una misión divina invitando a los pueblos y a los monarcas a vivir según el verdadero espíritu del cristianismo.

En sus *Cartas de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos* expone que la historia de la humanidad es la escuela de la educación de la humanidad. La ley superior del progreso del espíritu humano arrastra y domina todo, siendo los hombres sus instrumentos. Aunque la fuerza deriva de nosotros, no está en nuestro poder sustraernos a su influencia, salvo en sus efectos secundarios.

Todo lo que podemos hacer es obedecer a esta ley, verdadera Providencia, con conocimiento de causa y dándonos cuenta de la marcha que nos

prescribe. Las formas sociales subsisten mientras responden a las necesidades sociales.

Es posible organizar una teoría general de las ciencias, tanto físicas como morales, basada en la idea de la gravitación considerada como ley a la cual Dios ha sometido al Universo y por la cual lo rige.

Para Saint-Simon, la sociedad debe formar una suerte de pirámide en la que los trabajadores constituyan la base; después, los organizadores y jefes de industria; más alto, los sabios y los artistas, y en la cúspide, el poder real, luciendo la corona como un diamante espléndido.

Bazard, uno de sus más fieles discípulos, expone y completa la teoría social de su maestro. Toda la historia de la humanidad no es más que una lucha incesante, consecuencia de los antagonismos entre la familia, las ciudades, las naciones, las diversas clases que componen la sociedad, entre las provincias de un mismo Estado, entre los sexos, entre los hermanos y las generaciones. La causa de estos antagonismos hay que buscarla en el régimen de la fuerza física y en la explotación del hombre por el hombre. Son los antagonismos sociales y las diversas formas de explotación, con toda su crueldad, los que han hecho avanzar la civilización. La teoría marxista de la lucha de clases parece haber nacido de las teorías de la escuela de Saint-Simon. Sin embargo, discrepa en el método. Aquéllos creen

que las guerras, la esclavitud, la servidumbre, la dominación universal de Roma, la invasión de los bárbaros, todas estas manifestaciones históricas, constituyen actos necesarios de un plan providencial que realiza poco a poco el progreso y prepara la asociación de la humanidad.

Luego, vuelve a verse claro el parentesco marxista al decir Bazard que la gran mayoría de la humanidad sufre pobreza, ignorancia y rebajamiento moral, comprando a este precio la clase rica su lujo y sus placeres. Hoy, la condición del hombre depende del azar de su nacimiento. La causa del mal social es la *organización de la propiedad*, cuyo principio conduce directamente al derecho de conquista.

En el curso de la historia, las formas de propiedad han variado con la forma social. Bajo el régimen de esclavitud, la persona humana era objeto de propiedad; en la institución feudal, los siervos eran obligados a trabajar para su señor y pagarle, a la vez, las rentas; ahora, el progreso exige una reforma, y quiere que el derecho de herencia pase de la familia al Estado.

La humanidad camina hacia un estado en que cada uno será recompensado según sus obras. Para que esto sea alcanzado, es necesario que el Estado tome posesión de todos los instrumentos de trabajo que forman hoy el fondo de la propiedad individual. He aquí el principio del colectivismo, que

influenció directamente en el pensamiento de Marx.

Se puede decir que el *saintsimonismo* es la primera escuela socialista, aunque de origen místico y religioso. Decía Enfantin: "Dios me ha confiado la misión de llamar al proletariado y a las mujeres a una suerte nueva."

Tendían a establecer el reino del trabajo y a realizar la emancipación del proletariado, pero querían conseguirlo por la propaganda y por una transformación pacífica. Por vía de convicción y de espontaneidad religiosa entre los fieles y por el *gran libro* para los retardatarios. (Bazard.)

Su fórmula era: "En el nombre de Dios y de Saint-Simon."

El asociacionismo: Fourier

El sistema de Fourier, como el de Saint-Simon, tiende a la realización de un orden social perfecto. Fourier, optimista, no admite más que el trabajo útil, considerando que el centro del problema social es el acrecimiento del trabajo productivo, hacerlo atrayente y establecer una armonía entre los intereses del trabajo, del talento y del capital. Pero, así como Saint-Simon predica la socialización de

la producción por el Estado. Fourier protesta de este sistema, y propone que la producción debe basarse sobre la unión libre y armoniosa de los obreros en un vasto sistema de cooperativas federadas. En vez de regir la asociación según el principio de autoridad y bajo las reglas de una moral religiosa, sólo admite la adhesión espontánea de los individuos de acuerdo con sus inclinaciones naturales, reclamando una organización de la sociedad en interés de todos.

En verdad, aceptando la opinión de Tougan-Baranowski, el ideal social de Fourier es tan vecino al anarquismo, que casi se le puede considerar como un representante de este sistema, ya que repudia todo poder y toda violencia.

Llega a negar hasta la obligación moral, siendo de esta manera netamente amoralista y precursor de Nietzsche y del amoralismo moderno.

El fin de su sistema es dejar a las pasiones y a las inclinaciones humanas una libertad completa, y crear, entre ellas, un acuerdo, una tal armonía, que su juego libre asegure a todos la mayor dicha posible.

El deber ha sido inventado por los hombres, pero nuestras pasiones y nuestras inclinaciones derivan de nuestra naturaleza. El orden se puede transformar, pero no así nuestra naturaleza.

Por tanto, libertando las pasiones humanas, se resuelve el problema de la felicidad. El asociacio-

nismo, su comunismo, no es más que la mitad del ideal social; la otra mitad es la iniciativa privada. La asociación armoniosa de estos dos factores, debe ser la idea fundamental de la asociación del porvenir. En su célebre *falansterio* no suprime la propiedad privada, sino que le da una nueva forma; la hace partícipe de la renta común y no como derecho exclusivo de un instrumento de producción.

La soberanía del pueblo, dice, quimera que ciertos políticos proclaman, es difícil de comprender en un pueblo sin pan, sin ropa y con un derecho obligado al trabajo.

En un pueblo como éste, la soberanía engendra la corrupción y, especialmente, la corrupción electoral. La libertad política no existe para las clases pobres. No es la soberanía lo que el pueblo desea sino el pan y el derecho al goce. ¿Qué puede importarle al pueblo la soberanía, los derechos del hombre y del ciudadano y la libertad misma, cuando se le concede sin pan, sin reconocerle el derecho al trabajo y sin garantirle el mínimo necesario a su existencia, cuando la libertad que le dan se reduce a la libertad de *morir de hambre?*

Fourier está alejado de la política. No va contra el trono ni contra el altar, sino que se fortifica en el dominio económico. Aborrece completamente el comercio. Ese sistema en el que domina la mentira y el engaño, el parasitismo de los intermedia-

rios, la explotación de los consumidores y de los productores, el robo de la concurrencia, que acrece la pobreza del proletariado y no aumenta en un ápice el valor real. Esta idea la aprovecha Marx en su crítica de la economía.

La *Armonía* de Fourier, a la inversa del comunismo o del colectivismo, adopta la forma de un asociacionismo o cooperativismo universal de base federativa.

Fourier, como Marx, cree que su invención social se funda en un cálculo científico, y abomina, por utópicos, del comunismo, owenismo, saintsimonismo, etc.

El comunismo federativo: Robert Owen y William Thompson

Sismondi decía de Owen que era uno de los hombres que más ardiente celo habían manifestado por el bienestar del pobre, y la más profunda compasión por sus calamidades. Había expresado la idea de que, si la industria se abandonaba a ella misma, el uso de las máquinas y su perfeccionamiento gradual podrían acrecer las mercancías de diferentes

especies por encima de la demanda de consumo, y que esta sobreproducción podría forzar a los patronos a despedir a sus obreros y lanzar a la miseria a los productores.

Owen intenta conocer la naturaleza humana, sus leyes, el fin que el hombre persigue, y buscar las condiciones sociales de su bienestar.

Su concepción es un retorno a la naturaleza. De la concepción racional del hombre se deduce una concepción racional de la sociedad.

"¿Qué es el socialismo?—decía Owen—. Se me considera, por lo general, como el fundador de este sistema, y respondo que este sistema social (o el *sistema racional* de la sociedad, como yo lo llamo siempre) deriva únicamente de la naturaleza, es decir, de leyes que no han sido reconocidas como entregadas al cambio."

Su socialismo es el sistema racional e igualitario de la sociedad, que tiende a realizar el bienestar y la dicha de todo ser humano, sin distinción de sexo, color, nacionalidad, secta, clase o partido.

El hombre es un ser reformable y progresivo, sin que se le conozca límite a sus progresos. El socialismo es el gran modificador colectivo, consciente y reflejo de la evolución social.

Su principal concepción era la de abarcar los principales aspectos de la vida y del desarrollo de la sociedad en una concepción sintética; extender la educación hasta el punto de comprender todas las

condiciones económicas y sociales del desarrollo del ser humano, todo el conjunto de su medio exterior; basar la acción reformadora y educadora de la sociedad sobre la modificabilidad indefinida del hombre y de su carácter, y hacerla depender de la modificabilidad misma del medio.

La teoría de Thompson, de tipo socialista federativo, como la de Owen, es más precisa que la de su amigo y maestro.

Leyendo su *Distribución of Wealth* se adivina el pensamiento económico de Marx. Thompson, al dar más solidez a los proyectos de comunidad, prolonga con su vasto saber y con un método más riguroso la síntesis sociológica sustentada por Owen. Al estudiar la influencia del medio en la vida social, concibe todo el desarrollo intelectual y moral de los hombres como subordinado a sus condiciones económicas. Y reúne entonces en una síntesis más o menos rigurosa, la Economía política, la Moral, el Derecho y la Política. Al colocar el sistema de las leyes económicas en la base de la sociología, trata de reunir a un principio único de acción las teorías de la producción y de la distribución de la riqueza.

Por esto, Thompson viene a ser uno de los puntos de enlace del socialismo utópico de los primeros tiempos del siglo XIX con el socialismo científico.

Los pensadores mecanicistas olvidan al hombre

y su perfeccionamiento; la criatura humana sólo es un agente mecánico, como el arado y los caballos.

Thompson acusa a los economistas que opinan que la ciencia no tiene otro objeto que la riqueza, considerando al hombre, al trabajador, como un *medio*.

Para éstos, poco importa saber que las mercancías las han producido los hombres, esclavos o no, con mucho o poco esfuerzo, en condiciones higiénicas o destructivas de la vida; lo que les interesa es la abundancia y la usura, para servir a una gran demanda. Condena a la ciencia económica por la ausencia de un fin moral, y por proponerse como fin lo que es un medio: la riqueza.

El producto del trabajo, el trabajo mismo, ni ninguna parte de este producto o del trabajo, no se debe quitar al trabajador, a menos que obtenga, en cambio, un equivalente que él juzgue suficiente.

La desigualdad en la distribución de las riquezas no es admisible más que en la medida en que ésta proviene del libre empleo de las fuerzas del trabajo y de los productos del trabajo y del cambio voluntario de estos productos.

El trabajo, que es la fuente de toda riqueza, es también la medida del valor. Esto lo tomará más tarde Marx, si bien distinguiendo entre *trabajo* y *fuerza de trabajo*.

El capitalista compra la fuerza de trabajo del obrero contra el pago de un salario; *la fuerza de*

trabajo produce más de lo que ha servido como salario; la diferencia entre el *salario* y el *producto de la fuerza de trabajo*, es la teoría de la plus valía de Marx.

Buonarroti.—Blanqui.—Cabet

Los tres sustentando el comunismo, aunque con algunas diferencias, pero todos de tipo *demócrata* y casi siempre republicanos y partidarios del sufragio universal. Lo que más les desunía era la admisión de los métodos a emplear para la realización de su ideal; la adopción de una dictadura provisional y la posibilidad o imposibilidad de una realización inmediata del socialismo.

Buonarroti, como su amigo y maestro Babeuf, opina que la democracia está íntimamente ligada al ideal comunista.

Para Savary, el dogma de la soberanía del pueblo y la comunidad se implican recíprocamente. El salariado, y la servidumbre proletaria, son incompatibles con la realización del ideal democrático. La calidad de asalariado es incompatible con el carácter y la dignidad del ciudadano. El proletariado es

la esclavitud y la servidumbre de los tiempos a[...] tuales. Si el pueblo no es esclavo directo por su pe[...] sona, lo es por el salario, por la miseria y por [...] inseguridad de los medios de existencia. Una igua[...] dad perfecta presupone una igualdad política y un[...] igualdad *económica.*

El *comunista-humanitario* Y. J. May, se pronu[...] cia por el *gobierno anárquico*; todas las asociacio[...] nes, todas las comunas, se regirán por sí mismas, por la fuerza y la bondad del rodaje administrativo, por la voluntad misma de los individuos. Pero u[...] *gobierno anárquico* es una contradicción; la anar[...] quía es ausencia de todo gobierno, de toda auto[...] ridad. Para May, en un régimen parecido la igual[...] dad económica no puede estar asegurada, el jue[...] libre de las actividades de los individuos y de lo[...] grupos conducen fatalmente a la desigualdad.

Por otra parte, el ideal universal engloba idea[...] les emancipadores parciales, tales como el ideal de[...] mocrático, en el dominio político, y el ideal d[...] emancipación económica (*socialista, comunista,* e[...] cétera), sin ligarlos en una relación de causalida[...] determinante, que crearía entre ellos una ident[...] dad ficticia ,ignorando la función de *tiempo.* E[...] socialismo, dice Delewski, como ideal universa[...] aspira a la supresión de los antagonismos po[...] ticos por el régimen democrático, de los antagoni[...] mos económicos y de las relaciones de clases p[...] una transformación económica de la sociedad.

Blanqui era partidario del ideal comunista como *término final* de la asociación, pero, sobre todo, un demócrata y ferviente republicano. No veía en el proletariado la clase predestinada del comunismo. Creía firmemente que la cuestión social no podía resolverse más que después de la solución radical de la cuestión política. Sancionaba la lucha política de una minoría revolucionaria contra el monopolio del poder ejercido por la monarquía o por una oligarquía; es decir, la lucha de una minoría organizada contra una minoría dictatorial, en vista de conseguir la democracia y de la transmisión de la soberanía del pueblo. Pero repudiaba los métodos de violencia en una democracia en vista de una transformación socialista.

Sin embargo, en el fondo aceptaban la violencia, auque sólo fuese para luchar contra el poder político establecido.

Blanqui, el eterno *encerrado*, el obstinado conspirador, era un escéptico y un pesimista. En el fondo de la celda, durante sus continuos y prolongados encierros, meditaba profundamente sobre la vida y los abismos de la eternidad. Todo tiene fin: el mundo, la materia, el número de los átomos, el número de sus combinaciones; mas en el tiempo infinito, las combinaciones históricas deben repetirse inevitablemente después de toda la gama de posibles variedades. No hay progreso. No hay más que

reediciones vulgares de ejemplares de mundos pasados, iguales a los mundos futuros.

Todas las cosas bellas que verá nuestro globo, las han visto ya nuestros futuros descendientes, las ven en este momento y las verán siempre... "Yo no busco mi placer, sino la verdad".

El porvenir volverá a ver sobre la tierra, la ignorancia, la estupidez y la crueldad de nuestras viejas edades. El socialismo podría, si acaso, por su ideal universal, hacer concebir la esperanza consoladora de un progreso infinito.

El término *dictadura del proletariado*, de la concepción marxista, arrastra ya la herencia de los comunistas utópicos, que muy bien puede resumirse en la frase de Barbés a Pierre Leroux en 1859: "Dictadura durante el primer período en provecho del pueblo, con el fin de impedir el retorno de la dictadura contra el pueblo".

Formando contraste con este comunismo de alguna violencia política, se encuentra el comunismo pacífico, de tipo centralista, de Esteban Cabet. Este rechaza toda violencia, basándose en el espíritu de iniciativa y de sacrificio, y trata de realizar su aspiración con ensayos de cooperativas comunistas que sirvan de ejemplo o modelo. El comunismo es para Cabet la expresión perfecta de la democracia. También republicano, veía la esencia del régimen democrático en el sufragio universal y en la representación popular. "Yo estoy convencido

decía, que todo demócrata sincero es, sin saberlo, comunista, porque la Democracia no tiene otra realización posible que la comunidad".

Los comunistas icarianos se producen contra la violencia y tienden a realizar sus fines por la persuasión, por la decisión de la voluntad nacional y por la ley. "Primero son reformistas; tienden la mano a la parte generosa de la burguesía que simpatiza con ellos y fraternizan con todas las sectas socialistas." En su *Viaje a Icaria*, se ve que el remedio que propone para todos los males sociales se encuentra en una reorganización social, democrática, popular, que suprimirá la causa del mal, la desigualdad y el individualismo, y que la reemplazará por el principio contrario, por la igualdad o la fraternidad o el comunismo. La comunidad o la sociedad debe ser la propietaria del suelo, de las manufacturas, de los instrumentos, de las máquinas y de los productos, sean naturales o fabricados, que ella distribuirá a todos los obreros y a todos los ciudadanos. La ciudad los reparte entre todos, igualmente, de manera que cada ciudadano reciba la misma cantidad de un alimento cualquiera. Cuando de una materia hay poca producción o es muy rara y no se puede dar a todos, no se da a nadie.

Esta transformación social debe ir precedida de una transformación moral. Por lo tanto, es de realización mediata, precedida de *pruebas* y ejemplos, dentro de un régimen democrático transitorio, que

enriqueciera a los pobres sin despojar a los ricos, respetando los derechos adquiridos y las costumbres de la generación actual, pero suprimiendo en seguida la miseria y asegurando a todos el trabajo y la existencia.

Para Cabet, la cuestión social era más bien una cuestión **moral**.

Pecqueur. Colins. La transición colectivista

Poco a poco, el socialismo va entrando en normas distintas y se apoya en bases cada vez menos utópicas, y de más contenido económico-social.

Pecqueur decía que el debate estaba entre los que tienen y los que no tienen. La cuestión de los salarios no se puede arreglar solamente con el aumento de producción, ya que con el actual medio de reparto, el cual no puede cambiar sin la desaparición del salario, los obreros proletarios producirían el doble o el triple, y no por eso serían menos pobres y miserables.

Su síntesis doctrinal se diferencia de los otros sistemas en lo siguiente. Al saintsimonismo, que escamotea la libertad individual y la representa-

ción del pueblo, haciendo descender de lo alto la elección y la investidura en provecho de una suprema teocracia y de capacidades absorbentes, le opone el principio de elección popular, mixta o combinada, para todos los órdenes de funciones; en otros términos: a la autoridad absoluta, la libertad. Al fourierismo, que, sin quererlo, conduce a la licencia y a la anarquía, ya que niega la legitimidad de un poder coercitivo, pretendiendo evitar toda presión estatal, le opone el principio de autoridad, de unidad y de acción, legal u obligatoria. Y a Owen, al comunismo que quiere la igualdad absoluta de los goces, o la teoría incondicional de bienes, le opone la igualdad de retribución para las funciones equivalentes, fielmente o igualmente realizadas, y la igualdad, de absoluta que era, deviene condicional.

El colectivismo de Colins es más individualista, puesto que admite la competencia entre los productores. La riqueza colectiva, la riqueza de todos, no puede acrecerse más que por la actividad de los individuos, y la actividad de los individuos no puede ser excitada más que por la certidumbre para cada uno de que el fruto de un trabajo será su propiedad individual, pudiendo transmitirla a sus hijos o a quien quiera.

La tierra debe ser de propiedad colectiva.

El socialismo racional tiene por misión probar que todo lo que es actualmente ha sido bien para

el pasado, pero mal para la actualidad y el porvenir. Su filosofía es una apologética completa de la explotación del débil por el fuerte, de la servilidad de la conciencia del pueblo, de la mentira, de las luchas sangrientas, de los despotismos, de la esclavitud, de los fanatismos patrióticos, de la dominación de clases, etc.

El socialismo o la sociedad nueva es el coronamiento de la fatalidad.

Para Vidal la solución del problema social es una cuestión de Derecho, de Moral, de Filosofía, de Política y de Economía social conjuntamente. Los socialistas se preocupan del ideal, de lo justo, de lo verdadero, de lo posible, más que de lo real. Las cuestiones que se trata de resolver son del dominio de la ciencia. Las revoluciones, las transformaciones y las catástrofes no pueden nada, pues se trata menos de destruir que de organizar. Y es la democracia, sobre todo la democracia republicana la llamada a tomar la iniciativa de las reformas y la dirección del movimiento industrial.

Proudhon

Enemigo del estatismo, del comunismo y de la utopía; creador de las frases famosas: "La propiedad es un robo", "Dios es el mal", y "El mejor Gobierno, la anarquía", es uno de los hombres que más han contribuído a la creación ideológica del socialismo, desde el punto de vista material del movimiento. Más que al comunismo anarquista, propende al socialismo anarquista, pues conserva su sistema la categoría del dinero y de la renta, aunque en forma distinta. Marx, que le ha discutido con verdadera saña, ha sido uno de sus admiradores, y no ha podido sustraerse del todo a su influencia. Gaëtan Pirou, uno de sus exégetas franceses, ha dicho recientemente en un libro sobre Proudhon que el renacimiento proudhoniano se afirma cada vez más a medida que se agrava la crisis y la descomposición del marxismo; cuando Proudhon sube, Marx, por un movimiento casi automático, desciende. Se habla de una *nueva era* de Proudhon. Los *amigos de Proudhon* franceses, han demostrado un ardor extraordinario.

Algunos socialistas encuentran en su sistema algunas ideas que complementan el pensamiento mar-

xista. Los sindicalistas se sirven de él. Los *Amigos de la Sociedad de Naciones* hablan de los *títulos de gloria* de Proudhon, que ha sido uno de los primeros en abrir la vía al principio federativo.

Su sistema, lleno de contradicciones, es de tipo *idealista*. La idea esencial de su filosofía práctica es la idea de justicia, el respeto de la dignidad humana. De ahí se derivan una serie de *derechos y deberes*. La religión es una negativa de la dignidad humana. La justicia, la libertad y la igualdad no pueden introducirse en un estado social fundado sobre el principio de la *propiedad*. Esta no se justifica ni por el trabajo, ni por el derecho de primer ocupante, ni por la utilidad social, ni moral ni jurídicamente: "La propiedad es un robo."

La propiedad conduce a la tiranía, a la desigualdad económica, a la explotación del hombre por el hombre; instituye privilegios en favor de unos y en perjuicio de otros. Su abuso constituye la fuente de la renta que no viene del trabajo, el interés del dinero, el beneficio, etc.

Proudhon ve la realización en la anarquía, en el federalismo, que es una descentralización completa del poder y un sistema de sociedades autónomas.

A este efecto, es necesario que los productores, obreros y campesinos, puedan producir teniendo a su disposición los medios y los instrumentos de producción indispensables, así como el capital necesario; que gocen de un *crédito gratuito*, sin pagar

intereses; que el mercado les sea asegurado por medio de *cambios directos* entre ellos. Los productos serán cambiados según la cantidad de trabajo que hayan necesitado o según su *valor constituído.* Cada trabajador recibirá su equivalente al *producto integrado* de su trabajo. En esto consiste el *mutualismo* de Proudhon.

Para ello será necesario instituir un *Banco de Cambio,* del que sus miembros podrán recibir préstamos sin interés, garantidos por productos ya existentes o prometidos. Pero sin equivalencia monetaria, sino por medio de billetes del mismo Banco.

Después de Proudhon vienen otros socialistas, como Pierre Leroux, Villegardelle, Louis Blanc y otros, con sistemas ligeramente modificados: unos, de aproximación y fundamentación estática y otros, de base federalista y anárquica. Pero todos ellos aproximándose cada vez más en su arranque económico y olvidando la influencia mística y utópica de los primeros tiempos y de influencia social reducida. A todo este período se le podría llamar de *creación ideológica,* siendo Francia la que más ha contribuído a este desarrollo.

Con el marxismo, entra en juego Alemania, motivando el período, llamémosle *político,* del socialismo, conquistando, por el marxismo, el mundo socialista, transformándose en doctrina oficial.

Hasta Marx, el socialismo había tenido como base principal la moral. Democrático por su espí-

ritu, el socialismo llamado *utópico* reconocía la necesidad de una transformación pacífica y legal, dentro de la democracia.

A. Mathiez decía, calificando esta época de transición, que mientras los socialistas franceses encerraban toda la cuestión social en su tintero, Marx, sumido en un trabajo intenso, observaba los hechos económicos, desmontando pieza por pieza la estructura de la sociedad capitalista, apoyando su sistema sobre una formidable base estadística. Allí, el verbo y la declamación; aquí, el método científico y el espíritu realista.

Marx recogía la herencia de la economía política clásica, del materialismo y enciclopedismo franceses, de la filosofía alemana, de la filosofía de la Historia de Kant y Hegel, del socialismo francés e inglés, y con estos precedentes trataba de formar una síntesis práctica, monista y ecléctica, *original e imitativa*, según las frases de Delewski, que iba a remover el mundo provocando una transformación social gigantesca y altamente humana.

EL MARXISMO

El marxismo. — Carlos Marx. — El hombre

Este hombre genial nace en Trèveris el 5 de mayo de 1818. Todos sus biógrafos coinciden en hacerlo descendiente de familia judía. Salido del estrecho medio de una familia de rabinos alemanes, había logrado crearse por su trabajo una situación bastante fácil y holgada. Su madre era holandesa y hablaba un alemán defectuoso. Marx cuenta que dijo su madre: "Hubiera sido preferible que Carlos hiciera mucho capital en vez de escribir sobre *El Capital.*" La familia Marx tuvo varios hijos, de los cuales, sólo Carlos demostró disposiciones particulares.

En 1824 la familia adoptó el cristianismo. Sin embargo, Carlos consideraba a casi todos los judíos como mendigos o comerciantes. En el 1835 salió del Liceo de su ciudad natal con buenas notas. Al mismo tiempo que el Liceo, frecuentaba la

casa del consejero de Estado Ludwig de Westphalia, un funcionario del Gobierno prusiano, dotado de una vasta cultura, lector asiduo de Homero y de Shakespeare y que seguía con atención las corrientes intelectuales de Europa. Marx le veneraba como un amigo paternal.

Al salir del Liceo entró en la Universidad de Bonn para estudiar la carrera de Derecho, conforme a los deseos de su padre. Después de unos años de estudios, en 1836 entró en la Universidad de Berlín, *centro de toda cultura y de toda verdad*, según Hegel. Antes de su partida para Berlín, se casó secretamente con Jenny de Westphalia, la hija de su amigo, notable por su belleza, cultura y su fuerza de carácter.

En una carta publicada en el *Neue Zeit*, dice Marx:

"...El arte y la ciencia, hasta entonces completamente separados, se habían religado el uno al otro, es decir, a un desarrollo dialéctico-filosófico de la divinidad, como ella se manifiesta, como noción en sí, en tanto que religión, naturaleza e Historia. Mi última frase era el principio del sistema de Hegel, y este trabajo, que me obligó a ocuparme de las ciencias naturales, de la filosofía de Shelling y de historia, y que me ocasiona dolores de cabeza infinitos... me lleva como una sirena pérfida a los brazos del enemigo.

Durante mi enfermedad, me leí a Hegel por en-

tero, como también a la mayor parte de sus discípulos."

Marx abandona por completo el estudio del Derecho y se dedica con entusiasmo al estudio de la filosofía. En 1841 gana el título de doctor en Filosofía. Conseguir el profesorado en una Universidad prusiana no era fácil ni conveniente para los pensadores libres, por lo que decidió dedicarse a escribir.

Más tarde escribe en el prefacio de su *Contribution a la critique de la economie politique*: "En 1842-43 me encontré obligado, en calidad de redactor de la *Gaceta Renana*, de tratar las cuestiones de interés material. Los debates en el Landtag renano sobre los robos de madera y sobre el parcelamiento de la propiedad territorial..., sobre los campesinos del Mosela, y sobre la cuestión del librecambio y del proteccionismo, me proporcionó la ocasión de ocuparme sobre cuestiones económicas. Por otra parte, en la misma época, se debatía en la *Gaceta Renana* un hecho, débilmente tintado de filosofía, del socialismo y del comunismo francés. Mi discrepancia y escándalo producido por mi intervención, motivó mi salida del periódico y mi retiro a mi gabinete de trabajo.

En el año 1844, durante su estancia en París, se hace comunista, al calor del estudio de las teorías saintsimonianas, fourieristas, blanquistas y otras, entonces en boga. Desterrado de París por sus vio-

lentos ataques al Gobierno, se traslada a Bruselas. Obligado a salir de esta capital, se marcha a Londres con su gran amigo Engels, que tan gran papel debía jugar en su obra. Vuelve a Alemania y se pone al frente de la *Nueva Gaceta del Rhin*, desde donde defiende la Revolución hasta que le suspenden el periódico, lo cual motiva el célebre *proceso de Colonia*, del que sale absuelto, pero desterrado. Va a París, y al arrojarle de nuevo, se traslada definitivamente a Londres, en donde vive con mil apuros y privaciones de la colaboración en varios periódicos de Europa y América.

En 1859 aparece la *Crítica de la Economía Política*, y en 1867 el primer tomo de *El Capital*, muriendo sin haber tenido el gusto de ver publicado y terminado el tomo tercero, el que concluyó su buen amigo, siguiendo las líneas fundamentales trazadas por Marx.

En este pensador se da el caso de reunir en una misma persona la profundidad científica y la dureza revolucionaria. En su grandiosa concepción buscaba la síntesis del pensamiento y de la acción, tratando de unir estas dos aparentes antinomias.

No es fácil exponer su pensamiento teórico respecto de la síntesis de las ciencias de la naturaleza y las del espíritu, pero lo intentaré por medio de un esquema:

Divide las ciencias en dos grandes categorías.

1.ª CATEGORÍA

CIENCIAS NATURALES

Determinación de las leyes del *movimiento* de los cuerpos *animados* e *inanimados*	Una ley general presidiendo a toda la naturaleza. Negación del milagro y de toda fuerza misteriosa.

2.ª CATEGORÍA

CIENCIAS DEL ESPÍRITU

SOCIOLOGÍA

CIENCIA DE LA SOCIEDAD

(1.ª Relaciones entre los individuos.

2.ª Manifestaciones intelectuales.)

1.ª	Observaciones sobre las masas	Economía política	Busca de las leyes que rigen la economía social bajo el régimen de la producción de mercancías.
		Etnología	Estudio de los diversos estados sociales de los distintos pueblos.
		Prehistoria. . .	Rebusca de las condiciones sociales en época en que no existen documentos escritos.

2.ª	Observaciones sobre el individuo. . . . . Posición y actividad del individuo en la sociedad	Historia. Derecho. Etica.

DETERMINISMO ...	La regularidad general de la naturaleza aplicándose a la actividad del hombre.
	La Historia, las ideas y los ideales humanos que intervienen en la historia, su éxito y su fracaso, son el resultado de «*luchas de clase*»
UNIDAD DE LA CIENCIA HUMANA.	Continuidad de las leyes de la naturaleza y del espíritu.
	Superfluidad de la filosofía en tanto que ésta se abroga una plaza particular, aparte y por encima de las ciencias, ensayando elaborar esta unidad del pensamiento sobre la evolución del Mundo.

Dice Kautsky, en su *Introducción* a *El Capital*, que las nuevas ciencias del espíritu no se desarrollaron hasta que vino el modo de producción capitalista y el comercio mundial. Pero una clase solamente era capaz de aceptar la teoría de la lucha de clases: la proletaria.

Por otra parte, una doctrina que ve en los hombres el producto de las condiciones sociales, no es aceptable para las clases conservadoras, pues el solo hecho de modificar los hombres es la modificación de la sociedad.

Mientras que la burguesía fué revolucionaria compartió la idea de que los hombres son producto de la sociedad. Desgraciadamente, las ciencias que hubieran permitido fijar las fuerzas de impulsión de la evolución social no estaban en aquella

época suficientemente desarrolladas. Los materialistas franceses del siglo XVIII ignoraban la lucha de clases y despreciaban la evolución técnica; sabían bien que, para cambiar los hombres, precisaba cambiar la sociedad; mas no adivinaban por dónde habían de llegar las fuerzas encargadas de modificar la sociedad, y buscaban la potencia taumatúrgica en algunos individuos, sobre todo, pedagogos.

El pensamiento del hombre tiende siempre a la unidad, influyéndose entre ellos los diversos dominios científicos.

Marx veía en la lucha de clases una forma particular de la ley general de la evolución natural, que, por cierto, no puede tener nada de pacífica. Es dialéctica, como resultado de una lucha entre antinomias que se manifiestan necesariamente. Pero toda lucha entre elementos inconciliables ha de terminar con la derrota de uno de los antagonistas, es decir, por una catástrofe. Puede ocurrir que esta catástrofe se prepare lentamente, que la fuerza de uno de los combatientes aumente incesantemente, mientras que la del otro disminuya; pero el hundimiento de una de ellas es inevitable. No existe movimiento ni evolución sin catástrofes momentáneas, y éstas constituyen un estado necesario de la evolución. No hay evolución sin alguna revolución.

Toda la obra de Marx tiene como punto de arranque la síntesis del pensamiento materialista y hu-

manístico francés, del utilitarismo inglés y de la ciencia alemana. Con esta base trata de buscar la unidad superior que reúna estas tres manifestacio- nes para trazar su obra histórica.

La significación histórico-filosófica del marxismo

La concepción marxista de la libertad triunfa desde el momento que el hombre se apodera, gracias a su conocimiento, de las leyes de la evolución de las fuerzas productivas de la sociedad. Cada paso en esta conquista es un paso hacia la libertad. Los primeros hombres, dice Engels, privados de los medios perfeccionados de producción eran tan poco libres como los animales. En el umbral de la Historia de la humanidad se encuentra el descubrimiento del movimiento mecánico en calor; en el término del desarrollo, cumplido hasta nuestros días se encuentra el descubrimiento de la transformación en movimiento mecánico del calor. Toda la historia de la humanidad está allí. La necesidad no se opone a la libertad más que cuando aquélla se desconoce. En la sociedad capitalista, el hombre es un esclavo, y está dominado por sus propias fuerzas

productivas en las manos de los príncipes del capital. En la sociedad socialista, es el hombre el dueño absoluto de estas fuerzas productivas, siendo, por consecuencia, libre, y vive en armonía con las leyes de la naturaleza, conocidas al fin. He aquí por qué la revolución social se llama *el salto del reinado de la necesidad al de la libertad*.

Carlos Marx parece que haya tomado como punto de partida para su método filosófico la frase de San Agustín: "Los hombres van a admirar las altas montañas, las olas del mar profundo, los grandes saltos de agua, el movimiento de los planetas. Sólo se olvidan de ellos mismos".

En efecto, este problema de causalidad histórica es el que induce a Marx a forjar toda su teoría.

La existencia del hombre depende de su aptitud para subvenir a sus necesidades, siendo, por tanto, la vida económica la condición fundamental de toda vida. Es, pues, a causas económicas atribuir las transformaciones en la estructura de la sociedad, las cuales condicionan a la vez las relaciones de las clases sociales y las variadas manifestaciones de la vida social. A esta teoría la llama *materialismo histórico* o *interpretación materialista de la historia*.

Entre las distintas maneras de interpretar la historia, se distinguen tres períodos importantes: el providencialista, el ideológico y el realista. Sigamos

este sistema para llegar a encuadrar exactamente el pensamiento de Marx.

La antigüedad no ha dejado huella alguna no- table de interpretación. Robert Flint no ve la me- nor idea de una ciencia o de una filosofía de la historia ni en Aristóteles ni en Platón; ninguno de estos pensadores consideraba la Historia como ob- jeto de una ciencia o como un dominio especial de la filosofía general. Y parece extraño, porque nues- tras concepciones filosóficas arrancan precisamente de entonces y hasta conservan muchas su vigor en la actualidad.

Los primeros sistemas filosóficos tenían más bien un carácter cosmológico, no histórico. El destino de la humanidad se confunde con el del Universo. El sujeto preferido por los filósofos es el Todo. Cuenta Müller que la palabra *humanidad* no ha sido jamás pronunciada por Sócrates, Platón y Aris- tóteles. Unicamente los filósofos cínicos y estoicos se aproximan algo al universalismo humanitario que se va elaborando lentamente en el período cris- tiano.

Rappoport sintetiza bien este período antiguo al considerar que las ideas históricas de la antigüedad tenían tan pronto un carácter demasiado general, confundiéndose con las ideas cosmológicas, como se distinguían, por otra parte, por un carácter exclu- sivamente particular, mientras que la Historia, como

proceso de la evolución, quedaba necesariamente fuera del alcance del pensamiento antiguo.

San Agustín, representante de la concepción teológica de la Historia, que caracteriza la Edad Media, dice que todo viene de Dios: los gérmenes de todas las formas como las formas de todos los gérmenes, todo modo de existencia, todo orden, toda especie, todo lo que es número, medida o peso, todo lo que existe en la naturaleza de todo género y de todo valor. La regeneración de la humanidad por Dios hecho hombre, es la evolución histórica trazada por anticipado, según un plan divino.

Su método, como se ve bien claro, es necesariamente anticientífico.

Vacherot cree acerca de esto que, en cuanto a esta pretendida filosofía de la Historia, de la que la teología cristiana habrá provisto la primera premisa, que Salvien esquematizara luego y que Bossuet, finalmente, desarrollara en su *Discurso sobre la historia universal*, se puede encontrar en ella cierto plan, una cierta unidad de vista, mas nada que tenga relación con una teoría cualquiera de progreso. Es solamente Dios quien conduce el género humano como quiere y donde quiere a través de una serie de caídas y por una sucesión de golpes de Estado. Sin embargo, la teoría providencialista es de las primeras en buscar la unidad de la Historia.

Los providencialistas franceses, como De Bonald

y De Maistre, no creían que fueran los individuos los que determinan el carácter de la sociedad, sino al contrario, la sociedad la que forma los individuos. El hombre es una abstracción. No hay hombres. Existen franceses, italianos, rusos, pero hombres, no. "Jamás—dice De Maister—, he visto un hombre".

Para éstos, la Biblia es toda la Historia.

La concepción metafísica o ideológica de la historia, constituye ésta de antemano, en lugar de estudiarla en su realidad concreta. En vez de la Providencia, coloca la idea. Hegel, su más típico representante, opina que la historia universal no es posible sin un gobierno universal. La Idea gobierna los pueblos.

La historia, para Mering, es un todo. Mas la pluralidad no puede devenir unidad, sino a condición de que contenga, como base, la Idea. Herder considera todo el proceso histórico como la realización de la Idea-Humanidad. Novalis cree que la naturaleza es el Indice del Espíritu.

De esta concepción se desprenden dos ramas: la evolutiva y la de la lucha de los contrarios. La primera la desarollan luego Darwin y Spencer; la segunda motiva la concepción de la lucha de clases, de Marx.

La concepción científica o realista de la Historia se opone a la providencialista y a la teológica, rechazando el método apriorístico, buscando en la his-

toria misma los elementos de explicación. Excluye, por consiguiente, todo factor sobrenatural y se afene exclusivamente a los hechos susceptibles de observación, buscando las leyes que la determinan.

Esta interpretación comprende varios aspectos. Los que toman como punto de partida el factor físico o geográfico. Los que se basan en las condiciones fisiológicas y psíquicas: las necesidades, las pasiones, las ideas, los intereses, las opiniones. Y, finalmente, los que se apoyan en el factor social o histórico, en las instituciones sociales de toda índole: regímenes económicos, políticos, jurídicos; la familia, usos, costumbres y leyes, etc.

La interpretación geográfica puede resumirse en esta frase de Bodin: "Existen casi tantas variedades en la naturaleza de los hombres como países".

Montesquieu fué uno de los primeros que, buscando las relaciones entre la condición social de un país y su derecho, apeló en su ayuda a los conocimientos físicos con el fin de darse cuenta de cómo el carácter de una civilización dada es modificado por la acción del mundo exterior.

Buckle, en su *Historia de la civilización*, hace un completo estudio de la influencia de las leyes físicas en la evolución histórica, analizando los efectos del clima, de la nutrición y del suelo sobre el progreso social y su base, la acumulación de la riqueza.

Freeman lleva esta teoría al extremo, pidiendo

que se interrogue a los geólogos para comprender bien la historia. El proceso geológico que ha dado nacimiento a las célebres colinas cercanas al Tíber, menos elevadas y más acercadas unas a otras que las del Lacio, ha determinado para siempre el destino del mundo.

Las leyes de la Naturaleza devienen las de la Historia, introduciendo las nociones de ley y regularidad. Montesquieu llega a decir que hay causas generales, sean morales o físicas, que obran en cada Monarquía, elevándola, manteniéndola o precipitándola; todos los accidentes están sometidos a estas causas, y si el azar de una batalla ha causado la ruina de un Estado, es porque habría una causa general que hacía que este Estado debía perecer por una sola batalla.

El hombre es ya el punto de partida para los que sustentan la teoría fisiológica o psicológica.

Para Ferguson, la vida social es la consecuencia natural del organismo humano. Kant declara que la historia es el desenvolvimiento de todas las facultades humanas. Voltaire grita que Europa sería un vasto cementerio si la filosofía no hubiera borrado el fanatismo y el entusiasmo. Comte ve en el desarrollo de la inteligencia humana, el principal factor de la evolución y hace depender la organización social, en último lugar, de las opiniones. Jouffroy añade que todos los cambios que se operan en la condición del hombre, todas las

transformaciones que ha experimentado, derivan de la inteligencia y son efecto de ella. Tarde deduce toda la sociología de la facultad de imitación. El ser social es imitador, por esencia, y la imitación juega en las sociedades un papel análogo al de la herencia en los organismos o de la ondulación en los cuerpos.

Lazarus, más inclinado a la interpretación psicológica, expone que de la misma manera que la biografía de un individuo reposa sobre la psicología individual, la Historia, o sea la biografía de la humanidad, tiene por base racional la psicología colectiva de los pueblos.

Esta concepción psicológica, que hace al hombre dueño de su historia, se encuentra completamente en desacuerdo con la providencialista y la metafísica. Con la particularidad de que provoca la exaltación de los derechos individuales, respetando la libertad y la dignidad del hombre. Empieza en el individuo y vuelve al mismo, en ciclo cerrado. Si la concepción geográfica tendía a disminuir el papel del individuo, la psicológica tiene la tendencia a exagerarlo.

Por fin, la concepción histórico-social, aunque reúne en sí las dos tendencias, llena los huecos que habían dejado y forma el puente, la síntesis de ambas ramas, completándolas. Su punto de partida, no es el individuo solamente, sino el grupo social, no el motivo individual, sino el colectivo, no

las intenciones humanas, sino el resultado histórico. El individuo, dice Rappoport, no es un ser aislado, sino dependiente de su grupo social. Incluso su acción, que parece tener un carácter completamente individual, no es más que un reflejo social. No es el individuo, según Gumplovicz, quien crea una obra poética; es el sentimiento poético de su tiempo, del grupo social al que pertenece, quien lo ha creado. No es el individuo quien piensa, es el espíritu de su tiempo y de su grupo social quien piensa en él. Los acontecimientos históricos corresponden tan poco a la acción de los hombres como los fenómenos naturales son hechos por Dios. La Historia y la Naturaleza no se manifiestan más que colectivamente. Adolfo Trendelnberg opina que el individuo, es solamente un hombre en Derecho y que no deviene hombre más que para el Estado. Esta idea exagera la importancia de la dependencia del individuo respecto de la colectividad, fijando la solidaridad de los hombres y la de las épocas.

El hecho social se produce combinando las fuerzas naturales y las humanas. Ahora que cada pensador toma un punto de partida distinto. Así vemos que Menger parte del factor jurídico, Du Bois Reymond de las ciencias naturales, Schiller ve en el arte el principal motor y Marx toma, principalmente como base, el modo de producción.

La concepción materialista o dialéctica

Aunque el marxismo se apoya principalmente en las condiciones objetivas de la Historia, no por eso abandona el factor humano. Engels, su principal definidor y exégeta, no sólo no lo niega, sino que lo afirma de forma que no deja lugar a duda. No obstante, las influencias humanas las han descuidado mucho.

Marx, en su prefacio a la segunda edición de *El Capital*, dice que su método dialéctico no difiere solamente, en cuanto a su fundamento, del método de Hegel, sino que el suyo es, precisamente, su contrario directo. Para Hegel, el proceso del pensamiento, del cual hace, bajo el nombre de Idea, un sujeto autónomo, es el creador de la realidad, la cual no es más que el fenómeno exterior. Y para Marx, el mundo de las ideas no es más que el mundo material, transportado y traducido en el espíritu humano. Lo que le interesa es descubrir la ley de los fenómenos que estudia.

El Correo Europeo, de San Petersburgo, decía a este propósito, que lo que le importa a Marx no es solamente la ley que rige estos fenómenos, sino

la ley de sus modificaciones, de su evolución, es decir, el pasaje de una forma a otra, de un orden de relación a otro. No persigue otro fin que el de establecer, por medio de una rebusca científica precisa, la necesidad de una organización determinada de las condiciones sociales, y constatar, con la mayor exactitud posible, los hechos que le sirven de punto de partida y de apoyo. Para ello, le basta solamente probar, al mismo tiempo que la necesidad del orden actual, la necesidad de un orden nuevo llamado, ineluctablemente, a suplantar el primero, siendo totalmente igual que los hombres crean o no en esta necesidad o que tengan o no conciencia de ella.

Considera la evolución social como un proceso natural, regido por leyes que no dependen de la voluntad de la conciencia ni de la intención de los hombres. Es decir, que si el elemento consciente juega un papel tan subordinado en la historia de la cultura, es porque la crítica, que tiene por objeto la cultura, no puede tener *a fortiori* como base una forma o un resultado cualquiera de la conciencia. En otros términos: su punto de partida no puede ser la idea, sino únicamente el fenómeno exterior. La crítica deberá limitarse a comparar y a confrontar un hecho, no con la idea, sino con otro hecho.

Cada período histórico posee sus leyes propias. Cuando la vida sobrepasa un periodo dado de des-

arrollo y pasa de un estado a otro, empieza a obedecer a otras leyes. En una palabra: la vida económica nos ofrece un fenómeno análogo a lo que ocurre en otras ramas de la biología. Los economistas antiguos desconocían la naturaleza de las leyes económicas cuando las comparaban a las leyes de la física o de la química. Un análisis más profundo de los fenómenos demuestra que entre los organismos sociales existe la misma diferencia fundamental que entre los organismos vegetales o animales.

Las condiciones y leyes que rigen la población, varían según el desarrollo de la fuerza productiva. Cuando se propone estudiar y explicar el régimen económico capitalista, con esta concepción como punto de partida, Marx no hace más que formular, con todo el rigor científico, el fin que debe perseguir todo estudio consciente de la vida económica. El valor científico de tal rebusca reside en la explicación de las leyes particulares que rigen el nacimiento, la existencia, el desarrollo y la muerte de un organismo social dado y su reemplazamiento por otro más elevado.

Marx ha expuesto, en forma sintética, casi lapidaria, el núcleo de su doctrina sobre el materialismo en el prólogo de su libro *Contribución a la crítica de la Economía política*, habiéndola fijado y ampliado su gran amigo y colaborador, Federico Engels, y completada y explicada por otros

amigos y discípulos, como Kautsky, Lafargue, Labriola, Plekhanoff y otros.

Vamos a hacer, en apretada síntesis, una exposición de la teoría materialista, o mono-economista de la Historia.

Empezando con Kellés-Krauz, diremos que el conjunto de la vida de los hombres es el resultado de tres factores: el hombre, la naturaleza y la sociedad, o, para corregir mejor la imprecisión de esta corta fórmula, las cualidades que constituyen la especie *hombre*, el medio natural en que se desarrolla (condiciones cósmicas, geológicas, topográficas, flora, fauna, etc.) y, en fin, las relaciones durables que se establecen entre los hombres. El hombre tiene la necesidad de conquistar los medios de vida y de defensa y esta misma necesidad le coloca frente a frente con la naturaleza y en asociación forzosa con los demás hombres. El hecho solo de la asociación, cambia esencialmente la relación del sér vivo—animal u hombre—con la naturaleza, como resultado se ha creado un *medio artificial* que se interpone entre las acciones del *medio natural* y los miembros de la sociedad, modificando sus acciones.

La necesidad de defensa y producción le obliga a crear instrumentos, herramientas para la transformación natural y para su sostenimiento, interponiéndose entre la naturaleza y el hombre como elemento artificial y preciso. La historia humana ha

empezado solamente desde que los instrumentos de producción y defensa, se han producido socialmente. Por otra parte, se advierte que, desde esta época, ni el medio natural de humanidad ni el organismo físico de la raza humana, acusan apenas cambio; sólo la sociedad ha cambiado, y su cambio, su historia, se deben a los cambios de los instrumentos de producción. Este utillaje, concurriendo con el medio natural, determina el *modo de producción.*

Hasta la llegada del maquinismo moderno, los modos de producción se suceden con el desarrollo del utillaje social, el cual se va poco a poco complicando. El medio natural va disminuyendo su influencia a medida que se perfeccionan los medios artificiales de transformación, los cuales obran sobre la vida fisiológica del hombre, llegando a asegurar que hasta los cambios de la naturaleza y del organismo humano, desde que los hombres tienen una historia, son determinados por los instrumentos y el modo de producción.

Por relaciones económicas entiende Marx los modos por los cuales los miembros de una sociedad producen sus medios de existencia y cambian entre ellos los productos en la medida que permite la división del trabajo. Toda la técnica de la producción y de los transportes queda comprendida también. Tampoco las acciones económicas son únicamente de carácter físico, sino que comprenden las

acciones humanas, considerando al hombre como un agente económico, tanto por el uso de su cabeza como por el de sus manos. Se debe considerar la concepción del factor económico de forma que comprenda, no solamente la base geográfica, pues la raza incluso, es un factor económico.

El modo de producción determina toda la vida social porque, en el origen, toda la actividad intelectual y voluntaria de los hombres en la sociedad, sin exceptuar las manifestaciones comprendidas bajo los términos arte, filosofía y religión, tiene como único fin y objeto la conservación de la vida y la satisfacción de las necesidades materiales esenciales y que más tarde, cuando aparecen, diversificándose y complicándose, una después de otra, innumerables y siempre nuevas necesidades materiales y espirituales, todas nacen en el momento que la riqueza material de la sociedad lo permite. En síntesis, que la moral, el derecho, la política, la religión, el arte, la ciencia y la filosofía, tienen todas un origen y una existencia *utilitarias*, no pudiendo contradecir, sino adaptarse al modo de producción. A esta dependencia y organización económica están, inseparablemente ligadas, la moral y el derecho económico, así como también la organización familiar y política con la moral y el derecho familiar y político; moral y derecho que aportan a la organización social, creándose espontáneamente, es decir, adaptándose por tanteos a la

necesidades de la producción de las riquezas, el reconocimiento de la opinión y la sanción de la fuerza.

En la terminología marxista se leen, con preferencia, las palabras *base* y *superestructura*, o sea, contenido y forma, estática y dinámica. La categoría económica de los fenómenos sociales forma la base de toda la superestructura. En ésta ya se observa que la moral sirve de base al derecho; la política, la ciencia y el arte, a la filosofía.

Cada capa de la vida social sirve de base a una superestructura o epifenómeno.

Esto nos conduciría de lleno a un fatalismo económico, que el propio Marx, hablando de la filosofía, de Feuerbach, trata de corregir. La doctrina materialista, según la cual los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y que quiere, por consecuencia, que la transformación de la naturaleza humana sea el efecto de una transformación de las circunstancias y de la educación, olvida que son precisamente los hombres los que cambian las circunstancias y que el educador debe ser también educado a su vez, llegando a escindir a la sociedad en dos partes, elevando una por encima de la otra.

Labriola lo concreta más. En el sistema marxista, la actividad espontánea de los hombres en sociedad, como conjunto de relaciones humanas y de acciones hacia un objeto y sobre un objeto apro-

piado a nuestra economía, debe entenderse según un orden de sucesión *formal*. La actividad de ayer queda condensada en instituciones, en leyes, en cosas, sistematizándose de acuerdo con un orden riguroso y estable. La actividad de hoy, por el contrario, o desenvuelve o transforma el resultado de la actividad de ayer y, de esta manera, llega a un *processus in indefinitium*. Pero sin olvidar que el factor que mueve este proceso es siempre el hombre, en cualquier situación particular histórica que se encuentre.

No debe lanzarse la acusación de fatalismo sobre la obra de Marx, el cual no considera la economía aparte del hombre y como una suerte de providencia que obrara desde el exterior, sino que su sistema sobrepasa la oposición corriente del determinismo y de la libertad, colocando el motivo de la acción en el hombre y no considerando las circunstancias más que como derivantes de la acción humana ya realizada y llegada a un determinado resultado.

La clasificación *formal* marxista de los fenómenos o categorías sociales, la ordena Krauz de la siguiente manera:

1.º La Economía.

2.º La Moral y el Derecho (moral y derecho de propiedad, familiar, de poder político; reglas de la actividad, que diría Tarde), y

3.º La Ciencia, el Arte, la Religión y la Filosofía

(reglas del pensamiento y de la concepción del mundo).

La satisfacción de las necesidades biológicas es el fin de la actividad económica. La moral, es el medio de asegurar el funcionamiento conveniente y la estabilidad de la organización económica, la marcha sin tropiezos de la producción, repartición y consumo. El derecho, el medio de consolidar la moral. El poder, el medio de asegurar el ejercicio del derecho.

La transformación social de toda la superestructura se explica por el razonamiento siguiente. Al manifestarse el empuje hacia el aumento en la productividad, la base técnica de la sociedad se transforma incesantemente, a pesar de la resistencia de la forma, y entonces, ésta se encuentra en retardo sobre el contenido. En un momento dado, toda la superestructura social, toda la ideología está necesariamente en retraso sobre la técnica; este retraso va aumentando de más en más, por su acumulación, conforme va subiendo hacia los pisos superiores del edificio, hacia los órdenes de formalidad superiores. La moral, retarda; la ciencia, lo mismo; el derecho civil, familiar, político, el arte, la religión están, cada vez más, llenas de *supervivencias*, de formas adaptadas a las bases desaparecidas. La transformación de la base técnica continúa avanzando y llega un momento que la corteza cede o rompe; el conflicto entre el contenido y la

forma se resuelve siempre con la victoria del contenido; la forma se adapta al nuevo contenido, bien sea espontáneamente o bien a consecuencia de una revolución.

Marx dice a este propósito, en su prefacio a su *Crítica de la Economía Política*, que en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado de desarrollo dado de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la que se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas de conciencia social determinada. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general, *no es la conciencia de los hombres la que determina la realidad sino, por el contrario, la realidad social la que determina su conciencia*. En un cierto estado de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica, con las relaciones de propiedad, las cuales estaban unidas hasta entonces. De formas evolutivas que eran, estas relaciones devienen obstáculos de estas fuerzas y entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha produci-

do en la base económica transforma, con mayor o menor lentitud, toda la colosal superestructura. Cuando se consideran tales transformaciones, importa distinguir siempre entre la transformación material de las condiciones de producción económicas—las cuales se deben constatar fielmente con la ayuda de las ciencias físicas y naturales—y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en fin, las formas ideológicas, bajo las cuales los hombres devienen, conscientes de este conflicto, y lo llevan a término. Una sociedad no desaparece jamás antes que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que ella pueda contener, y nunca nuevas y superiores relaciones de producción la sustituyen antes que las condiciones de existencia material de estas relaciones hayan sido incubadas en el mismo seno de la vieja sociedad.

Las relaciones de producción burguesa son la última forma antagónica del proceso de producción social, no en el seno de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que nace de las condiciones de existencia social de los individuos; las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa, crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social se termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana.

Un ejemplo. En un cierto grado de desarrollo de los instrumentos de producción, éstos corresponden

ya al productor mismo; otro desarrollo más grande, separa al productor de la herramienta; otro desarrollo mayor, los vuelve a reasociar, pero no individual, sino colectivamente. Cada una de estas tres *formas* económico-jurídicas es absolutamente necesaria para garantizar la mayor productividad del trabajo, teniendo en cuenta el estado del utillaje.

La posesión de los medios de producción da origen a la división de la sociedad en dos clases: una parte de la sociedad se especializa en la dirección del conjunto de la producción y, como consecuencia, su propiedad, mientras que la otra es dirigida y explotada, por el hecho mismo de su desposesión. En las sociedades primitivas, de tipo agrario comunista, la propiedad de los medios de producción es común y la dirección no está especializada. C. Kellés dice que antes del comunismo agrario hubo estados sociales basados sobre los medios de producción, como la caza y la pesca, donde existía ya la división en dos clases y se marcaba la división entre ricos y pobres, en amos y esclavos.

La tendencia individual al máximo de goce, aunque fuertemente comprimida, no ha desaparecido jamás del alma humana en la época del comunismo agrario. Favorecidos por el cambio y la guerra, estos dos medios auxiliares de la producción en la conquista de los bienes materiales, destruyó el comunismo, por el motivo de haberse transformado

en obstáculo del aumento de productividad, ya que hasta entonces no había sido otra cosa que un medio de salvar la vida del hombre. Este aumento de productividad se realizó, dado el estado de la técnica, en provecho de una pequeña parte de la sociedad, dejando el trabajo para la otra. Entonces hicieron su aparición instituciones coactivas para asegurar la estabilidad de la organización. Más tarde, esta organización se complica; la sociedad queda dividida en dos partes principales, los poseedores y los expropiados, subdividiéndose a su vez en varias clases, caracterizadas y determinadas por un papel especial, directo o indirecto, según su importancia de la intervención en el proceso económico.

La clase propietaria principal de los medios de producción, extiende todo su poder sobre la sociedad con el fin de asegurar la duración infinita de este estado de cosas, y para ello se apodera del poder político. Sin embargo, al tomar incremento el desarrollo de la productividad económica, se va socavando poco a poco la dominación establecida, aumentando, por consiguiente, la fuerza de la otra clase, que, contenida y oprimida, se vuelve necesariamenet antagónica y presiona y obliga a los propietarios a conceder alguna parte de lo obtenido. Finalmente, la nueva clase, que ha creado el nuevo modo de producción, el nuevo progreso del utilleje, gana la batalla definitiva, modelando la nueva forma social, de acuerdo con las necesidades de su domi-

nación, esforzándose en borrar las huellas de la dominación precedente. Y en seguida, la historia vuelve a repetirse.

Esta división en clases impone un fuerte mati; sobre toda la vida social, acarreando la lucha de clases y, naturalmente, la lucha por la conquista del Poder.

"Toda la superestructura se eleva sobre esta base volcánica, constantemente sacudida. Cada clase elabora toda una concepción de la moral, del derecho de la ciencia, del arte, de la filosofía; en una palabra, de la sociedad y del mundo.

El desarrollo de la técnica productiva, cuando llega a un estadio en que la hace asequible a todos los hombres, y les proporciona el goce de los bienes materiales e intelectuales, hace necesaria la supresión de la división en clases, puesto que dificulta la mayor productividad de trabajo. Este mismo acontecimiento aumenta la clase proletaria, para la cual es ideal la desaparición de todas las clases y tomar la posesión en común de los medios de producción. Así se cierra el ciclo dialéctico de la historia, de aquella, se entiende, que nuestro conocimiento ha podido alcanzar hasta el presente y pasado y prever el porvenir.

Aquí se adivina ya el puente, la relación íntima entre el materialismo económico y el socialismo.

* * *

La burguesía revolucionaria del siglo XVIII se consideraba como materialista y racionalista a la vez y con estas armas filosóficas combatía y descomponía imperativos y creencias en las que estaban fortificados el modo de producción y el poder político feudales. La nueva filosofía tenía como divisa la igualdad ante la ley de la naturaleza y el determinismo para todos, sin exceptuar el sér supremo, cuya fórmula mantuvo la nueva burguesía y dió origen a la Revolución de 1789. Holbach demostraba la correlación entre las tendencias sociales de la burguesía y su concepción del mundo, al decir que el universo no es una monarquía absoluta a lo Duns Scot, ni una monarquí constitucional a lo Leibnitz, sino una república. Sin embargo, las nuevas clases querían su revolución, única y definitiva, creyéndose en posesión de toda la verdad y considerando el pasado como una aberración. No se detenía su pensamiento materialista a explicar la historia, sino que a lo sumo, lanzaba invectivas contra los curas y los príncipes. El pensamiento feudal, por su parte, se afincaba tercamente en su defensa del orden establecido apoyándose en una frase que resumía toda su filosofía: "todo lo que es, decían, es razonable". Por tanto, no se debía cambiar nada, había que dejar, sin violentar, la marcha de la historia, trazada de antemano por

la Providencia. Los hombres no eran nada, ni tenían poder para transformarla.

Junto a estas clases crecía otra, de una manera continua y progresiva: el proletariado, cuya característica diferencial es bien notoria. También empezó, como la burguesa, desorientada, desde el punto de vista científico, sin pensar que pudiera ser producto de la perfección de los medios de producción. Tanto los *niveladores*, en Inglaterra, como los partidarios de Babeuf, en Francia, se apoyaban, más que en la razón, en el sentimiento.

El proletariado no es, por lo general, racionalista, porque sabe que la soberana razón burguesa se vuelve pronto en sinrazón y que, al fin y al cabo, no es más que la expresión de determinados intereses económicos. Y ahora lo es menos todavía, porque ya sabe que la base de toda la existencia y todas las transformaciones de la sociedad no está fuera de ella, sino en sus profundidades mismas, en la tendencia incesante hacia su máxima productividad, auxiliada por la serie indefinida de las invenciones técnicas. Y si bien en estas invenciones se manifiesta el espíritu y la naturaleza humana, sabe también que ésta no tiene nada de eterna, sino variable, y no porque la muevan causas extrahumanas, sino porque cambian las necesidades de que se compone a medida que van recibiendo satisfacción.

La burguesía alemana, en el siglo XVIII, tardó

algo en utilizar el arma del materialismo filosófico para combatir el feudalismo.

De entre todos los filósofos alemanes, Hegel es, según todos o casi todos los panegiristas de Marx y exégetas autorizados del marxismo, el *instigador inconsciente* de la teoría del materialismo histórico, que, hay que aclararlo, no es el materialismo fisiológico o atomístico, sino más bien una especie de *experimentalismo humano*.

Engels, que tiene sobrados motivos para conocer la entraña del pensamiento de su gran amigo Marx, con quien colaboró y contribuyó de una manera eficacísima al desarrollo de tan discutida teoría, nos demuestra, en sus obras *Anti-Dühring* y en *Ludwig Feuerbach*, el entusiasmo por la figura de Hegel, y el importante papel que jugó el eximio autor de *Lógica*. Hegel ha sido el primero en destruir la forma metafísica de ver los fenómenos como invariables, haciendo triunfar la idea de evolución universal, presentida ya por Heráclito en su principio "todo fluye", y demostrando que no hay más que procesos continuos; todo cambia, todo muere. Sólo la muerte es inmortal. *Mors inmortalis*. Heráclito, con su célebre principio, afirmando que no se entra dos veces en el mismo río, presuponía siempre un *ritmo* en el cambio. La dialéctica hegeliana, aplicada a la economía política y a la historia, transforma el *statu quo* social y político. Aplicada a la ciencia, no quedan más que

ruinas en los dominios de la lógica y de la filosofía reinantes en nuestras escuelas y universidades. El método dialéctico sobrevive a la transformación general, universal.

Marx, en el prefacio de su segunda edición de *El Capital*, dice que su método dialéctico no sólo difiere del de Hegel en su fundamento, sino que es el contrario directo. Para Hegel, el proceso del pensamiento, que clasifica con el nombre de idea, es el creador de la realidad, la cual es el fenómeno exterior. Para Marx, en cambio, el mundo de las ideas no viene a ser más que el mundo material transpuesto y traducido en el espíritu humano. En su forma mistificada, la dialéctica estuvo de moda en Alemania, porque parecía transfigurar lo que existía. Pero en su forma racional, era un escándalo y motivo de horror a los ojos de los burgueses y de sus doctrinarios por varias razones; en la inteligencia positiva de las cosas existentes, implica al mismo tiempo la inteligencia de su negación, de su destrucción necesaria; la dialéctica concibe toda forma en curso de movimiento y, por consecuencia, según su lado perecedero, sin dejarse imponer por nada y siendo, por su misma esencia, crítica y revolucionaria. Triunfa porque es profundamente revolucionaria, y todo lo que ella toca comienza a moverse, a agitarse, a vivir.

La dialéctica que sigue Marx consiste en lo siguiente: Todo orden de cosas contiene en su seno

los elementos de su descomposición, de su renovación o, como dice Hegel, de su negación. Así, la sociedad capitalista produce el agente que la destruye, la herramienta que la mata, o sea el proletariado organizado.

En otros términos: toda *afirmación* va acompañada de su *negación*, que acaba por matar a aquélla, haciéndola pasar a un orden superior, la cual, al desarrollarse de nuevo, será *su propio enterrador*.

Hay quien, como Woltmann, trata de conciliar Marx con Kant, cosa que, a mi juicio, la creo imposible. Kant, al referir nuestros conocimientos a una fuente empírica, a nuestros sentidos, a la experiencia, afirmaba que *sólo* esta fuente proporcionaba los *materiales brutos*, verdadero caos de sensaciones, masa incoherente de representaciones. Para organizar este caos de sensaciones, para tener un conocimiento exacto, una ciencia, precisan *ideas* que precedan al proceso empírico. Sin las ideas de tiempo, espacio y causalidad el mundo experimental no existiría para nosotros, por lo que, para poner orden en estas experiencias, hace falta una *idea preconcebida*. Y para Woltmann, Marx tenía esta idea preconcebida: su concepción del materialismo histórico, con la ayuda de la cual trataba de explicar la evolución histórica.

Para Hegel la idea no se opone a la realidad, sino que es la realidad misma que se manifiesta.

Kant, por el contrario, opone la idea a la realidad. La realidad sin idea es un caos que esta últim organiza. Para Hegel es la realidad la que se ha transformado en idea. Para Kant existe dualismo y oposición entre la idea y la realidad. Hegel preconiza el monismo, fundir la realidad y la idea.

Engels todavía ha ido más lejos en su apreciación filosófica al seguir a Hegel. Sabido es que los idealistas, con Kant a la cabeza, niegan que podamos conocer la naturaleza íntima de las cosas, el *objeto en sí*, el *noumeno*. Sin embargo, el materialismo económico completa el problema del idealismo y lo resuelve por medio de *la producción*. La mejor prueba de que conocemos la naturaleza íntima de las cosas es que llegamos a *fabricarlas*. Esta afirmación causó una extrañeza enorme en el mundo filosófico de entonces.

De cualquier manera que sea y, por lo que respecta a la influencia hegeliana sobre el marxismo se observa fácilmente la íntima relación y el común arranque de ambos sistemas. Y lo notable es el resultado tan opuesto a que llegaron.

Marx funda su ideología sobre la economía; justifica la idea socialista por la realidad capitalista. La sociedad capitalista debe producir su negación llevando en sí su propia muerte. De otra manera el socialismo no tiene justificación científica y seguirá siendo una utopía.

Por lo mismo combate a los socialistas utópicos

A Proudhon le dice que no se puede fundar el socialismo sobre las ideas de justicia y solidaridad. La idea de justicia en nuestra sociedad es un reflejo de la realidad económica. La realidad económica nos impone el socialismo, pudiendo decirse que somos o seremos socialistas *a pesar nuestro*.

Marx devino, por tanto, el inspirador del socialismo revolucionario internacional, mientras que Hegel llegó al conservadurismo reaccionario, incluso por principio.

¿Cómo se operó esta diferenciación entre el maestro y el discípulo? Por la izquierda hegeliana que se formó intentando fundir el idealismo con el materialismo. De este intento de fusión nació el marxismo como filosofía social del proletariado. El filósofo Feuerbach es el que, principalmente, hace la transición. Su humanismo fué para Marx una revelación. Engels dice en su libro sobre Feuerbach que la mayoría de los jóvenes hegelianos más decididos había sido obligada, por las exigencias de la lucha práctica, a volver al materialismo del siglo XVIII. La reacción en Alemania había tomado un color pietista y religioso, y las exigencias de la lucha contra la religión volvían los espíritus al materialismo inglés y francés. Pero el materialismo les forzaba a contradecir las premisas hegelianas, que eran la base de su educación filosófica. Entonces apareció la *Esencia del Cristianismo*, de Feuerbach, en donde se aprecia la afirmación de

que la naturaleza existe independientemente de toda *filosofía*; que aquélla es la base de todo y que, *fuera de ella* y de los hombres, no existe nada. Lo que Marx recogió con mayor entusiasmo es la gran novedad que Feuerbach aportaba: el método antropológico.

Labriola pone de manifiesto las analogías del pensamiento en ambos autores, manifestadas principalmente en la *Esencia del Cristianismo*.

Para Feuerbach el problema religioso ocupa el primer lugar, hasta el punto que Stirner le ha llamado el teólogo del ateísmo. La esencia de la religión es el antropomorfismo. El hombre, por egoísmo y con la ayuda de la imaginación, idealiza su propio sér y hace de él un dios. La teología es la ciencia de este dios hecho a nuestra imagen. En la sociedad pagana, que había una existencia nacional, Dios también era nacional. En vano la filosofía griega intentó hacer de Dios un ser cosmopolita; la razón es impotente para sobrepasar los dictados de la realidad. Le estaba reservado al cristianismo resolver el problema ante el cual había fracasado el paganismo. El *Logos*, es decir, la razón universal, permite universalizar la esencia de lo divino; el cristianismo identifica el *Logos* con Dios y lo hace objeto de la religión; pero comprende a Dios como espíritu y, por lo mismo, lo separa de la naturaleza, creando así el divorcio entre lo sensible y lo suprasensible. Así, el cristianismo supri-

mió todas las ciencias y, sobre todo, las ciencias naturales, no dejando en pie más que la teología. Pero ésta, al querer examinar su objeto, se transformó en filosofía. La filosofía escolástica acostumbró a los hombres a la duda y de ella salió el Renacimiento. Al devenir religión, el principio filosófico dió nacimiento al protestantismo, y éste ha hecho de Dios un hombre. El Cristo-Hombre es el Dios del protestantismo. El catolicismo trata de establecer lo que Dios es en sí y por sí; el protestantismo, por el contrario, lo que Dios es para el hombre. Y si el catolicismo es la oposición entre el espíritu y la materia, el protestantismo es la oposición de la razón y la fe. Pero el espíritu no lo aprisionan en esta oposición, y vuelve a la autonomía y a la naturaleza. El objeto de los tiempos nuevos es la realización y la humanización de Dios. Dios era, en el cielo, el hombre dotado de una realidad ilusoria y, sobre la tierra, la negación del hombre real. Se trata de hacer de Dios un hombre verdadero, un hombre en la plena posesión de él mismo. El ateísmo es un humanismo positivo.

En Marx se aprecia, además de la irreligión de Feuerbach y su explicación antropomórfica de la religión, la explicación antropomórfica de toda ideología en general.

La naturaleza y el hombre sobre todas las cosas.

Feuerbach dice que el hombre *es lo que come* (Der Mensch ist was er isst).

Para Marx, el hombre es el resultado de la experiencia económica.

Los impugnadores del materialismo histórico

Veamos ahora lo que dicen algunos conocidos sociólogos, respecto de esta discutida teoría, a través de sus obras.

Novicow opina que el materialismo histórico no puede tener pretensión de formar la sustancia entera de la sociología; a lo sumo será un punto de vista particular sobre la Historia, un método de rebusca. Marca, sí, una reacción útil contra la manera superficial con que se estudiaba la Historia. El materialismo económico, como la física social y el darwinismo, contiene solamente una parte de verdad parcial.

Máximo Kovalewski no quiere admitir las exageraciones de los ortodoxos, que ignoran el hecho de que la evolución de los medios de producción se cumple bajo la influencia de la marcha ascendente de la población y de su densidad, cada vez más

grande, y que no puede comprender cómo la evolución de las matemáticas y de la música se pueda deber al desarrollo del factor económico.

Raoul de la Grasserie llega a admitir hasta que el estado económico sea el punto de partida de las civilizaciones; pero que, una vez nacidas, cuando los fenómenos políticos, religiosos y artísticos han aparecido, éstos devienen, a su vez, capaces de producir otros, reobrando sobre el estado económico y modificándolo al mismo tiempo.

El error de Marx ha sido el de no estudiar más que la acción y sus resultados y despreciar la observación de la reacción. Ocurre en la sociedad lo mismo que en el organismo humano: la nutrición es la base, sin la cual la ideación no podría producirse en el cerebro humano; pero éste reacciona a su vez sobre la nutrición por el sistema nervioso. A la acción económica le opone la reacción mecánica, antagonista, siendo de estas acciones y reacciones de donde resulta el equilibrio de las civilizaciones.

De Adolfo Coste entresaco el siguiente ejemplo: "¿Es el hombre un intestino, un sistema muscular o un cerebro que se ramifica en un sistema nervioso?" Seguramente se responderá que la cuestión está mal planteada, porque, en efecto, el hombre es las tres cosas juntas. Sin un cerebro que las gobierne, los músculos no tienen utilidad alguna, y sin estos músculos el intestino no se proveería de

los alimentos necesarios. Así, pues, la evolución social, ¿es económica, política o religiosa? Para el sociólogo citado las tres son correlativas. La evolución política ha sido con frecuencia independiente de la evolución económica y la evolución religiosa ha dependido más de la política que de la evolución económica. La sociedad es un organismo complejo, una sinergia de actividades diversas y que difícilmente se pueden reducir a la unidad.

Ferdinand Tonnies comprende que el materialismo histórico es verdad en tanto que expresa la tendencia científica y positiva al derivar lo superior de lo inferior, lo noble de lo vulgar, lo complicado de lo simple. Pero es falso si se entiende y utiliza su principio como oposición a la interpretación *psicológica* de la evolución social.

En *Guillaume de Greef*, que es partidario de Marx, aunque no ortodoxo, se aprecia alguna discrepancia. Idealismo social, materialismo social, idealismo histórico y materialismo histórico son expresiones tan viciosas como cuerpo y espíritu en psicología, en cuanto que cuerpo y espíritu se consideren como entidades distintas y reales. La pretensión de la escuela materialista de ser sólo determinista y, por consecuencia, científica, no puede admitirse; el idealismo puede ser tan determinista como el materialismo, ya que sólo difieren entre ellos en lo que respecta a la determinación de la naturaleza sustancial de las causas. El error de Marx

es el de haber traducido interpretación económica de la Historia por materialismo histórico. Lo económico no puede ser ni materialista ni idealista, sino social.

Charles M. Limousin encuentra falsa la concepción del *monismo* económico, es decir, el factor único. No se puede obtener de lo heterogéneo y lo homogéneo, varias sustancias con una sola. La Historia no es materialista y el análisis psíquico del hombre confirma lo que la Historia nos enseña. Los hombres se han reunido en sociedad porque un instinto de sociabilidad los ha empujado a ello porque se sentían mejor reunidos que separados, dejando aparte toda condición materialista. Y han perfeccionado las sociedades a medida que su facultad de generalización y de moralización les hacía concebir la posibilidad de satisfacciones filosóficas, morales o estéticas mayores. No ha habido más que un sólo factor en acción: el psíquico.

Ferdinand Puglia, sin negar la importancia del factor económico, observa que la teoría del materialismo histórico es inexacta en dos puntos fundamentales: en su concepción de la *causa* eficiente de la evolución y del movimiento de la Humanidad y en su forma de considerar la *lucha* que se ha producido y produce en las sociedades. El factor económico es muy complejo, y si se fuera a examinar con rigor científico los elementos que lo forman, se vería que la variedad de regímenes econó-

micos que se consideran como la causa de la variedad de los hechos históricos, dependen de la influencia del clima, de las creencias religiosas, de las aptitudes especiales de los individuos que forman los diferentes grupos humanos, etc.

Según E. de Roberty, la escuela marxista cae en el error habitual del finalismo inconsciente, tomando el efecto o el fin por la causa eficiente. El trabajo humano—y el factor económico no es otra cosa—entra, como la conducta humana general, en el orden superorgánico o racional. La voluntad no precede al idealismo, sino que lo sigue y la acción no engendra el pensamiento, sino que lo obedece.

René Worms considera que la tesis del materialismo histórico peca por su carácter exclusivo, unilateral. Quiere reunir en la unidad lo que es múltiple, en la simplicidad lo que es eminentemente complejo. Hay diversos órdenes de hechos igualmente necesarios, igualmente importantes en acción y en reacción incesante, los unos sobre los otros y en cada uno de ellos varios fenómenos, teniendo todos su valor, su papel, su relativa independencia y por consecuencia, su igual interés a la vista del sociólogo.

Alfred Fouillée piensa que el determinismo humano no es solamente económico, sino que también es psicológico, sociológico, universal. El materialismo económico habla mucho de determinismo; pero el verdadero determinismo consiste en

considerar todas las condiciones propias para determinar el querer, sea individual o colectivo. Todo lo que influye sobre los sentimientos y las impulsiones influye también sobre las acciones y el movimiento de la Humanidad: he aquí el principio. El *homo œconomicus* no es el hombre entero. Las necesidades materiales no son únicas para el desarrollo de los factores de la Historia: las *ideas* son también *fuerzas*, y los sentimientos generosos que comprenden las ideas generales o universales son los principales de las fuerzas. El materialismo histórico es solamente un lado de la Historia; el idealismo histórico es el otro lado, más interior, que va dominando a medida que la civilización avanza en el sentido de la justicia.

Para Gabriel Tarde, el error fundamental del marxismo es pensar que el hombre cree siempre, finalmente, en lo que desea creer, en lo que tiene interés en creer. Lo cual es contrario a la observación psicológica más elemental. De ser así, ninguna revolución hubiera podido estallar y ningún despotismo se hubiera desterrado. La única garantía de los gobernados contra los gobernantes, en el fondo, es ese freno interior que el vencedor, aparte su vida militar o civil, encuentra en él mismo, en los principios mismos que le obstaculizan y que no se atreve a violar.

Cada vez más, en la Humanidad, como en el hom-

bre, el vientre será dominado por el cerebro, y no viceversa.

En todo tiempo—dice Sanz y Escartín—se ha visto el hecho económico subordinado a los sentimientos, a las creencias, a lo que se ha creído verdad. En cada período de la Historia, la fuerza política, el ideal religioso, los prejuicios de todo género, las tradiciones y las ideas reinantes han dado la explicación de los acontecimientos y de las leyes.

* * *

Sin embargo, a través de los juicios expresados en las obras de estos sociólogos, se observa claramente la importancia que le conceden al método de interpretación marxista. Cualquiera teoría que irrumpa en el campo de la investigación científica es motivo de sorpresa y discusión y más aún si se trata, como ésta, de una teoría cultivada por los revolucionarios y con la intención expresa de modificar el orden de cosas existente. Ya es mucho que los sociólogos de profesión le den beligerancia y que reconozcan que encierra gran parte de verdad. Y que se hayan puesto de acuerdo para considerar la estrecha ligazón de todos los hechos sociales, adoptando, para su investigación, el método objetivo.

bre, el vientre será dominado por el cerebro, y no viceversa.

En todo tiempo—dice Sanz y Escartín—se ha visto el hecho económico subordinado a los sentimientos, a las creencias, a lo que se ha creído verdad. En cada período de la Historia, la fuerza política, el ideal religioso, los prejuicios de todo género, las tradiciones y las ideas reinantes han dado la explicación de los acontecimientos y de las leyes.

* * *

Sin embargo, a través de los juicios expresados en las obras de estos sociólogos, se observa claramente la importancia que le conceden al método de interpretación marxista. Cualquiera teoría que irrumpa en el campo de la investigación científica es motivo de sorpresa y discusión y más aún si se trata, como ésta, de una teoría cultivada por los revolucionarios y con la intención expresa de modificar el orden de cosas existente. Ya es mucho que los sociólogos de profesión le den beligerancia y que reconozcan que encierra gran parte de verdad. Y que se hayan puesto de acuerdo para considerar la estrecha ligazón de todos los hechos sociales, adoptando, para su investigación, el método objetivo.

ECONOMÍA MARXISTA

Precursores

De toda la ciencia social, lo que más interesa a Marx es el aspecto económico; esto es lo fundamental. Su mayor preocupación es la de encontrar las leyes propias de su origen y desarrollo en la Historia. Los sistemas que inspiran la conducta de las clases, de las naciones o de los gobernantes, representando distintos momentos del desarrollo del pensamiento económico y social.

La Historia, para Cossa, tiene por principal misión preparar una apreciación más justa de cada uno de ellos, determinando su sitio real en el desarrollo científico y el conjunto de sus relaciones, enseñando su conexión con la evolución de los *hechos* económicos, sin confundir jamás el desarrollo de los *hechos* con el de las *ideas;* descubriendo las concepciones económicas con el modo particular de pensar de cada época; la unidad del pensamiento filosófico y económico del siglo XVIII, abstracto y

metafísico a la vez, para llegar a las concepciones económicas de las doctrinas evolucionistas e históricas.

La economía marxista se halla fuertemente impregnada de las teorías de Quesnay, Smith, Thompson, Sismondi, Ricardo, Rodbertus, Proudhon y otros.

La formación del marxismo económico

Su visión abarca conjuntamente la economía política pura y el socialismo, descubriendo que la raíz genética, común a estas dos direcciones, está en la esfera material.

La ciencia económica se constituye a mediados del siglo XVIII. Su objeto eran los *fenómenos de riqueza*. La escuela mercantilista había visto en la moneda la principal riqueza. La nueva ciencia la verá en los bienes consumibles propios para satisfacer nuestras necesidades, considerando la moneda como instrumento de sus cambios y medida del valor. Su intención es la de establecer la comunicación entre el hombre social y el mundo exterior, a modo de puente entre la materia y el espíritu.

Quesnay, legítimo representante de la escuela

fisiocrática, desarrolla el círculo de estos cambios sin fin de materia y de fuerza entre las sociedades y la naturaleza, que no es otra cosa que la vida orgánica de las sociedades humanas. Entre la necesidad, lazo de subordinación del hombre a su medio; entre la reacción voluntaria del trabajo que la necesidad determina sobre la Naturaleza y el Derecho, del cual el Estado es el órgano y que regula las voluntades individuales, Quesnay reconstituyó el movimiento social de la riqueza. Reconocido y proclamado el derecho de la Naturaleza, el mundo social podía abandonarse a sí mismo, puesto que obedecía a leyes providenciales.

A pesar de este optimismo económico, veo una gran influencia sobre el pensamiento económico de Marx que, muy esquematizado, es el siguiente:

Economía	El hombre	Mecánica. Física. Química. Biología. Psicología.
	La sociedad....	Moral. Estética. Derecho privado. Derecho público.
	La naturaleza.	Tecnología. Biología. Química. Física. Matemáticas.

La economía como fundamento y los demás como epifenómenos que, a su vez, reobran contra su base, influenciándola, aunque sin determinarla de un modo directo. Psicología individual y social, moral, derecho, todos los aspectos de la vida colectiva estaban unidos en la consideración de la riqueza. Lemercier de la Rivière presenta en su obra el orden social como una verdadera deducción del orden físico. En Adam Smith domina la idea del sentimiento individual como base del factor económico; así como Malthus se apoya en la biología y David Ricardo en el conocimiento del mundo físico. Pero todos dando por supuesto un orden natural.

A primeros del siglo XIX, cuando la ciencia económica clásica tiende a aislarse de la ciencia social, los principales socialistas, Owen, Saint-Simon y Fourier, persiguen, y esto es su gloria imperecedera, la constitución de una ciencia social cuya teoría de las riquezas no debe ser más que una parte. Al fin del siglo se cumplió la obra por los sabios, incluso los más alejados de la utopía. Knies dice de Comte en 1882: Reconozco que mucho tiempo antes de mí desde el punto de vista de la vida y de la ciencia ha pintado la existencia efectiva de una evolución constante que yo he constatado en el dominio, tratado por mí, de la economía política. Marshall declara que Comte ha hecho un gran servicio insistiendo sobre esta verdad.

Marx va observando que el desarrollo intelectual

moral y estético de las sociedades está fundamentalmente subordinado a las condiciones económicas. Los fisiócratas habían preparado la concepción orgánico de la sociedad. Augusto Comte, la distinción del orden temporal y del orden espiritual; Dunoyer, por la de los trabajos aplicados a las cosas y a los hombres, ha transportado a la sociología la división de Bichat entre la vida orgánica y la vida animal, entre la vida económica y la vida intelectual, estética, moral. La distinción se acentúa más y más profunda con H. Spencer, A. Schäffe y, sobre todo, la subordinación de los fenómenos superiores a los fenómenos de riqueza. Schäffe marca la analogía del movimiento doble de asimilación y desasimilación de los organismos individuales y de las dos fases del movimiento social de la riqueza, sustancia intercelular del cuerpo social; la fase progresiva o de asimilación: distribución, repartición de la riqueza; la fase regresiva: consumo de la riqueza, reproducción de la especie humana. Schönberg ha demostrado que la economía social determina las condiciones de la vida moral, de la cultura y de la civilización. Marx y Engels le han dado la expresión limpia y rígida conocida por interpretación *materialista* de la Historia. En el prólogo a su *Crítica de la Economía Política* advierte Marx el núcleo fundamental de su teoría al decir que todas las manifestaciones de la actividad social están subordinadas a las formas de producción

de las riquezas. *El Capital* es la ilustración de esta ley, que ya Saint-Simon había previsto con su subordinación histórica de la actividad económica o temporal y de la actividad espiritual y Proudhon sometiendo a las condiciones del equilibrio y del progreso económicos toda la evolución del derecho privado y del derecho público.

Pero la intención de Marx llega a querer regular las condiciones económicas de tal manera que no quede cogido el hombre entre las leyes naturales providencialistas, ni entre el juego de la individualidad económica, ni que se preocupe solamente de la acumulación de riquezas, ni tampoco exclusivamente de su mejor producción, sino encontrar las leyes que regule de tal manera la base económica que su fin sea el desarrollo integral de la personalidad humana, contra todo obstáculo egoísta socialmente considerado y contra todo gobierno que, con el arma de la ley o de la teología, subordine al hombre a las condiciones materiales de vida. Así la vida espiritual queda libre de toda imposición teológca o finalista y el hombre en camino de trazar su propia historia.

Marx va examinando el sistema de la economía burguesa siguiendo un orden cronológico en su trayectoria: Capital, Propiedad, Trabajo asalariado, Estado, Comercio y Mercado mundial.

En el prefacio de su *Contribution à la critique de l'Economie Politique* declara que las relaciones ju-

rídicas, como las formas de Estado, no pueden explicarse ni por sí mismas ni por la sedicente evolución general del espíritu humano, sino que toman sus raíces más bien en las condiciones de existencia material y que la anatomía de la sociedad se ha de buscar en la economía política. El resultado general a que le llevan sus estudios se formula así: "En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado de desarrollo dado de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden formas de conciencia sociales determinadas".

Y, a continuación, la fórmula clásica del marxismo:

"El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina la realidad; es, por el contrario, la realidad social la que determina su conciencia."

En un cierto estado de su desarrollo las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica, con las

relaciones de propiedad, en el interior de las cuales se habían movido hasta entonces. Los cambios que se producen en la base económica transforma más o menos rápidamente toda la superestructura.

Marx distingue la transformación material de las condiciones de producción económica, constatadas con la ayuda de las ciencias físicas y naturales y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas. Y afirma que una sociedad no desaparece nunca antes que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que puede contener y nunca la sustituyen las nuevas y superiores relaciones de producción, antes que las condiciones de existencia material de estas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Considera las formas de producción burguesa como la última forma antagónica del proceso de producción social. Con esta desaparición se acaba la prehistoria de la sociedad humana.

En su obra cumbre, *El Capital*, describe con estilo irónico aunque bien documentado, todo el proceso del sistema capitalista, desde el examen de la mercancía, la apreciación del valor, la formación del capital, la plusvalía y la acumulación, hasta la descripción de la situación obrera inglesa, abarcando la legislación, horario, trabajo, depauperación, crisis y todas las manifestaciones de la vida del trabajo, tan interesantes para comprender las con-

secuencias del sistema de apropiación individual y para la justificación de su teoría de redención.

El Capital es una obra de síntesis económica muy difícil de comprender para el que no esté familiarizado con la terminología económica y enterado de la médula de las distintas teorías y sistemas económicos. Por estas razones es conveniente, al hacer su examen, aclarar y comparar a la ligera con los otros autores, para que puedan resaltar y llegar a la comprensión del lector profano el formidable esfuerzo y la importancia de la teoría. No es tarea muy fácil, pero lo intentaremos, contando con la atención y benevolencia del lector.

El valor de las cosas

La mercancía, el producto, es para la economía lo que la *cosa en sí*, el dato, la materia es para la filosofía; es la base, el objeto alrededor del cual gira toda la interpretación y desenvolvimiento económico.

La palabra *valor* expresa una idea de comparación relativa, resultante de la comparación de dos cosas hecha por un ser humano, desde el punto de vista de su utilidad.

Toda mercancía tiene un valor con dos apreciaciones distintas; la de *uso*, en tanto pueda satisfacer ciertas necesidades o deseos humanos, y la de *cambio*, por su relación con otras mercancías consideradas en el mercado como equivalente proporcional de compra y venta. Nada ha sido tan discutido por los distintos economistas como la idea de valor, dando pie a la formación de dos grupos de tendencias: la *objetivista*, que se apoya en el *costo de producción*, y la subjetivista o *utilitaria*. La primera la sostienen desde diversos aspectos Quesnay, Ricardo y Rodbertus y culmina en Marx; la segunda, Böhm-Bawerk, Gossen, Jevons, Menger, Walras, Clark y Seligman. Para estos últimos, el precio de las cosas es producto de evaluación subjetiva, según el deseo personal y la demanda. Para los primeros es el trabajo la medida del valor. Marx, que lleva al extremo esta teoría, dice que un valor de uso, un bien, no tiene valor más que por el trabajo humano que encierra. ¿Cómo medir el tamaño de este valor? Por el *quantum* de trabajo, es decir, la sustancia creadora que se encuentra contenida en el objeto. La cantidad de trabajo tiene por medida la duración y la medida de esta duración está constituída por las horas, los días, etc. De forma que toda medida de valor la determina únicamente la suma de trabajo *socialmente necesario* a la producción del valor de uso. Cada mercancía particular no es, en suma, más que un ejemplar

medio de su especie. Las mercancías que encierran iguales sumas de trabajo o pueden ser producidas en un mismo lapso de tiempo, tienen el mismo valor. El valor de una mercancía es el valor de cualquiera otra mercancía, como el tiempo de trabajo necesario a la producción de una es al tiempo de trabajo necesario a la producción de la otra. Se llama *tiempo socialmente necesario* el tiempo de trabajo exigido para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales aplicables a esta producción, haciéndose con la media social de habilidad e intensidad.

La teoría *utilitaria subjetiva* moderna considera el valor objetivo de los bienes como realizándose por un juego complicado de evaluaciones subjetivas, haciendo de la producción y del cambio en la sociedad capitalista un cuadro en gran parte imaginario, en contradicción formal con la vida real. El cambio mismo—dicen Bawerk y Menger—será económicamente posible cuando dos personas diferentes habrán evaluado sus mercancías de otra manera y en un sentido inverso.

Marx y los economistas partidarios del *valor-trabajo* han marcado en la Historia una tendencia natural: la de estimar el valor objetivo de los bienes no según las necesidades que satisfacen, sino de acuerdo con su costo de producción que ellos exigen, es decir, sobre el esfuerzo humano.

Adam Smith empieza a diferenciar la teoría al

considerar que en el primer estado informe de la sociedad, que precede a la vez la acumulación de los capitales y la apropiación del suelo, la proporción entre las cantidades de trabajo necesarias para adquirir diferentes objetos parece ser la sola circunstancia que pueda proveer alguna regla para el cambio de estos objetos entre ellos. Por ejemplo: en un pueblo de cazadores, si cuesta habitualmente dos veces más de pena para matar un castor que para matar un gamo, un castor se cambiará naturalmente contra dos gamos, o valdrá dos gamos. Es natural que lo que es ordinariamente el producto de dos días o de dos horas de trabajo, valga el doble de lo que es ordinariamente el producto de un día o de una hora de trabajo.

Más categóricamente aún, David Ricardo consideraba que en ese mismo estado primitivo de las sociedades el valor de cambio de las mercancías dependía casi exclusivamente de su *valor-trabajo* y era proporcional al trabajo empleado en su producción inmediata y en la fabricación de los instrumentos necesarios, que viene a ser el punto de vista clásico del marxismo. La medida real de cada cosa es la pena y el esfuerzo que se pone para obtenerlo: pena y esfuerzo que evita el que la consigue por compra.

Esto—según Engels, en un artículo publicado en el *Devenir Social*, titulado "Complemento y suplemento al tercer libro de *El Capital*"—ha sido gene-

ral durante todo el período antiguo de la producción simple de mercancías, o sea desde el momento en que la producción simple sufre una modificación por la aparición de la forma de producción capitalista. La ley del valor de Marx tiene, económicamente, un alcance general por una duración que se extiende desde el comienzo del cambio, transformando los productos en mercancías en el siglo XV. Pero el cambio de mercancías data de una época anterior a toda historia escrita y que remonta, en Egipto, lo menos a 2.500 años y en Babilonia, a 4.000 antes de nuestra era.

Para aceptar esta proposición de Engels se requieren dos supuestos: el de la apropiación de los instrumentos de trabajo por los obreros de la época primitiva o la aparición del capitalismo moderno, quedando fuera de lugar una gran parte de la Historia, especialmente los quince primeros siglos de nuestra Historia, salvo alguna rara excepción.

He aquí una expresión típica de la fórmula de valor general de Marx:

1 vestido	= 20 metros de tela.
10 libras de té.............	
40 libras de café...........	
1 medida de trigo...........	
2 onzas de oro..............	
½ tonelada de hierro ...	

En efecto, cuando un hombre cambia su tela contra otras mercancías y expresa su valor en una se-

rie de otras mercancías, los otros poseedores están obligados a cambiar sus mercancías contra la tela y expresar, por consecuencia, su valor en esta tercera mercancía; la tela.

Luego viene la transición de la forma de valor general a la *forma dinero*. Y tendremos otra ecuación simple:

20 metros de tela		
1 vestido		
10 libras de té		= 2 onzas de oro.
40 libras de café		
1 medida de trigo.........		
½ tonelada de hierro		

El progreso consiste únicamente en que la forma de cambiabilidad directa y universal, es decir la forma de equivalente general, se ha identificado definitivamente, por consecuencia de la costumbre social, en la forma natural específica de la mercancía oro.

Tenemos, pues, que aunque varíen la cantidad y clase de mercancía, siempre *valen* la cantidad de trabajo *socialmente necesario* que se ha invertido en su producción.

El dinero, para Marx, como medida del valor, es la forma bajo la cual debe manifestarse necesariamente la medida únicamente de su valor, el tiempo de trabajo.

La formación del capital

La circulación de las mercancías es el punto de partida del capital, el cual aparece realmente en la Historia hacia el siglo XVI.

Esta circulación tiene como forma inmediata la siguiente fórmula:

M - D - M

Es decir, la mercancía se cambia en dinero, y éste se retransforma en mercancía: se vende para comprar.

Lemercier de la Rivière dice que con el dinero se compra mercancía, y con la mercancía el dinero.

El ciclo M-D-M tiene como punto de partida una mercancía, y como final otra mercancía, que desaparece de la circulación para consumirse, para satisfacer la necesidad. Esta es una fórmula sencilla, en la que es igual que los dos valores sean dinero o que sean mercancías.

Puede ocurrir otro caso, y es que una mercancía que se compra a 100 se revenda a 110. Y entonces tendremos una diferencia de diez, un excedente, un aumento en el valor, una plus-valía, por

medio de la cual se ha formado un principio de capital. En realidad, aunque las mercancías puedan venderse a precios que se alejen de su valor, significa una violación de las leyes del cambio.

Donde hay igualdad, no existe beneficio. El cambio, dice Le Trosne, es por naturaleza un contrato de igualdad que se hace de valor por valor igual. No es, pues, un medio de enriquecerse, ya que se da tanto como se recibe. Así se comprende que el capital no nazca del aumento de valor caprichoso; porque, supongamos que el vendedor que ha aumentado diez pesetas sobre su valor estricto de 100, esas mismas diez pesetas las paga de más al realizar una nueva compra, puesto que esa otra mercancía la ha aumentado su vendedor en la misma proporción; como vendedor ha ganado diez, pero como comprador lo ha perdido.

Es como si todos los vendedores aumentaran el 10 por 100 por encima de su valor. Este encarecimiento nominal sólo afecta a su valor representativo: el dinero.

Ramsay opina que la idea de beneficios pagados por los consumidores es verdaderamente absurda. Y Rivière considera que cada vendedor no puede encarecer habitualmente sus mercancías más que sometiéndose también a pagar más caras las mercancías de los otros vendedores; y, por la misma razón, cada consumidor no puede pagar habitualmente menos caro lo que compra más que some-

tiéndose también a una disminución parecida sobre los precios de las cosas que vende. Un ejemplo: si se viera uno forzado a dar 20 pesetas por una cantidad tal de producción que valiese 40, cuando se emplee este mismo dinero en compras, se tendrá igualmente por 20 pesetas lo que se pagó a 40.

Es decir, que desde el punto de vista de la circulación simple, no puede haber formación de capital. Si se cambia equivalentes, no puede producirse plus-valía. La circulación o el cambio de las mercancías no crea valor. Sin embargo, para el capitalista actual no tiene valor alguno la fórmula M-D-M, ni tampoco esta otra D-M-D (dinero-mercancía-dinero), porque sería una *tautología*, una repetición sin ningún beneficio. Su *fórmula*, la actual, es D-M-D + a, o sea cambiar dinero por mercancía y ésta por dinero, pero con un beneficio (*a*).

Y aquí empieza a iniciarse la plus-valía.

La suma de los valores en circulación, dice Marx, no sabría evidentemente ser modificada por su repetición, de la misma manera que un judío no sabría aumentar la masa de los metales preciosos en un país vendiendo por una guinea un liard que datara de la reina Ana. El conjunto de la clase capitalista de un país no puede engañarse entre sí.

Valor de la fuerza de trabajo

¿Qué será, pues, la medida del valor? ¿Encontraremos en el mercado una mercancía con la capacidad para crear el valor? Sí. El valor se crea por el trabajo. La fuerza del trabajo es la fuente del valor.

Smith ya ve que puede haber más trabajo en una hora de jornada penosa que en dos horas de esfuerzo fácil o en una hora de aplicación a un oficio que ha costado diez años de aprender, que en un mes de aplicación de un trabajo ordinario y fácil de hacer por todo el mundo.

Ricardo, por su parte, declara que el valor de cada especie de trabajo está bien pronto fijado, dependiendo mucho de la destreza comparativa del trabajador y de la intensidad del trabajo cumplido.

Para Marx, el trabajo complejo (skilled labour, trabajo calificado) no es más que una *potencia* del trabajo simple, o, más bien, el trabajo simple *multiplicado*, de suerte que una cantidad dada de trabajo complejo corresponde a una cantidad más grande de trabajo simple.

Bajo forma de dinero, el capital no crea; se necesita fuerza de trabajo, pero necesita dos con-

diciones esenciales para que se pueda adquirir: primeramente, que el obrero sea, personalmente, libre, es decir, que pueda disponer libremente de su fuerza de trabajo. Así, ni el esclavo ni el siervo tenían ese derecho, porque dependían personalmente del propietario o del señor.

La segunda condición es que el obrero sea libre respecto de los medios de producción y de los medios de existencia, o sea, que no posea nada y, por lo tanto, obligado a vender su fuerza de trabajo.

El capitalista, comprando la mercancía—fuerza de trabajo—, debe pagarla por su valor integral. Pero ¿cómo determinar el valor de esta fuerza, que no nace ni se produce en las fábricas? El trabajo es la actividad del hombre persiguiendo un fin dado, la acción del hombre sobre la materia que le proporciona la naturaleza, con el fin de dar a esta materia una forma que la haga susceptible de servir a la satisfacción de las necesidades de los hombres.

Al trabajar, el obrero consume una gran parte de su fuerza muscular y debe reponerla por medio del alimento, vestidos, etc. Además, el trabajador tiene, por lo general, que atender a una familia, cuyo gasto debe también estar comprendido en la retribución del trabajo. Suele tener, también, otras atenciones: cultura, expansión, distracciones.

Pues bien; todos estos medios de existencia cons-

tituirán el valor mínimo de la fuerza de trabajo. Y he aquí que el capitalista, que en lo que menos piensa es en atender las necesidades de los hombres, se convierte en su salvador obligado.

La diferencia notoria entre la concepción de Marx y la de los economistas clásicos, es la de considerar el trabajo como el cimiento de la sociedad, siendo el marxismo, como dice Labriola, una gran filosofía del trabajo.

Sobre el mercando en donde los hombres se hacen la competencia como poseedores de productos es, en realidad, como máquinas de trabajo, en calidad de productores, como se oponen. En el sistema marxista, el trabajo es la función y la fuerza de trabajo, la máquina productora de trabajo.

Desde este punto de vista, el trabajo es un hecho, una cosa, un producto. Nosotros podemos sustituir su noción a la noción del producto entendido como objeto, es decir, como un compuesto de cualidades físicas y de emisión de fuerza humana. No diremos más sino que el cambio no es el cambio de *cosas* necesarias, sino de trabajos necesarios. Y habiendo cambiado la noción de producto, o sea, de cosa, podemos cambiar la noción de riqueza entendida como el conjunto de estas cosas. No se debe decir más que la riqueza de una sociedad está constituída por el inventario de sus bienes, sino por la suma de trabajos humanos que han sido exigidos para su producción. La riqueza social es igual

a la cantidad de trabajo social. Tal es la ecuación marxista de la riqueza.

Y bien. ¿Cómo ocurre que la riqueza queda depositada en manos del que, por lo general, no la produce? ¿Cómo se forma y acumula el capital? Si se paga la fuerza de trabajo por su valor integrado, por lo que produce, ¿de dónde resulta el beneficio del capitailsta? El obrero y el capitalista se encuentran en el mercado en calidad de poseedores iguales de mercancías. El obrero tiene la mercancía *fuerza de trabajo* y el capitalista cierta suma de dinero.

El capitalista compra la fuerza de trabajo por una cantidad determinada de dinero correspondiente a su valor, pongamos como ejemplo, diez pesetas por día; una vez comprada, ya puede disponer de su valor de uso, siendo este valor de uso de la fuerza de trabajo el creador de valor. Si ha comprado la fuerza de trabajo, según nuestra hipótesis, a diez pesetas por día, y si estas diez pesetas representan en dinero cinco horas de trabajo, el obrero le habrá restituído en cinco horas de trabajo la suma destinada a la compra de su fuerza. Pero ésta tiene la cualidad particular que puede dar más trabajo del que necesita para su entretenimiento, es decir, que puede crear un valor más grande que el suyo propio.

Conociendo esta cualidad maravillosa de la mercancía-fuerza, el capitalista no se limita a las cinco

horas de trabajo en las cuales la fuerza crea un valor igual a la suya propia y hace trabajar al obrero mucho más tiempo, ocho horas. El valor creado por el trabajo del obrero en la segunda mitad de su jornada es para el capitalista un beneficio neto. Este excedente de valor que el obrero crea sobre el valor de su fuerza de trabajo se llama plus-valía. El tiempo de trabajo durante el cual el obrero reproduce el valor de su fuerza de trabajo lo llama Marx *tiempo de trabajo necesario* y el tiempo durante el cual crea para el capitalista la plus-valía, *tiempo de trabajo suplementario*.

La plus-valía es, pues, el rasgo particular de la explotación capitalista. Esta explotación ha existido en el tiempo de la esclavitud y el feudalismo, pero nunca la fuerza de trabajo fué una mercancía, ni el producto suplementario una plus-valía. Ya sabemos, pues, que este tiempo suplementario es el beneficio del capitalista y lo que contribuye a la formación de su capital.

Esto da realidad a la frase de Hobbes, cuando dice en su *Leviathan* que el valor de un hombre, como el de todas las cosas, es su precio, es decir, la cantidad que es necesario pagar para poder disponer de su fuerza de trabajo.

El capital anuncia, pues, la aparición del salariado.

He aquí un párrafo irónico de Marx:

"La esfera de la circulación o del cambio de

las mercancías, en cuyo interior se opera la venta y la compra de la fuerza de trabajo, era, en efecto, un verdadero Edén de los derechos innatos del hombre. ¡Lo que reina allí es la Libertad, Igualdad, Propiedad y Bentham!

¡Libertad! El comprador y vendedor de una mercancía, por ejemplo, de la fuerza de trabajo, no son determinados más que por su libre voluntad. Pasan sus contratos en calidad de personas libres, jurídicamente iguales. El contrato es el resultado final en que sus voluntades se dan una expresión jurídica común. ¡Igualdad! Entran en relación á título de propietarios de mercancías y cambian equivalente contra equivalente. ¡Propiedad! Cada uno no dispone más que de lo suyo. ¡Bentham! Cada uno sólo se preocupa de sí mismo. La única fuerza que los reúne y pone en relación es la de su interés, de su ventaja particular, de su egoísmo. Es, precisamente, porque cada uno no se ocupa más que de sí mismo sin inquietarse del vecino, que todos, por consecuencia de una armonía preestablecida de las cosas o bajo los auspicios de una Providencia maravillosamente ingeniosa, cumplen únicamente la obra de la ventaja recíproca, de la utilidad común, del interés general...

El antiguo poseedor del dinero abre la marcha como capitalista; el propietario de la fuerza de trabajo le sigue en calidad de trabajador, perteneciéndole; el primero se hace el importante, adopta

una sonrisa de contento y se hace el atareado; el segundo tiene el aire tímido y apenas resiste, como alguien que ha vendido su propia piel y no espera más que ser curtido."

La plus-valía

No es sólo la fuerza de trabajo la que participa en el proceso de la producción capitalista, sino que se necesitan instrumentos de producción, tales como máquinas, edificios, materias primeras, materias auxiliares, etc. Si el capitalista no fuera propietario de todos estos medios de producción, el obrero no se vería obligado a venderle su fuerza de trabajo.

Este capital, que en manos de una empresa no sirve más que para crear plus-valía, en manos de los trabajadores dejaría de ser capital. El martillo, por ejemplo, no es un capital en las manos de un obrero, pero sí en las de un capitalista. Kautski lo precisa bien. Unos definen el capital como un instrumento de trabajo, y en este caso hay capitalista hasta en la Edad de Piedra; el orangután que se sirve de una piedra para romper una nuez es también capitalista. Lo mismo que el bastón de que se sirve el vagabundo para hacer caer el fruto

de un árbol deviene un capital y su detentador un capitalista. Otros definen el capital como trabajo acumulado por el ahorro, lo cual hace que los *hamsters* y las hormigas tengan el honor de ser *confrères* de los Rothschild y de los Krupp.

Ciertos economistas comprenden en el capital todo, absolutamente todo lo que facilita el trabajo o lo hace más productivo: el Estado, los conocimientos del hombre, su espíritu.

Así, pues, los medios de producción, el trabajo acumulado, etc., no se vuelve capital más que cuando se encuentran entre las manos del capitalista para obtener y apropiarse la plus-valía.

Rusia, aunque está en el período de transición económica, nos ofrece un ejemplo aproximado del papel de la plus valía en una economía socialista. Lenin enumeraba los distintos tipos económicos y sociales que se entremezclan en la actualidad:

Economía agrícola patriarcal, es decir, natural en gran medida.

Pequeña producción de mercancías.

Capitalismo privado.

Socialismo.

"El capitalismo de Estado es el capitalismo que sabremos limitar, porque está ligado al Estado y éste son los obreros, los obreros avanzados, la vanguardia obrera, nosotros."

La noción de salariado implica la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía. La mercan-

cía supone el cambio entre dos poseedores de mercancías, es decir, la concurrencia entre el capitalista poseedor de los medios de producción y el obrero poseedor de la mercancía fuerza de trabajo. En la industria rusa estatizada, la clase obrera organizada en Estado es la poseedora de los medios de producción y de existencia. Sus directores no son más que funcionarios, dependientes de la clase obrera. Cada obrero representa una parcela de la clase obrera. ¿A quién vende su fuerza de trabajo? Al fondo, a la misma clase obrera, de la que él mismo es una parte y que es la propietaria de todas las empresas estatizadas.

Para aclarar esta idea, comparemos el obrero de la industria estatizada al artesano. Por analogía con el modo capitalista de producción, podemos dividir el trabajo del artesano lo mismo que el del obrero de la fábrica capitalista. Consideremos la parte del trabajo que el artesano gasta en producir los artículos que él mismo consume como representando el valor de su fuerza de trabajo; lo que crea y gasta, además, por el mejoramiento y el desarrollo de su oficio, se puede comparar a la plusvalía. Mas estas relaciones del artesanado, ¿tendrán algo de común con las del modo de producción capitalista? Sólo en apariencia. La empresa del artesano es individual, mientras que la del proletariado es colectiva.

En la industria soviética estatizada, los obreros

son colectivamente poseedores de los medios de producción y de existencia y, a diferencia del artesano, no pueden explotarse a sí mismos, ni venderse entre ellos la fuerza de trabajo colectiva. Y aunque se emplean los términos *capitalista* y *asalariado*, no caracterizan más que la forma exterior de los fenómenos, forma tras de la cual se disimulan ya nuevas relaciones sociales socialistas.

¿Qué se hace de la plus-valía en la Rusia soviética? El capitalista, como se sabe, emplea esta plusvalía en satisfacer sus propias necesidades, en entretener una población de no productores que le sirve desde las distintas instituciones burguesas con el objeto de mantener su dominación y, en fin, para desarrollar su propia producción. ¿Para quién sirve este trabajo suplementario del obrero en las empresas soviéticas estatizadas? Lapidus, el economista, nos responde que esta plus-valía se destina al mejoramiento de la condición de los obreros, al entretenimiento de escuelas, jardines de la infancia, cursos para adultos, facultades obreras, establecimientos de enseñanza superior, para hospitales, construcción de casas para obreros y para crear instituciones culturales llamadas, en primer lugar, a satisfacer las necesidades de la clase obrera.

Una gran parte del producto suplementario se destina al desarrollo de la industria socialista estatizada, cuyo producto suplementario, así colocado, se le restituirá al obrero con el tiempo.

Otra parte de este producto es absorbido por las necesidades del Estado obrero: entretenimiento de administraciones, defensa del Estado proletario, etcétera.

¿Cómo llamar en estas condiciones el producto suplementario del trabajo dado por el obrero al Estado obrero para que no se confunda con la expresión capitalista? Unos proponen llamarlo *producto suplementario*; otros proponen mantener el antiguo término capitalista de *plus-valía*; otros, en fin, proponen crear un término nuevo y llamarlo *plus-valía socialista*. Pero ninguno de estos tres términos corresponde a la naturaleza de las relaciones de producción existente en la industria rusa estatizada.

La expresión *producto suplementario* es inadecuada, porque supone relaciones naturales, cuando todavía subsiste el cambio. La plus-valía supone, como ya se ha dicho, la explotación capitalista. Y la expresión *plus-valía socialista* encierra una contradicción interior, pues el socialismo no conocerá ni valor, ni menos aún plus-valía.

La desigualdad en la remuneración del trabajo calificado y del trabajo simple, del trabajo intelectual y del trabajo físico que existe en Rusia no le da por ello un carácter capitalista a sus empresas estatizadas, ya que no hay dos clases sociales que se explotan una a otra. Hay que tener en cuenta que no han instituido todavía el socialismo integral.

que aun no llega al comunismo tampoco, sino que están en la primera fase, por lo que será necesario admitir, hasta cierto punto, la desigualdad material, aun en régimen socialista.

Marx dijo que esta desigualdad ocurriría hasta que viniera la fase superior de la sociedad comunista. Entonces habrá desaparecido la contradicción entre el trabajo intelectual y el físico; cuando el trabajo sea la primera necesidad vital en lugar de ser solamente un medio de existencia; cuando las fuerzas productoras se engrandezcan con el desarrollo armonioso de la individualidad; cuando todas las fuentes de la riqueza social broten con abundancia. Entonces caerá por completo en desuso la estrecha mentalidad jurídica burguesa y la sociedad escribirá en su bandera: "De cada uno, según sus fuerzas; a cada uno, según sus necesidades".

El salario

"Que la mitad de una jornada de trabajo sea necesaria para mantener su vida el obrero por veinticuatro horas, no le impide que se le haga trabajar toda una jornada. El valor de la fuerza de trabajo y su apreciación en el proceso de trabajo son de tamaño diferentes. Es esta diferencia de valor la

que el capitalista tenía en cuenta cuando compró la fuerza de trabajo.

El hecho de que la restauración diaria de la fuerza de trabajo no cueste más que una media jornada de trabajo, aunque la fuerza de trabajo sea ocupada una jornada entera y que, consecuentemente, el valor que crea durante una jornada sea dos veces más grande que su propio valor cuotidiano, es una dicha especial para el comprador..." Y añade Marx: "De cada hora de trabajo, el capitalista se apropia la mitad... sin pagarla." Por tanto, toma una cosa sin darle su contrapartida.

El beneficio, la ganancia, es el fin de todo capitalista. Y ya se sabe que la única fuente del provecho es la plus-valía creada por el obrero en el proceso de la producción. Su secreto estriba en que el capitalista, al comprar la fuerza de trabajo, no paga al obrero más que el valor de esta fuerza y no el valor que crea por el trabajo.

La fuerza de trabajo deviene así una mercancía con valor definido. Mas este valor—como el de toda mercancía—debe encontrar su expresión en un valor equivalente determinado, que, en régimen capitalista, toma la forma de dinero, o sea, el salario.

Ocurre, si se juzga por lo que dicen los economistas oficiales, que el salario paga no solamente la fuerza de trabajo, sino todo el trabajo que rinde el obrero durante su jornada. El capitalista dice que el obrero da todo su trabajo de un día por lo

que se le paga y que el obrero recibe su paga después que ha terminado el proceso de trabajo y no antes. Pero bien claro se advierte que, a pesar del intento de oscurecer la forma del salario y disimularla con la relación entre obrero y capitalista, la plus-valía descubre la diferencia entre valor integral y jornal capitalista.

Al principio de la sociedad capitalista se conocía el salario en especie. El obrero no recibía dinero del patrono, sino una cantidad determinada de productos necesarios a su entretenimiento y al de su familia. Conforme se va desarrollando el sistema, desaparecen estas formas de retribución natural.

El capitalista necesita que la fuerza de trabajo se pague al más bajo precio, pero quiere que el aflujo de fuerza de trabajo sea constante, que esta fuerza, en otros términos, no cese de reproducirse. Y, para ello, precisa que el conjunto de la clase obrera reciba por su fuerza de trabajo un equivalente que le permita reconstituír para el porvenir esta fuerza y de ponerla, por consiguiente, a la disposición de la clase capitalista. Si hubiera exactamente tantos obreros como necesita la clase capitalista, cada obrero recibiría exactamente el valor de su fuerza de trabajo. Pero ello no ocurre así.

Hasta aquí llega el bochornoso e inhumano caso de que no se corresponda la demanda y la oferta

de trabajo, por lo que los precios de la fuerza de trabajo, el salario, se alejen de su valor.

La demanda de trabajo oscila según el estado general de la industria y de la economía, pero siempre sale perjudicado el obrero.

En las épocas de desarrollo, cuando se crean nuevas empresas, la demanda de mano de obra crece. Pero, al igual que esto, crece también la superación técnica, la introducción de nuevas máquinas más perfectas. Y así ocurre que cada vez se necesita menos fuerza humana. De modo que si el capitalista consigue doblar la producción de su empresa al poseer mejores máquinas, no necesita más que la mitad de obreros que hubiera necesitado de no haber mejoramiento técnico.

Esto sin contar que a las épocas de gran prosperidad capitalista, suceden otras de gran depresión, por causa de las cuales, al producirse estas crisis, la demanda baja y el obrero se ofrece por una cuarta parte de su valor como mercancía.

Estos mismos obreros sin trabajo, ayudados por la facilidad de traslación, emigran a otros sitios de mayor demanda, ocurriendo que su presencia haga bajar inmediatamente el nivel de salario de los ocupados. ¡Es ésta una ley fatal que explotan a maravilla los capitalistas!

El obrero y el capitalista se presentan al mercado como dos poseedores iguales de mercancías pero bien sabemos que en esta lucha, aunque teóri-

camente ambos son libres de contratar, el obrero está bien lejos de tener la ventaja.

Para contrarrestar un poco esta desventaja, los obreros crean las agrupaciones. El *sindicato* es la primera forma de asociación, que aparece hace unos dos siglos en Inglaterra, país en el que el capitalismo conoció su primer desarrollo. Desde que lo comentaba Marx hasta la fecha, han aumentado considerablemente. Se puede decir que hoy los sindicatos agrupan, entre todos los países, la enorme cifra de 50 millones de proletarios.

El papel de estas agrupaciones es de gran influencia para la economía y defensa obrera. Este empuje, completado con su acción política, consigue algunas mejoras, tales como el contrato colectivo que fija las condiciones del salario, la duración del trabajo, etc.; pero nunca puede contrarrestar eficazmente la acción capitalista, porque los capitalistas detentan el poder político que impide a los obreros salirse de ciertos límites.

El *lock-out* es un arma formidable para reducir por hambre a la clase obrera.

Un buen ejemplo de ello fué la huelga de los mineros ingleses, que, aunque defendida con un heroísmo sin igual, no pudieron nada contra la burguesía, la cual se defendió con sus propios medios: el Gobierno, el Parlamento, la Iglesia, la Prensa, la policía, la tropa. Ante tamaña defensa no pudieron

resistir los obreros y quedaron reducidos por hambre y con su situación empeorada.

Hasta ahora se va cumpliendo en parte la ley marxista, de que el obrero aumenta la riqueza cada vez más y, en cambio, obtiene cada vez menos. Y esto no lo deshace el hecho de que el obrero europeo, y especialmente el americano, reciba un salario superior al que ganaba medio siglo atrás.

Se cita el caso del obrero norteamericano, pero ni aun allí deja de cumplirse la ley de depauperación creciente.

El aumento de los salarios no corresponde al prodigioso aumento de rendimiento de trabajo del obrero. Este rendimiento ha aumento, de 1919 a 1926, en 30 por 100, mientras que el salario no llega al 11 por 100 de aumento. Creo que era Zinovief quien decía que el salario real de los obreros europeos, comparado con el de la ante-guerra, era en 1925: Inglaterra, el 99 por 100; Francia, 90 por 100; Alemania, 75 por 100; Italia, 90 por 100 y los Balcanes, 50 por 100. Entonces había en Europa cinco millones de obreros parados.

En Italia el coste mínimo de la vida por un mes era de 900 a 1.000 liras y el salario mensual de 200 a 700 liras. Esta proporción tomaba también en todos los demás países.

Comparemos ahora con Rusia, que, por ahora, es el crisol del socialismo, aunque en su primera etapa de tránsito.

En su forma externa se parece mucho al sistema capitalista, puesto que se paga en dinero, bien por el tiempo de trabajo o por el producto entregado, pareciendo que no recibe el producto integrado de su trabajo, sino solamente una parte de este producto. Efectivamente, sólo recibe una parte y la otra, lo que pudiéramos llamar plus-valía, va a llenar necesidades sociales.

En régimen socialista puro, ni existe el dinero, ni mercado, ni salario. El trabajador recibe (quizá mediante la presentación de un certificado de trabajo) los productos necesarios de los almacenes o cooperativas sociales.

Pero, así como en régimen capitalista el obrero recibe estrictamente lo necesario para su sustento o a veces mucho menos, en régimen socialista de transición, la tendencia, como en Rusia ocurre, es al alza contínua del salario que asegure al trabajador su desarrollo y su cultura y también a la disminución de jornada, para su mayor disfrute.

Según una estadística citada por Dzerjinski en su *L'industrie de l'U. R. S. S.*, designando por 100 el salario medio real de los obreros rusos ocupados en empresas estatizadas en octubre de 1922, aumenta en enero del 1923 a 150; en 1924, a 210, y en 1925, a 240.

Así, se observa que los salarios crecen independientemente del número de obreros parados, lo cual está en contradicción con la sociedad capitalista.

No obstante, siempre ejerce alguna influencia sobre el salario el haber muchos obreros sin trabajo.

Claro que el salario tiene un límite: el máximo rendimiento del trabajador. Pero esto se subsana con el aumento de la eficiencia técnica.

La organización científica del trabajo, la racionalización industrial y el progreso técnico son cosas esencialísimas para la edificación del socialismo, sin más que desembarazarlas de lo que tienen de negativo, de explotador, de específicamente capitalista.

Cuanto más rápidamente se desarrolle la técnica, más pronto se llegará al socialismo. Con la racionalización, el obrero rendirá más y trabajará menos.

LA GANANCIA CAPITALISTA

La graduación científica de la explotación del trabajador

He aquí una de las ideas económicas de mayor originalidad y que más ha contribuído a la crítica del sistema capitalista, siendo muy discutida en todo tiempo.

Ya dijimos en el capítulo de la plus-valía cómo se formaba y en qué consistía ésta. Ahora, después de haber estudiado la parte del producto de su trabajo que el obrero recibe, veamos lo que se apropia el capitalista.

Estamos en presencia de dos formas de capital invertido en una empresa cualquiera. Por una parte, el constituído por las máquinas, edificios, materias primeras, etc., o sea, capital constante; por la otra, el capital variable, o sea, el valor de la fuerza de trabajo, lo que crea la plus-valía.

Para nuestra apreciación del tipo de explotación

nos ocuparemos solamente del capital variable, ya que el otro no *crea* beneficio.

Tenemos, pues:

1.° El volumen del capital variable (o tiempo de trabajo necesario), que llamaremos v, y

2.° La plus-valía (o tiempo de trabajo suplementario) que designaremos con m.

La relación de estos dos valores $\frac{m}{v}$ expresa la tabla de la plus-valía o de la explotación.

Ya dijimos que si el obrero trabaja ocho horas y recibe por su fuerza de trabajo un salario igual a cuatro, se comprende que dé al capitalista dos veces más valor que recibe, cualquiera que sea el valor de las máquinas y materias primas que ayuden al trabajo. Claro que el empresario clama de que su dinero le cuesta caro y que necesita un excedente, un beneficio que le proporcione un interés al capital que emplea. Lo que a él le interesa es la relación de la plus-valía, o *ganancia*, al capital que invierte en conjunto, o sea:

$$\frac{m}{c+v}$$

Pero lo que a nosotros nos interesa es la relación de la plus-valía al capital variable, o sea:

$$\frac{m}{v}$$

Pongamos un ejemplo. Supongamos que dos fábricas emplean el mismo número de obreros; que

éstos sean explotados en una medida igual y que, recibiendo 30.000 pesetas de salario al año, crean otras 30.000 pesetas de plus-valía. Supongamos también que una fábrica, de tejidos, por ejemplo, representa un capital de 300.000 pesetas y la otra, de muebles, representa 150.000 pesetas.

Desde el punto de vista del obrero, las dos fábricas obtienen del trabajo la misma plus-valía ($\frac{m}{v}$, siendo en los dos casos igual a 100 por 100). Desde el punto de vista del capitalista, la fábrica de tejidos le proporciona 30.000 pesetas de beneficio para un capital invertido de 300.000 pesetas, o sea, el 10 por 100; la fábrica de muebles proporciona 30.000 pesetas de beneficio para 150.000 de capital, o sea, el 20 por 100. Para esta última fábrica, cada peseta de capital le aporta 20 céntimos por año en lugar de diez. El capitalista lo único que prefiere es retirar el máximo de beneficio, sin importarle poco o mucho el valor social o moral de su producto.

De aquí se deduce que, cuanto más gasta el capitalista en la construcción de edificios, adquisición de máquinas y de materias primeras con relación al gasto de fuerza de trabajo, más se eleva la composición orgánica del capital y menos debe ser, para el conjunto del capital, el tipo de beneficio.

La composición orgánica del capital aumenta con el desarrollo de la técnica; el tipo de beneficio debe bajar al mismo tiempo.

Cuanto más grande sea la masa de plus-valía obtenida sobre el trabajo del obrero, mayor será la explotación y mayor también el tipo de beneficio.

Sin embargo, hay veces que, aun aumentando en el 50 por 100 la plus-valía no aumenta proporcionalmente el tipo de beneficio capitalista.

En régimen capitalista, la explotación de la clase obrera aumenta con el desarrollo técnico y este acrecimiento de la explotación debe aumentar el tipo de beneficio. Puede pasarse desapercibido, pues aunque el acrecimiento de la explotación aumenta el tipo de beneficio, el aumento simultáneo de la composición orgánica del capital y el aminoramiento de su rotación pueden disminuir, y disminuyen, este tipo con una fuerza más grande todavía.

K. Ostrovitianov cita dos fórmulas para expresar la relación entre el tipo de beneficio, la composición orgánica del capital y el tipo de explotación.

1.ª ECUACION

$$P' \text{ tipo de beneficio} = \frac{m \text{ (plus-valía)}}{c + v \text{ (capital entero, sea constante o variable)}}$$

2.ª ECUACION

$$M' \text{ tipo de la plus-valía} = \frac{m \text{ (Plus-valía)}}{v \text{ (Capital variable)}}$$

Con el fin de reunir estas dos fórmulas en una sóla, encontramos en la segunda ecuación la equi-

valencia de *m* e introducimos este valor en la primera ecuación.

La segunda ecuación nos da: $\frac{m}{} = \frac{m'}{}\ \frac{v}{}$.

Introduzcamos este volumen en la primera, y tendremos:

$$P' = \frac{m}{c+v} = \frac{m, v}{c+v} \text{ o bien: } p' = m' \frac{v}{c+v}$$

Esta fórmula hace resaltar con claridad que el tipo de beneficio es proporcional al tipo de explotación, a pesar del disimulo capitalista.

Son varios los economistas que refutan a Marx, entre ellos, Achille Loria, en su *Synthèse économique* que la refuta *in extenso*, pero no la comparamos por no ser este el objeto del libro.

La renta de la tierra

Para argumentar mejor la tesis marxista, me sirvo de los cuadros estadísticos citados por Lapidus y Ostrovitianov en su *Economie Politique*.

Vamos, pues, con la tierra, la cuestión fundamental de la economía.

La tierra, en sí misma, abstracción hecha del trabajo que en ella se incluye, parece ser un don

gratuito de la naturaleza y, en cambio, cuando aparece el modo capitalista de producción, estaba ya, en la inmensa mayoría de los países, acotada por la propiedad privada. Un capitalista que necesite tierra la ha de pedir a su propietario. Y éste, usando del derecho que se le concede, hace pagar un *alquiler* por el uso de ella.

Este alquiler se compone de dos partes: el pago del empleo del capital colocado en el trabajo de la tierra, mejoramiento, irrigación, etc. y una suma de dinero que el propietario reclama, no por el capital que ha colocado en la tierra, sino por el derecho de goce de esta misma tierra. Esta parte del alquiler es lo que se llama, en economía, renta de la tierra.

Un ejemplo: "El capitalista alquila una tierra a su propietario e instala allí una empresa agrícola. El capitalista consiente en pagarle la renta al propietario si su empresa le proporciona, además, un tipo medio de beneficio. Porque si no fuera así, el capitalista no tardaría en retirar sus capitales de la agricultura y colocarlos en una rama de la industria adonde se le asegurara un beneficio. Esta transfusión de los capitales de la agricultura a la industria traería inevitablemente un alza en los precios de los productos agrícolas, que aseguraría a su vez a los capitalistas agrarios el tipo medio de provecho.

No se puede representar en el equilibrio de la

economía capitalista, la renta de la tierra más que como un cierto excedente por encima del tipo medio de beneficio, como una especie de *beneficio diferencial*.

Si es un industrial el que necesita el terreno para instalar su industria, viene obligado a pagar al propietario una parte de la plus-valía que obtiene por otro conducto.

Si es un labrador que toma la tierra en arriendo viene obligado a restituirla a la terminación del plazo.

Si en el curso del arriendo, la renta diferencial o absoluta aumenta, este beneficio queda para el arrendador. Este aumento puede producirse por varias razones y especialmente por causa de inversión de capitales en su cultivo y mejoramiento de la técnica agrícola; pero estas inversiones las realiza confiando en que retirará su provecho antes de la terminación del arriendo, pues una vez pasado éste, el propietario se aprovechará de la mejora para aumentar el alquiler.

Varios perfeccionamientos de índole técnica que podrían aplicarse a la agricultura no se hacen porque se tiene en cuenta que su destino final irá al rentista.

Los proletarios no sufren menos. La renta absoluta representa el excedente del valor del producto de la agricultura sobre su precio. Así, la existencia de la propiedad privada del suelo y de

la renta absoluta tienen por consecuencia el de aumentar los precios de los productos de la agricultura. Esta alza constituye para la clase obrera un verdadero azote.

Parece natural que al aumento en los precios de los artículos de consumo debiese acompañar un aumento del valor de la fuerza de trabajo y, por tanto, un aumento en el salario; pero no es así. Si se llega al aumento es después de muchas luchas y nunca en la proporción justa. De esta manera, los salarios siempre están en retraso con la carestía de los víveres.

Así, la renta de la tierra se obtiene no solamente de la plus-valía capitalista, sino también del desnivel de los salarios obreros.

La solución al problema no consiste tampoco en la nacionalización de suelo. Con ello se abriría una vía admirable al capitalismo, dando una nueva forma a la explotación agrícola; pero esto no es una medida socialista. Tampoco ocurrirá porque hay un gran número de capitalistas a quienes no interesa la nacionalización, que temen con esta medida proporcionar un arma a los enemigos de la propiedad privada.

Al lado de estas formas de capitalismo agrario existen otras de timbre primitivo caracterizadas como formas precapitalistas de la renta, algunas todavía latentes procedentes, en su mayor parte de la época medieval.

Lenin ha hecho una buena definición de la servidumbre en la agricultura. Se sabe lo que era el derecho señorial desde el punto de vista jurídico, administrativo, etc. Pero se conoce poco cuál era en este régimen la naturaleza de las relaciones económicas de los propietarios de la tierra y los campesinos. Los propietarios daban a aquéllos a crédito los medios de producción: ganado, maderas, etcétera. ¿Qué alcance tenía este reparto de tierras? Era una forma de salario, si se quiere usar de una expresión prestada a las relaciones sociales actuales. En la producción capitalista, el salario del obrero se paga en dinero y el beneficio del capitalista se realiza bajo la forma de dinero.

El trabajo necesario y el trabajo suplementario (o sea, el trabajo que paga el entretenimiento del obrero y el que procura al capitalista una plus-valía no pagada) están reunidos en la fábrica en un proceso único de trabajo, en una sola jornada. En la empresa señorial ocurría de otra manera. El trabajo necesario y el trabajo suplementario existía ya allí, como existía en la economía basada en la esclavitud. Pero estas dos formas estaban separadas en el tiempo y en el espacio. El siervo trabaja tres días para el señor y tres para él. Trabaja para el señor, en la tierra del señor y cultivando el trigo del señor. Y luego trabaja para él mismo en la tierra que se le ha dado en disfrute, produciendo el trigo para su familia, es decir, para procurar

el entretenimiento de la fuerza de trabajo del propietario de la tierra.

El sistema económico del siervo feudal es idéntico al sistema capitalista bajo un aspecto: en los dos sistemas, el trabajador no recibe más que el producto de su trabajo necesario y entrega sin compensación al propietario de los medios de producción el producto de su trabajo suplementario.

Pero este sistema difiere del capitalismo en otros aspectos. Primeramente, la economía feudal es una economía natural, mientras que la capitalista se funda en el dinero.

En segundo lugar, la economía feudal funda la explotación en la unión del trabajador a la tierra que le da el señor, mientras que la capitalista se funda en la liberación del trabajador del suelo. El señor-propietario debe, para recibir las rentas (es decir, el producto suplementario de trabajo), tener sobre sus tierras campesinos que gocen de parcelas, de un utillaje, de un ganado. El campesino sin tierra, sin caballo, sin utillaje, es un mal objeto de explotación para el señor. El capitalista, por el contrario, para percibir las rentas, debe estar en presencia de un trabajador sin tierra y sin utillaje, obligado a vender su fuerza de trabajo en el mercado libre. En tercer lugar, el campesino que ha recibido una parcela debe depender personalmente del propietario, pues, disponiendo de una tierra, obligadamente trabajará para el señor. El

sistema económico engendra aquí la *violencia no económica* de la servidumbre, la dependencia jurídica, la desigualdad de derecho, etc. Y, en cambio, el capitalismo ideal es la libertad completa de los contratos sobre el mercado libre entre propietarios y proletarios.

Estos son los rasgos más esenciales del feudalismo.

Marx distingue tres etapas en la evolución de la renta precapitalista: la renta-trabajo, la renta-producto y la renta-dinero.

Hay renta-trabajo cuando el campesino trabaja una parte de su tiempo, sobre la tierra que se le da, para satisfacer las necesidades de su familia y otra parte de su tiempo sobre la tierra del señor. La separación entre el trabajo necesario y el trabajo suplementario se observa a simple vista.

La renta-producto no es más que una transformación de la renta-trabajo. El campesino entrega su trabajo suplementario al propietario, no sobre la forma directa de trabajo, sino bajo la forma de un tributo en productos.

La renta-dinero es una forma nueva de la renta-producto.

En Rusia, todas las tierras del territorio pertenecen al Estado obrero y campesino, cualquiera que sea la persona que las disfrute. La tierra nacionalizada es repartida gratuitamente a término indeterminado entre los campesinos que la cultivan.

sistema económico engendra aquí la *violencia no económica* de la servidumbre, la dependencia jurídica, la desigualdad de derecho, etc. Y, en cambio, el capitalismo ideal es la libertad completa de los contratos sobre el mercado libre entre propietarios y proletarios.

Estos son los rasgos más esenciales del feudalismo.

Marx distingue tres etapas en la evolución de la renta precapitalista: la renta-trabajo, la renta-producto y la renta-dinero.

Hay renta-trabajo cuando el campesino trabaja una parte de su tiempo, sobre la tierra que se le da, para satisfacer las necesidades de su familia y otra parte de su tiempo sobre la tierra del señor. La separación entre el trabajo necesario y el trabajo suplementario se observa a simple vista.

La renta-producto no es más que una transformación de la renta-trabajo. El campesino entrega su trabajo suplementario al propietario, no sobre la forma directa de trabajo, sino bajo la forma de un tributo en productos.

La renta-dinero es una forma nueva de la renta-producto.

En Rusia, todas las tierras del territorio pertenecen al Estado obrero y campesino, cualquiera que sea la persona que las disfrute. La tierra nacionalizada es repartida gratuitamente a término indeterminado entre los campesinos que la cultivan.

El artículo 27 del Código agrario, especifica que la venta, compra, donación e hipoteca del suelo está prohibida. A los infractores se les castiga privándoles del disfrute de la parcela obtenida.

La nacionalización del suelo ha sido acompañada de la destrucción de la agricultura feudal, señorial y capitalista, así como la expropiación de los medios de producción pertenecientes a los propietarios de la tierra y a los campesinos ricos.

El derecho a la tierra pertenece al que la trabaja.

También existe en Rusia la renta diferencial, como en el capitalismo, pero con la diferencia de que en Rusia la percibe el Estado y no el capitalista.

La nacionalización del suelo no hace más que cambiar el destino de esta renta.

Lenin dice que no puede desaparecer mientras dure el modo capitalista de producción. Una vez desaparecido éste, la renta desaparecerá también.

La renta diferencial del campesino ruso la recoge el Estado por medio del impuesto agrícola, si bien en una parte proporcionada.

La acumulación

El hombre de negocios moderno, dice W. Sombart, es arrastrado por las correas de transmisión de su empresa y se mueve con ellas. La bondad personal no tiene cabida en él, puesto que depende de su empresa. El ritmo de ésta determina el de su vida. De la misma manera que el obrero viene obligado a seguir a la máquina en que trabaja, el capitalista viene obligado a sacudir la pereza. La fuerza por medio de la cual la empresa domina a su dueño es la competencia, estimulante de un ensanchamiento infinito.

No hay, en el desarrollo de un negocio, un momento en el que se pueda decir: ¡Bastante! El dilema es siempre, o desarrollarse y extenderse, o retroceder y perecer.

Acumular a toda costa, tal es la necesidad del orden capitalista.

Marx expone que la conversión de una suma de dinero en medios de producción y fuerza de trabajo, es el primer movimiento que recorre el valor destinado a funcionar como capital, efectuándose sobre el mercado, en la esfera de la circulación.

La segunda fase del movimiento, el proceso de

producción, queda terminada desde que los medios de producción se han transformado en mercancías cuyo valor sobrepasa la de sus elementos constitutivos y comprende, por consiguiente, el capital primitivo anticipado más una plus-valía. En seguida es necesario que, a su vez, estas mercancías sean puestas en la esfera de la circulación para realizar su valor en dinero, transformando de nuevo este dinero en capital y continuar el mismo movimiento. Este movimiento circular, a través de idénticas fases sucesivas, constituye la circulación del capital.

La primera condición de la acumulación es que el capitalista haya logrado vender sus mercancías y retransformado en capital la mayor parte del dinero vendido. La plus-valía obtenida en cada venta es lo que forma la acumulación, visto, claro está, en su aspecto absoluto.

Sismondi dice que los ricos que consumen los productos del trabajo de otro se los procuran por el cambio, por compras. Están expuestos continuamente a que se les agoten los fondos, pero en el orden social, la riqueza ha recibido la fuerza de reproducirse por el trabajo ajeno. Al igual que el trabajo, esta riqueza produce por el trabajo un fruto anual, que se consume cada año sin que el rico se vuelva más pobre. Este fruto es la renta que sale del capital.

Smith descubre que, aunque al obrero se le anticipe su salario por el patrono, a éste no le cuesta

nada, porque estos salarios se encuentran, por lo general, e incluso aumentados de un beneficio, en el aumento de valor del objeto al cual ha sido aplicado este trabajo.

El obrero produce constantemete la riqueza objetiva como capital, como una potencia extraña a él, que le domina y explota, y el capitalista, por su parte, produce constantemente la fuerza de trabajo como otra fuente de riqueza subjetiva, abstracta, separada de sus propios medios de realización y no existiendo sino en la forma material del obrero asalariado.

Esta constante reproducción, esta perpetuación del obrero es la condición indispensable de la producción capitalista.

La ley absoluta y general de la acumulación capitalista se funda en que la armada de reserva industrial es tan grande como la riqueza social, el capital en función, la extensión y la energía de su acrecimiento y, por consecuencia, el volumen absoluto del proletariado y la fuerza productiva de su trabajo. Las causas que desarrollan la fuerza expansiva del capital desarrollan igualmente la fuerza de trabajo disponible.

El volumen relativo de la armada de reserva industrial crece con las potencias de la riqueza. Pero cuanto más numerosa es la armada de reserva, con relación a la armada activa de los trabajadores, más grande es la sobrepoblación consolidada, cuya mi-

seria está en razón inversa de su trabajo. En fin, cuanto más grande es la capa de los desgraciados de la clase obrera y la armada de reserva industrial, más considerable es el pauperismo.

El conjunto de estas causas disminuye la parte del salario de los obreros, proporcionalmente a la renta nacional, aunque alguna vez aumente el salario individual.

La demostración estadística nos la da Solntsev en *Le Salaire*, en sus cifras sobre el movimiento de la renta nacional y del salario en Inglaterra.

AÑOS	Renta global nacional	Salario global
	(En millones de libras esterlinas)	
1843............	515	235
1860............	832	392
1884............	1.274	621
1903............	1.710	664
1908............	1.844	703

En 1843 los obreros recibían un salario de 235 millones de libras esterlinas, sobre una renta nacional de 515 millones, o sea, alrededor del 45,6 por 100. Sesenta y cinco años más tarde, la parte de los obreros en la renta nacional apenas sobrepasa el 38 por 100.

La suma de los salarios ha triplicado, pero el número de obreros ha aumentado, de forma que el salario individual no ha hecho más que doblar

Por contra, los capitales de numerosos capitalistas han obtenido mucho más del doble.

La concentración va eliminando el pequeño propietario y engrosando las masas proletarias.

Las revoluciones de la técnica disminuye la necesidad de obreros y los iguala en calidad, borrando la diferencia entre la condición de obrero simple y calificado.

"El progreso industrial, del que la burguesía es el agente involuntario y pasivo, reemplaza el aislamiento de los obreros resultante de su competencia, por su unión revolucionaria en las asociaciones. Así, el desarrollo de la gran industria mina, bajo los pies de la burguesía, el terreno mismo sobre el cual ha establecido su sistema de producción. Ante todo, la burguesía produce sus propios enterradores. Su caída y la victoria del proletariado son igualmente inevitables."

(Marx y Engels: *Manifiesto Comunista.*)

Las crisis económicas

El desarrollo del capitalismo no sigue un curso regular y tranquilo, sino que en determinadas épocas se producen grandes saltos, crisis inevitables que transtornan toda la economía.

BIBLIOTECA

Es muy interesante el estudio de las crisis económicas porque en ellas se demuestra claramente la consecuencia final del modo anárquico de producción capitalista y el preludio de grandes catástrofes humanas.

¿Cómo resiste la burguesía estas crisis? Marx y Engels contestan que por la destrucción forzosa de una masa de fuerzas productivas y por la conquista de nuevos mercados. ¿A qué conduce esto? A preparar nuevas crisis más grandes y a disminuir los medios de prevenirlas.

Mentor Bouniatian tiene escrito a este respecto un magnífico ensayo sobre la morfología y teoría de las crisis económicas y sobre la teoría de la coyuntura económica, en el que afirma que las crisis que afligen periódicamente la economía nacional son la mayor calamidad de la vida de los pueblos. Interrumpen el orden de producción establecido y causan a todos, y especialmente a la clase obrera, pérdidas incalculables.

Las crisis económicas se presentan, ante todo, bajo la forma de una paralización aguda en la salida de las mercancías, después de un periodo de prosperidad industrial y de una caída brusca de sus precios.

La explicación más inmediata hubiera sido la de considerar la baja general del valor de las riquezas como una consecuencia de la falta de concordancia

de la producción con el consumo corriente, es decir, por causa de la sobreproducción general.

James Mill y De Say niegan la posibilidad de una sobreproducción general, por cuanto las riquezas son producidas para cambiarlas por otras y que la producción de unas crea el mercado para las otras. En efecto; la producción y el cambio de las riquezas tienen por fin, o el consumo o la acumulación del capital, es decir, de los medios necesarios para una nueva producción. Si el reparto de la producción encuentra mercado con proporción a la demanda, todas las riquezas encuentran su cambio y su equivalente. Pero en el caso contrario, cuando el capitalista produce sin atenerse a la demanda, cosa muy frecuente, sobreviene la crisis por sobreproducción; y que ésta es general lo demuestra la periodicidad de su manifestación.

Los fisiócratas, para evitar esto consideraban como perjudicial a la economía nacional el ahorro de la renta porque con ello disminuía el consumo.

Lauderdale parte del principio de que el valor de las riquezas lo determina su utilidad y su rareza. El valor depende de la relación entre la demanda y la cantidad de estas riquezas, aumentando con la disminución de su cantidad y el acrecimiento en la demanda, y disminuyendo en el caso contrario. El mecanismo social está constituído de tal suerte que el perjuicio que pudiera causar la sed de acumulación y el espíritu de economía de

unos se encuentra conjurado por la prodigalidad correspondiente de los otros.

Sismondi demuestra la contradicción de la teoría liberal de los economistas de la escuela clásica y opina que no hay ninguna armonía entre los intereses económicos de los particulares y los de la sociedad. Descubre la situación lastimosa de la clase obrera por causa de las crisis y de la libre competencia.

"Europa, dice, ha llegado al punto de tener en todas sus partes una industria y una fabricación superior a sus necesidades."

Los obreros, principales consumidores de los productos de la industria, por la fuerza de la costumbre y por su trabajo, no pueden alargar su consumo más allá de un límite determinado y escaso. Los ricos también tienen un límite en su consumo y, a lo más, su demanda se inclina hacia los objetos de lujo que producen los artistas o los artesanos, o bien hacia los productos extranjeros.

Bajo el régimen de libre competencia, los productores tienden a producir más barato y a extender su producción. Para ello se esfuerzan en introducir perfeccionamientos en su fabricación y reemplazar la fuerza obrera por las máquinas, provocando así el paro y la baja de precio de la mano de obra. De esta manera, mientras la producción aumenta, las rentas y el consumo de la clase obrera disminuye,

Tal estado de cosas conduce a los resultados que caracterizan las crisis económicas; es decir, de una parte a llenar el mercado y a una fuerte disminución de los precios, y de otra, a una situación precaria, tanto para los trabajadores como para los capitalistas.

Malthus considera el valor de las riquezas como resultante exclusivo de la oferta y la demanda.

La producción y la distribución son los dos elementos de la riqueza que, combinados en proporciones convenientes, son susceptibles, en un corto espacio de tiempo, de aumentar la riqueza y la población hasta sus últimos límites. Más separados, o imperfectamente combinados, estos dos elementos conducen a disminuir la riqueza y la población al cabo de años.

Para mantener el equilibrio entre la producción y el consumo, considera indispensable la existencia de una clase numerosa de consumidores no productores.

Rodbertus concede ya que las causas de las crisis no consisten en los errores cometidos por los capitalistas o en la esfera de la circulación monetaria o en la del crédito, sino en la organización misma de la economía nacional, basada en la propiedad privada del suelo y del capital y en la libre competencia.

A medida que aumenta la productividad del trabajo, la remuneración de la clase obrera constituye

una parte, cada vez más pequeña, del producto social.

En razón de la debilidad económica del obrero y de su poca capacidad de resistencia con relación al capitalista, su salario tiende hacia el mínimo del coste de sus necesidades, es decir, a la suma indispensable para su sostenimiento, siendo determinado independientemente del grado de productividad del trabajo. Con tal reparto del producto social, a medida que crece la productividad del trabajo disminuye la parte del producto del obrero.

Si la parte de valor que pertenece a cada clase *fuera* equivalente a su parte en la producción, su poder de compra equivaldría al valor negociable de su producción y la una cubriría a la otra. En estas condiciones no habría posibilidad de sobreproducción parcial ni general en tanto que todas las necesidades de los miembros de la sociedad no hubieran recibido su completa satisfacción.

Y viene Marx reconociendo la existencia de la sobreproducción periódica de las mercancías y del capital. Atribuye a estos fenómenos las causas siguientes:

1.ª La tendencia, inherente al modo de producción capitalista, a desarrollar las fuerzas productivas y a explotar el capital en la mayor medida posible.

2.ª La tendencia, derivada de la organización ca-

pitalista, a aumentar el capital y la producción en una medida progresiva.

3.ª La dificultad de una producción proporcionada; y

4.ª La limitación de la potencia de consumo de la sociedad por el hecho de las condiciones antagónicas de la producción, condiciones que reducen más o menos al mínimo las grandes masas de población.

Ya hemos visto que Marx considera el valor como creado por la fuerza viva del obrero y que el residuo de este valor, deducción hecha de la parte de su salario, constituye la plus-valía o ganancia del capitalista. Con la disminución relativa del trabajo debe disminuir la relación cuantitativa de la plus-valía al capital total. La baja del tipo de beneficio no significa por sí misma la disminución del valor absoluto del beneficio con relación al acrecimiento de capital; pero se resienten los capitalistas, sobre todo los pequeños, de que se les empuja por la vía de la especulación, abuso de crédito, agiotaje sobre las acciones...

Al mismo tiempo que se acrece el capital, la producción se acrece también; pero la realización de esta producción intensificada, tanto de medios de producción como de consumo, encuentra dificultades insuperables. Por un lado, la limitación del poder de compra de las grandes masas de la población y

por el otro, la tendencia a la acumulación y al aumento de capital por parte de los capitalistas.

La consecuencia es la depreciación de una parte del capital, conducente a la paralización rápida y a las crisis del proceso de producción.

El obrero, al contemplar y sufrir los efectos de las crisis, piensa en la nulidad de sus conquistas parciales en régimen capitalista y trata de luchar por la supresión del sistema que las ocasiona.

EL IMPERIALISMO ECONOMICO

El último reducto

Marx, a propósito de las crisis, escribía que éstas no son más que soluciones violentas, momentáneas, de las contradicciones existentes, de las erupciones violentas, que restablecen por un momento el equilibrio destruído.

De momento parece que el capital se haya estabilizado, gracias a la constitución de monopolios nacionales e internacionales, que han atenuado un poco las consecuencias nefastas de las últimas crisis.

Pero esto no es resolver el problema, puesto que la causa fundamental queda en pie: la pobreza y la falta de consumo de las masas.

Además, la constitución de monopolios y la racionalización significa disminución de la participación del capital variable (el que se emplea en salarios) y, por tanto, menor participación de la clase obrera en el valor total de las mercancías.

El primer rasgo característico del capitalismo en

su última fase, es, precisamente, la concentración y la centralización del capital.

La libre concurrencia conduce al monopolio. Lenin sustentaba la tesis de que la libre competencia se transforma en monopolio por consecuencia de la concentración y de la centralización del capital. Sin embargo, el monopolio no elimina la libre competencia de la cual ha salido, sino que coexiste con ella, engendrando así contradicciones profundas, rozamientos y conflictos agudos. El monopolio es la transición del capitalismo a un orden más elevado.

A. Cohn demuestra que la propia competencia llega en su desarrollo a su propia negación.

También el desarrollo de la conciencia, del espíritu revolucionario y de la organización de la clase obrera secunda el desarrollo de las asociaciones patronales monopolizadoras, que se esfuerzan oponiendo el frente único de la burguesía a la fuerza proletaria en vías de organización.

La lucha entre los grandes capitalistas da como resultado la unión para la salvaguardia y defensa.

El monopolio significa la dominación del mercado.

El profesor Varga distingue tres variantes de monopolios:

1.ª El monopolio de capital. El establecimiento de una nueva empresa exige capitales tan considerables que necesitan la ayuda del capital bancario

Pero como el capital bancario se ha transformado en capital financiero durante el transcurso de la constitución de los monopolios, rehusa, naturalmente, su colaboración para ayudar a reunir el capital necesario a la construcción de nuevas empresas. Sin embargo, si una empresa se constituye con una base financiera débil, los monopolios ricos en capitales no tienen inconveniente en aplastarlo por medio de una lucha de precios.

2.° Monopolios de materias primeras. Al lado del monopolio del capital o enlazado con él, el monopolio de primeras materias juega un gran papel, particularmente en las minas.

3.° Monopolio técnico. A medida que la industria química adquiere una importancia preponderante, el monopolio de los procedimientos técnicos deviene una base importante del monopolio. Actualmente la actividad de los inventores está racionalizada, sistematizada y puesta al servicio del gran capital. El *trust* alemán de colorantes ocupa en sus laboratorios más de la mitad de todos los químicos de Alemania. Por consecuencia, es imposible, por razones de orden técnico, que se constituya una empresa en competencia capaz de rivalizar con tan potente *trust*.

Donde el monopolio es más sólido es cuando se unen el monopolio del capital al monopolio técnico, como ocurre en las grandes organizaciones.

El fin de la constitución de estas organizaciones

es procurar el aumento del beneficio de las empresas participantes. ¿Por cuáles medios? Por la elevación del precio de venta, muy por encima del precio de producción, venta a precios de monopolio, o sea la apropiación de una gran parte del beneficio general a expensas de los capitalistas no organizados y de los productores independientes.

Por medio de la reducción del coste de producción por consecuencia de la racionalización: concentración de las empresas que produzcan más barato, especialización de las fábricas en el interior de la organización para la producción de determinadas mercancías, eliminación de los gastos de competencia, empleo general de todas las patentes y procedimientos técnicos, etc.

Por la reducción del precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor. Y como es mucha su fuerza, fijan las condiciones de una manera arbitraria.

Existen monopolios horizontales: agrupación de empresas produciendo las mismas mercancías. Su fin es la elevación de precios.

Monopolios verticales: agrupación de empresas en que el producto de una empresa determinada sirve de materia primera a la siguiente: carbón, hierro, laminaje, fábricas para la construcción de máquinas, etc. El fin de estos monopolios es la nivelación del beneficio en el caso de aparecer diferencias en los precios de las primeras materias o de

los productos semimanufacturados y la reducción del coste de producción por medio de la organización metódica de la producción y de la transformación de la materia primera hasta los productos manufacturados.

Mas todavía no es esto suficiente para dominar el mercado, y para darle un golpe casi definitivo a la economía liberal, basada en la libre iniciativa y competencia, inventan una forma nueva de organización y centralización: el supermonopolio, o monopolismo integral, o sea la agrupación horizontal de los *trusts* verticales, como ocurre con el *trust* alemán del acero, el de los colorantes y el consorcio Drummer-Mond inglés.

No contento aún con esta organización de índole económica y necesitando ya darle el golpe de gracia al liberalismo económico, que preconiza la no ingerencia del Estado en la economía, se apoderan o influyen de una manera decisiva sobre el Estado para dominar por completo la política económica. Así, constituyen una forma nueva de capitalismo de Estado al servicio de los grandes monopolios. Este Estado, dominado por ellos, sirve a maravilla sus intereses particulares, poniendo la política económica al servicio de su política de precios y alejando la competencia extranjera por medio de barreras aduaneras.

Ocurre en esta nueva fase de *socialismo capitalista* una contradicción que le empuja a aventuras

de conquista hacia nuevos mercados en otras naciones, una vez dominados los monopolios del territorio propio. A este efecto intentan rebasar las fronteras haciendo la competencia a los monopolios extranjeros, llegando, si es preciso, al *dumping*.

Y empieza aquí la conquista del mercado mundial como consecuencia de la sobra de producción y para evitar también que venga la depreciación de la mercancía por la falta de demanda en su nación de origen.

Como resultado de esta nueva lucha, llegan a establecer monopolios internacionales de gran potencia que acaban por destruir a todos aquellos que no quieren o no pueden formar parte de estas formidables organizaciones, llegando a veces a la constitución de organizaciones rivales, tales como la *Standard Oil* y la *Royal Dutch*.

Varga sustenta la teoría, que el tiempo va confirmando, de que la fusión de todas las empresas en una sola, que podría evitar la ruina de una parte de estas empresas, no conviene mucho a los intereses opuestos de las distintas burguesías internacionales. Los *cartels* internacionales sólo significan armisticios provisionales en la lucha por la conquista del mercado mundial.

Las teorías que afirman la importancia de estos monopolios como base material de un superimperialismo pacífico están desprovistas de todo fundamento.

Hay escritores que creen haber encontrado el remedio de la paz mundial en el seno de la sociedad capitalista, en la internacionalización del capital.

Desde el punto de vista teórico lo creo un absurdo. La teoría de Norman Angell y de los pacifistas librecambistas, ese *pacifismo realista*, lo ha echado abajo y ha demostrado su falsedad la misma guerra.

Sin embargo, Hilferding, de la socialdemocracia alemana y autor de un libro titulado *Les problèmes de l'époque*, reforma un poco la teoría catastrófica de Marx y cree que asistimos en la actualidad al pasaje del capitalismo de libre competencia al capitalismo organizado. Paralelamente se acrecen el orden y la dirección consciente de la economía en vista de reorganizar sobre una base capitalista la anarquía inmanente del capitalismo liberal. Si esta tendencia pudiera realizarse completamente y sin obstáculos, la inseguridad actual de las condiciones de la producción capitalista disminuirían y, por lo menos, las crisis y sus repercusiones sobre los obreros serían atenuadas. De esta manera las condiciones de trabajo serían más estables, el paro disminuiría y sus consecuencias serían ayudadas por medio de seguros sociales y otros.

A esto contestan los marxistas ortodoxos que la experiencia demuestra que la constitución de monopolios no impide las crisis. Lo único que hace es descargar a los monopolizadores de las conse-

cuencias de las crisis. En el capitalismo de la libre competencia las crisis se resuelven de una forma aguda, en el sentido de que el valor de las mercancías producidas por encima de la capacidad del consumo de la sociedad es reducido por una caída brusca de los precios, que trae por resultado el reducir las cosas a su valor socialmente necesario, caída cuyo peso soportan, en primer lugar, los capitalistas, bajo forma de ruinas, quiebras, etc.

Y esta contradicción entre la capacidad productiva y el consumo no la pueden evitar los monopolios. Lo que sí pueden hacer es suspender la fabricación cuando sobre, pero esto trae la consecuencia nefasta del despido del obrero y el paro forzoso en masa que caracteriza la crisis del capitalismo monopolizador.

Por lo general, los monopolios resisten bien los períodos de crisis por la poderosa solidaridad de capitales; pero el obrero no puede hacerlo y ahí vienen los problemas del paro forzoso que tanto inquieta a los Gobiernos.

Y que esta armada famélica le conviene al gran capital, mientras no sea una cosa exagerada que pueda perturbar la sociedad, lo ve bien Sombart en su *La vie économique à l'époque du haut capitalisme*:

"Si el capitalismo ha logrado en el curso de su período de alto desarrollo mantener en los límites convenientes los salarios obreros, a pesar del des-

arrollo rápido de la acumulación del capital y a salvaguardar así su propia capacidad de vida y desarrollo, lo debe en gran parte al carácter particular del período de desarrollo del capitalismo.

Y es por él que en las épocas de prosperidad los salarios obreros, por consecuencia del aumento rápido de los precios, no se acrecen en la misma medida que la plus-valía. Y es por él que el mercado de trabajo, por consecuencia de su movimiento de contracción regular y eliminación constante de las fuerzas de trabajo, está sobrecargado en la medida querida y que una armada de reserva industrial se crea, la cual impide un aumento excesivo en los salarios."

Con el sistema de monopolios y con el adelanto técnico, el único que sufre las consecuencias es el trabajador, como también el productor independiente.

Cuando las contradicciones se agravan entre los Estados capitalistas, cuando no cabe la resolución por transacción, se recurre a las armas. De ahí las guerras. La contradicción capitalista, llevada a su última fase, motivó la gran guerra de 1914-18, de tipo francamente imperialista y cuyas consecuencias estamos sufriendo todavía.

Marx intuye bien, valiéndose de su método dialéctico, las últimas transformaciones del capital, aunque, claro está, no predijera el período de estabilización ni la excepción rusa:

"La expropiación se opera por el juego de las leyes inmanentes de la producción capitalista, por la centralización de los capitales. Cada capitalista mata algunos otros. Por medio de esta centralización o expropiación de muchos capitalistas por unos pocos se desarrolla la forma cooperativa, sobre una escala cada vez mayor, del proceso de trabajo, la aplicación razonada de la ciencia a la técnica, la explotación sistemática de la tierra, la transformación de los medios particulares de trabajo en medios sociales, la economía de todos los medios de producción por su utilización como medios de producción de un trabajo social combinado, la entrada de todos los pueblos en la red del mercado mundial y, por consecuencia, el carácter internacional del régimen capitalista. A medida que disminuye el número de los grandes capitalistas que acaparan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, se ve aumentar la miseria, la opresión, la esclavitud, la degenerescencia, la explotación, pero también la revuelta de la clase obrera, que aumenta sin cesar, y que ha sido dirigida, unida, organizada, por el propio mecanismo del proceso de producción capitalista.

El monopolio del capital deviene un obstáculo del modo de producción que se ha desarrollado con él y para él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que no se acomodan bien en el sis

tema capitalista y lo hacen esclatar. La última hora de la propiedad privada capitalista ha sonado. Los expropiadores son, a su vez, expropiados."

Y aquí su deducción dialéctica:

"El sistema de apropiación capitalista, derivado de su modo de producción y, por consecuencia, la propiedad privada capitalista, constituyen la primera negación de la propiedad privada individual fundada sobre el trabajo personal. Pero, con la fatalidad de un proceso natural, la propiedad capitalista engendra su propia negación. Es la negación de la negación. Ella restablece, no la propiedad privada, sino la propiedad individual fundada sobre las conquistas de la era capitalista, sobre la cooperación y la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el trabajo.

La transformación de la propiedad privada, fundada sobre el propio trabajo de los individuos, en propiedad capitalista, constituye naturalmente una operación más larga, más difícil y más dura que la transformación en propiedad social de la propiedad capitalista que, de hecho, reposa ya sobre un modo de producción social. Entonces se trataba de la expropiación de la masa popular por algunos usurpadores; ahora, de la expropiación de algunos usurpadores por la masa popular."

Así termina la predicción marxista en la obra cumbre, biblia del obrero: *El Capital*.

Lenin, digno discípulo, lo concreta en términos parecidos:

"En su fase imperialista, el capitalismo llega muy cerca de la socialización de la producción. Conduce los capitalistas, contra su voluntad, hacia una especie de nuevo orden social, que constituye el pasaje de la libre competencia a la socialización completa. La producción está socializada, pero la apropiación es todavía privada. Los medios de producción socializados son la propiedad de un corto número de personas."

En resumen. Los capitalistas se reparten el mundo, no por instinto de rapiña, sino porque el grado de concentración actual les obliga a ello si quieren seguir obteniendo beneficios. Y se lo reparten proporcionalmente a los capitales, según las fuerzas que representan, pues no puede haber otro sistema de reparto en régimen de producción comercial y capitalista.

Otro de los aspectos del imperialismo económico es la conquista y explotación de las colonias.

Marx lo apunta al final de su obra.

Rosa Luxemburgo hace un relato emocionante de la guerra que los europeos hicieron a la China el siglo pasado para imponerle la *libertad de comercio*, tratando, sobre todo, de imponer el comercio del opio a los chinos.

Cada campaña, dice, iba acompañada de rapiñas en gran escala en los monumentos de una antigua

cultura. Las ruinas humeantes de las vastas ciudades antiguas, la devastación de los cultivos en regiones inmensas, la imposición de fuertes contribuciones de guerra, marcaron todas las invasiones europeas y acompañaron los progresos del comercio.

Inglaterra, Rusia, Francia, Alemania, los Estados Unidos y el Japón reinaban sobre las dos terceras partes del globo, sobre más de la mitad de la humanidad.

Engels señalaba la diferencia de trato de Inglaterra para el obrero británico y el colonial. El inglés recibía 2,5 dóllars por día, mientras que el obrero indú, por un trabajo análogo, recibe cinco veces menos con mayor jornada.

Una proporción más general nos demostrará la diferencia de trato.

El salario del obrero americano es 2.2 veces mayor que el del obrero inglés, tres veces al del francés, cinco veces al del obrero italiano o checo y diez veces superior al del obrero indú, aún mejor pagado que el chino o el egipcio.

El movimiento nacional y la lucha de clases en los paísese atrasados han revestido gran aspereza después de la guerra. Véase China, India, Turquía, Persia y otras.

Después de la explotación del coloniaje, ¿qué otras formas capitalistas quedarán antes del período de tránsito al socialismo?

Kautski opina que, desde el punto de vista económico, es posible que el capitalismo atraviese una fase nueva en la cual la política de los *cartels* se aplicará a la política exterior; ésta será la fase del ultra imperialismo; es decir, de una asociación de los imperialismos del universo y no de una lucha entre ellos, una especie de explotación general del mundo por el capital financiero internacionalmente asociado.

Parece que la actualidad no da la razón a Kautski. Los antagonismos capitalistas perduran y la lucha por los mercados se hace cada vez más dura. Los rivales se miran con gran desconfianza y se aprestan a la defensa o al ataque. Esa unión de Estados europeos, si se logra, no será más que una tregua para su mejor preparación guerrera.

La Europa actual tiene en pie de guerra más hombres si cabe que en 1913, con mejores y mayores armamentos. Pero el proletariado tiene la última palabra...

¿Cómo se efectuará la transición al socialismo? Es un poco aventurada la predicción.

Marx dice en su *Critique du programme de Gotha* que corresponderá un período de transición política en el que el Estado no podrá ser más que la dictadura revolucionaria del proletariado.

Y si hay mayoría proletaria, ¿qué necesidad habrá de la dictadura? Y responden Marx y Engels que, aunque sólo sea para romper la resistencia

de la burguesía, para aterrorizar a los reaccionarios, para imponer la autoridad del pueblo en armas contra la burguesía, para que el proletariado pueda reprimir por la fuerza las tentativas de sus adversarios.

Finalmente. ¿Cómo se edificará el socialismo? Esto es, precisamente, lo que no predijo Marx. Su obra se limitó, en gran parte, a la crítica de las categorías económicas y dió una base y medida del valor. Sobre ella se intentará—ya se ha intentado en Rusia—la edificación del sistema socialista, la cual determinará las superestructuras sociales, e irá, en forma de pirámide, desde su amplia base economica al vértice de la libertad, en ritmo progresivo de liberación.

"De la necesidad, a la libertad".

MARXISMO Y DERECHO

Marxismo y Derecho

El *Derecho natural*, de Quesnay, tiene por objeto la busca de las condiciones *sociales* fundamentales propias para la realización del *orden natural* trazado por el Autor de las cosas. El hombre no debe ser sólo en el ejercicio de la libertad, porque vive en sociedad con otros hombres.

El Estado social más apropiado para asegurar el Derecho natural es aquel en que los hombres están reunidos en sociedad bajo una autoridad tutelar, órgano protector de la justicia.

En el fondo, según Denis, toda la filosofía del siglo XVIII gravita alrededor de la concepción de un régimen de orden, sustraído a la arbitrariedad de los Gobiernos y conforme a un plan inscrito en la naturaleza. Se buscaba el apoyo contra lo arbitrario. De ahí la grandeza y la justificación del liberalismo y de sus hipótesis metafísicas.

Para los fisiócratas, el Derecho aparece con un

carácter orgánico, formando el conjunto de las condiciones morales de un equilibrio permanente y estable de las funciones de la vida económica. El Derecho y la Economía política están, para ellos, unidos indisolublemente, poniendo de manifiesto el aspecto económico del Derecho.

Quesnay, en su *Derecho natural*, trata de adaptar el Derecho a las leyes de la *naturaleza humana* y a las del *medio físico*, de coordinarlas, considerando estas leyes como formando parte de un plan providencial. No reconoce más que una forma abstracta e invariable del Derecho: la que, por su evidencia, impresiona la razón, cuando llega al punto de conocer con evidencia la marcha de las leyes naturales.

La historia no tendrá para los fisiócratas el proceso de una evolución progresiva; no será ni podrá ser, con el carácter puramente racional de la doctrina, más que el cuadro de las oscilaciones de las sociedades alrededor de un tipo ideal y absoluto, o el relato de las desviaciones de la humanidad desde su origen, en que ella está fuera del imperio de la ley natural, hasta la época en que, reapareciendo esta ley en su plena luz, el hombre, guiado por la filosofía, intenta con ella un nuevo acercamiento.

El Derecho económico de los fisiócratas consiste en lo siguiente:

Por una parte, dice Denis, el hombre debe prestar al medio físico los materiales propios para ase-

gurar la conservación y el desarrollo de su sér. Es la ley del consumo, que le subordina al medio exterior; mas las producciones espontáneas del suelo son insuficientes para satisfacer las necesidades del hombre. De la ley del consumo se deduce necesariamente la del trabajo, la obligación para el hombre de aplicar su trabajo a la tierra. De este deber del trabajo se deduce necesariamente el *Derecho de trabajar*, o sea el de proveer a su propia conservación: lo que los fisiócratas llaman la *propiedad personal*, el derecho para el hombre a disponer de su actividad personal sin que se lo puedan impedir los demás miembros de la sociedad.

No hay deber sin derecho, ni derecho sin deber.

Los deberes, para Lemercier, no pueden ser establecidos en la sociedad más que sobre la necesidad de la conservación de los derechos que resulten.

Nuestros derechos, dice el Margrave de Baden, son el título de nuestros goces; nuestros deberes son las condiciones a llenar para conservar y perpetuar nuestros derechos.

La génesis del Derecho económico sobre la forma de propiedad personal se encuentra bien expresada en Turgot, cuando dice: "Dios, al dar al hombre las necesidades y haciéndole necesario el recurso del trabajo, ha hecho del derecho de trabajar la propiedad de todo hombre y esta pro-

piedad es la primera, la más sagrada, la más imprescriptible de todas".

La *propiedad mobiliaria y de la tierra*, segunda forma de la propiedad, es la prolongación de la propiedad personal, pues no es otra cosa que la propiedad de los *frutos* de su trabajo.

El derecho de proveer a su conservación encierra el derecho de adquirir por sus rebuscas y sus trabajos las cosas útiles a su existencia y el de conservarlas después de haberlas adquirido.

Las convenciones y las leyes han debido garantizar a los primeros cultivadores y a sus herederos la propiedad de los terrenos que habían ocupado, incluso cuando cesaran de cultivarlos y eso por precio de los anticipos en la tierra, por los cuales han puesto estos terrenos en estado de ser cultivados y que están, por decirlo así, incorporados al suelo mismo.

Los fisiócratas se han esforzado en justificar las instituciones de Derecho económico en sus causas, remontando a sus antecedentes físicos.

Locke da también el trabajo humano como justificación directa de la propiedad y, el trabajo mismo, como una necesidad derivada de la insuficiencia de los frutos espontáneos de la tierra.

Los fisiócratas consideran que la propiedad de cada individuo excederá la satisfacción de sus necesidades; que las ventas y las sucesiones favorecerán la concentración de las propiedades; que se

gran número de propietarios poseerán más que podrán cultivar y, finalmente, que la propiedad se destacará completamente del cultivo. Entonces, se dividirá el trabajo; la clase agrícola producirá las riquezas brutas y las subsistencias, la clase propietaria recogerá y consumirá el producto neto y los artesanos y comerciantes harán que la riqueza sufra el cambio de forma, lugar y manos.

Legitiman la concentración de la propiedad de la tierra en una clase de la sociedad, pero con el consuelo de que los no propietarios encontrarán el equivalente de lo que la comunidad primitiva ofrecía a todos los hombres a cambio de sus servicios.

Lemercier creía que el derecho de propiedad era de institución divina y que es el medio por el cual estamos destinados, como causa segunda, a perpetuar la gran obra de la creación y a cooperar a los designios de su Autor, que ha querido que la tierra no produzca casi nada por sí misma; pero que ha permitido que encerrase en su seno un principio de fecundidad que no espera más que nuestro esfuerzo para cubrirla de productos.

Y es evidente que estos esfuerzos no se administrarán a la tierra hasta que el derecho de propiedad no esté sólidamente establecido; por consecuencia, este derecho es una rama esencial del mismo orden físico; es una condición esencial a

la multiplicación que vemos está manifiestamente en las intenciones del Creador.

De ahí el interés personal: la naturaleza da derechos iguales, si bien no da los mismos medios para adquirirlos.

A la libertad de cambio: la primera consecuencia del derecho de propiedad y, por consecuencia, una de las leyes más esenciales del orden, según Dupont de Nemours.

Y, como coronamiento, la libre competencia, como la manifestación colectiva de la libertad y de la propiedad; como función reguladora que asegurará la conservación del equilibrio entre la producción y la conservación de las riquezas y la perpetuidad de la vida colectiva.

La célebre máxima *laissez faire, laissez passer*, encerraba un principio de orden y correspondía a la realización espontánea de la justicia en los cambios.

Los siglos XIX y XX han tocado las consecuencias dolorosas y han medido sus efectos, por causa de la lucha sin cuartel a que se han entregado las desiguales fuerzas económicas.

Mably ve un orden natural muy diferente al de los fisiócratas y opone el altruismo al egoísmo. Acusa a los fisiócratas de desencadenar las pasiones perturbadoras del verdadero orden, al hacer de la propiedad individual del suelo una institución de derecho natural. Le opone los desórdenes mo-

rales que ello acarrea y los conflictos sociales y políticos que ocasiona. La lucha de clases tiene su principio en la psicología individual y colectiva.

Su orden natural tiene por principio la igualdad de las condiciones y de las fortunas que produce todos los bienes. La desigualdad produce todo los males, porque ella degrada, humilla a los hombres y siembra entre ellos la división.

Niega que la propiedad personal, mobiliaria o inmobiliaria, estén indisolublemente unidas en el Derecho natural. La primera puede existir sin la segunda en el comunismo.

David Hume concibe la propiedad, en su función económica y social, como los fisiócratas; pero no la considera como un derecho natural. Fundada sobre la utilidad social, es un derecho histórico.

Ve en la ocupación por el trabajo el principio de legitimidad de la atribución de la propiedad.

"La relación establecida en los hechos por los trabajadores ocupando un bien sin dueño, es transportada, en virtud de la ley de asociación de las ideas, en la conciencia jurídica de la sociedad para fijarla como relación de derecho." La propiedad, como institución social, es para él el motivo del progreso y de la continuidad de la actividad productora, viendo en la desigualdad el aguijón de la multitud, si bien esta desigualdad ha de tener su límite.

"La gran desproporción de las riquezas debilita una nación; no basta, para que sea potente, que cada ciudadano tenga por su trabajo las necesidades de la vida, sino que es necesario que pueda añadir las comodidades que puedan pertenecer a su estado. Esta especie de igualdad es consoladora para la naturaleza humana y disminuye mucho la dicha del rico para añadirla a la del pobre.

Es necesario confesar que la naturaleza es tan liberal con los hombres, que, si sus presentes fuesen repartidos igualmente entre ellos y perfeccionados por el arte y la industria, cada individuo gozaría no solamente de lo necesario, sino de las comodidades accesorias de la vida y no estaría sujeto más que a los males a que nos expone nuestro cuerpo".

Adam Smith ha estudiado los principios de las leyes en su evolución histórica y ha constatado que las energías morales determinando la actividad económica pueden persistir con un grado importante de intensidad a través de las revoluciones del Derecho.

El fenómeno jurídico no le abandona nunca en su obra económica.

"El fundamento de la sociología jurídica es un Derecho natural en relación con una concepción constante e invariable de la naturaleza humana que domina todas las variaciones históricas del Derecho positivo. Una estática abstracta, prestada a

la metafísica del Derecho y combinada con una dinámica prestada a la observación de los hechos y al estudio de las legislaciones comparadas."

Smith considera el Derecho, lo que el magistrado protegerá y defenderá, como *preexistente*, siendo el Estado extraño a la constitución misma del Derecho; éste no es el órgano, sino su protector.

Parte de la constitución feudal de la propiedad que estaba considerada, no como medio directo de asegurar la subsistencia, sino como medio de protección y acción de potencia. Este régimen subsistió más allá del tiempo en que su función positiva de protección fué necesaria. Esta fué la causa de las perturbaciones de la producción agrícola. Y fué al precio de la comprensión de su tendencia natural a mejorar su suerte, que el siervo quedó bajo el imperio de esta protección feudal. La acción de este principio ha determinado la lenta evolución del Derecho.

Su preocupación esencial es la de demostrar la armonía natural de los intereses y afirmar la acción de su principio moral en medio de las perturbaciones más profundas. Ha descrito las transformaciones sucesivas de las relaciones del cultivador con la tierra bajo la incesante presión del interés personal, desde la servidumbre hasta su tiempo.

"A medida que la energía del interés privado tiende a acercar la tierra al trabajo, la concepción

del derecho de propiedad se modifica; se transforma en divisible, alienable, la partición igual gana el sitio al derecho de primogenitura y de la sustitución, la tierra propende a circular más rápidamente".

Smith, contrariamente a Marx, ha preparado la ruptura del Derecho y la Economía. El Derecho deviene un dominio separado de la sociología económica, que los volverán a reunir en los siglos XIX y XX.

Godwin es la antítesis de los fisiócratas y precursor del derecho socialista. En la crítica de la sociedad y, especialmente, de la propiedad, se coloca en el punto de vista moral.

No hay nada, viene a decir, que tienda tanto a depravar nuestro juicio y nuestras opiniones como las nociones erróneas sobre los bienes. Es necesario reconocer que, por grandes y extendidos que estén los males producidos por las monarquías, por la impostura de los clérigos y por la iniquidad de las leyes criminales, todos son débiles si se comparan con los males que provienen de la administración establecida de la propiedad.

La propiedad es la llave maestra del edificio político.

La justificación de la propiedad no se puede deducir más que del principio mismo de la igual e imparcial justicia. Teniendo todos los hombres derecho a la parte en la común natura, lo que rea-

lice la ventaja de uno conducirá a la ventaja del otro, siendo forzoso inferir que todos los bienes del mundo forman un fondo en el que todo hombre tiene el mismo derecho que otro de sacar para la satisfacción de sus necesidades.

"Yo tengo un derecho a los medios de subsistencia; mis semejantes, también otro igual; yo tengo derecho a todo goce del cual pueda participar sin incomodar a los otros".

Su *Political Justice* es uno de los mejores libros para la comprensión de todo el derecho socialista del siglo XIX. El Derecho de Godwin es un derecho ideal, predominando el carácter moral en su concepción, contrariamente al del siglo XIX, que es de carácter económico.

Primero, el derecho a la vida; luego, al trabajo. El derecho más extendido y más imprescriptible es el que tiene por objeto los medios de subsistencia. El segundo derecho de propiedad es el imperio que podemos ejercer sobre el fruto de nuestro trabajo, el derecho a la integralidad del producto del trabajo personal, que luego se incorporan a las escuelas socialistas de Saint-Simon, Proudhon, Marx, en formas diferentes.

El productor es solamente el guardián de este producto, en el sentido de que nadie le puede impedir disponer de él de otra manera que no sea siguiendo las prescripciones de su propia razón.

La tercera forma del derecho está en oposición

completa con la segunda. Es aquella según la cual un hombre tiene la facultad de disponer del producto de la industria de otro hombre. Para asegurar la conservación de esta forma viene la consagración de la desigualdad, haciendo necesaria la intervención de los Gobiernos, cometiendo injusticias y penalidades, para llegar a formar una nueva esclavitud.

"El método eficaz para borrar el error y producir la uniformidad de los juicios no es la fuerza bruta, sino en enseñar a cada uno a pensar por sí mismo."

Para la desaparición de los males inherentes a la desigualdad, precisa que se olvide y transforme en el individuo el sentimiento de dependencia, de servilismo, la influencia que ejerce sobre el juicio el espectáculo de la injusticia. La riqueza hereditaria es una prima pagada a la pereza, una inmensa anualidad gastada para retener la humanidad en la brutalidad y la ignorancia.

Godwin reduce el tiempo de trabajo a la vigésima parte del tiempo de cada hombre, una media hora por día. No es exagerado esto si se comprende bien el pensamiento del reformador, pues se coloca en la hipótesis de un Estado en donde reine *la más rígida simplicidad (the most rigid simplicity)*.

Pretende demostrar que el espíritu se impondrá absolutamente sobre la materia. Su preocupación psicológica es la de transformar gradualmente los

actos inconscientes e involuntarios en actos reflejos y voluntarios. La voluntad humana dominará y la disciplina moral vencerá nuestros apetitos sensuales, de tal suerte, "que cuando la tierra rehuse el sostener una población más considerable que la que pueda sobrellevar, esta población cesará probablemente de reproducirse. Habrá un pueblo de hombres sin hijos".

A tal extremo llegaba la concepción idealista de Godwin.

Owen todavía insiste más que Godwin en la necesidad de la desaparición de la propiedad privada para conseguir la transformación moral del hombre. La propiedad privada ha sido y es la causa de crímenes y miserias sin fin. La propiedad hace del hombre un sér egoísta e ignorante. Deprava el carácter del propietario, produciéndole el orgullo, la vanidad, la injusticia, la opresión y desprecia por completo los derechos naturales e inalienables de sus semejantes; encierra las ideas en el círculo estrecho de su *yo*; impide la extensión del espíritu y que se pueda elevar hacia la comprensión fecunda de los intereses generales y de las ideas universales; aísla los espíritus y es causa perpetua de acciones repulsivas en el seno de la sociedad.

Viendo que sería difícil hacer rectificar la ley onerosa con la sola propaganda, intenta hacer una experimentación nueva en forma de organización

BIBLIOTECA NAC...

económica aislada: la formación de la colonia New-Lanark.

Thompson se preocupa de la prosperidad humana, debiendo alcanzarla directamente sin pasar por la mediación de una clase de propietarios. Condena la apropiación de la tierra y de los instrumentos de trabajo.

Así como para los fisiócratas el trabajo originario de los primeros cultivadores era el título eterno de la propiedad, para Thompson, su derecho no podrá extenderse más allá de la cantidad de trabajo que hayan aplicado a la tierra.

Carlos Marx, cuya dependencia jurídica de los fenómenos económicos es bien conocida, define el derecho y su origen a través de su *Critique de la Philosophie du Droit de Hegel*. Empieza así: "El hombre, que, en la realidad fantástica del cielo donde buscaba un superhombre, no ha encontrado más que su propio reflejo, su propia apariencia, él lo buscará en su realidad verdadera.

El fundamento de la crítica religiosa es éste: el hombre hace la religión; no la religión al hombre. La religión es, en realidad, la conciencia y el sentimiento propio del hombre que, o bien no se ha encontrado, o bien se ha perdido. Pero el hombre no es un sér abstracto, exterior al mundo real. El hombre es el mundo del hombre, el Estado, la sociedad. Este Estado, esta sociedad, producen la religión, una conciencia errónea del mundo, por-

que constituyen un mundo falso. La religión es la teoría general de ese mundo, su compendio enciclopédico, su lógica bajo una forma popular, su punto de honor espiritualista, su sanción moral, su complemento solemne, su razón general de consuelo y de justificación."

Es la realización fantástica de la esencia humana, porque la esencia humana no tiene realidad verdadera. La lucha contra la religión es, pues, por carambola, la lucha contra ese mundo, del que la religión es el aroma espiritual.

"La miseria religiosa es, por una parte, la expresión de la miseria real y, de otra, la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura abrumada por la desgracia, el alma de un mundo sin corazón, lo mismo que es el espíritu de una época sin espíritu. *Es el opio del pueblo.*"

La religión es a modo de un sol ilusorio que se mueve alrededor del hombre; pero la historia tiene la misión de establecer la verdad sobre la vida presente y la filosofía debe desenmascarar la imagen santa que representa la renunciación del hombre. Hay que hacer para que la crítica del cielo se transforme en crítica de la tierra, la crítica de la religión en crítica del derecho, la crítica de la teología en crítica de la política.

En Derecho, vivimos de creencias. La mayoría de los propietarios no tienen pruebas decisivas de

su derecho. El catastro lo demuestra muchas veces. Se cree en su derecho y en el derecho de otro.

El derecho socialista trata de demostrar la absorción de los derechos del capital por los derechos del trabajo, la creación de un derecho colectivo.

Emmanuel Levy lo expresa bien en su *Visión socialiste du Droit*:

"Yo defino la libertad: la facultad para el individuo de ejercer su actividad.

En filosofía se nos ha enseñado que la libertad del individuo está limitada por la libertad de su prójimo".

Lo cual es verdad en teoría, pero no en la práctica. *Su motivo*: la propiedad.

Los jurisconsultos definen la propiedad como el derecho exclusivo de gozar y disponer de una cosa.

Es muy difícil conciliar la libertad y la propiedad. Se dice: la propiedad es la libertad. Y también: el trabajo es la libertad.

Todo es verdad. La propiedad asegura la libertad al propietario; pero ¿y los que no son propietarios? Yo tengo una fábrica, que sólo no la puedo hacer marchar; necesito obreros. Tengo capital y es necesario que otros, para vivir, pongan su libertad al servicio de mi propiedad. ¿Quién ganará? ¿La propiedad o la libertad?

He aquí otra. Los juristas distinguen dos clases de derechos sobre las cosas: los derechos reales y los derechos personales. El derecho real se ejerce

directamente sobre la cosa; el derecho personal se ejerce contra una persona.

El derecho real es el derecho a la posesión de una cosa, de trabajarla, edificarla, venderla; el derecho personal es el derecho al valor de las cosas, a su precio, un derecho sobre cosas consideradas como no pertenecientes a nosotros.

La forma que toma el capitalismo actual, casi predicha por Marx, es la del derecho de crédito, de creencia, de créditos colectivos.

Pero contra esta tendencia se manifiesta la forma de que el crédito colectivo del trabajo debe necesariamente absorber.

¿Cuál triunfará?

Lo que es necesario es escoger bien el método. Hay que reemplazar la garantía celeste por la garantía jurídica.

El método religioso en derecho coloca los principios en la base de las instituciones; el otro, coloca las instituciones en la base de los principios.

"Describir las instituciones, tener la simplicidad de constatarlas, renunciar a legitimarlas. He aquí el método y bastante revolucionario, por cierto".

POST-MARXISMO

La rectificación del marxismo

La teoría marxista llegó a ser la expresión oficial del socialismo internacional. Pero pronto vinieron las críticas y las oposiciones doctrinales combatiendo el adjetivo de *científico*, que se añadía al sistema para diferenciarlo de la característica utópica pre-marxista. Se trataba de explicar el socialismo, bien rectificando su cientificismo, o su desviación filosófica, o bien añadiéndole nuevas interpretaciones de orden moral, sentimental, racionalista, idealista, para culminar, nuevamente, con el retorno a Marx, el neo-marxismo de tendencia sindical revolucionaria y apolítica. Conocida es la polémica de Bernstein con Kautski al efecto de la revisión del socialismo que caracterizaba la oposición entre la ciencia y el interés político o económico. Hay, además, decía Bernstein en su *Socialismo y Cien-*

cia, que existe también un interés moral y un interés ideal.

Después ocurren muchas interpretaciones combatiendo el determinismo económico marxista y tratando de demostrar la influencia y el poder del hombre en la rectificación del curso de las cosas.

Como no se puede en espacio tan limitado dar un detalle de todo el movimiento y variantes del socialismo internacional, debo limitarme al estudio de la modalidad francesa, que es, a mi juicio, la que da una mejor y más amplia visión de todas las modificaciones doctrinales.

La influencia ética: Benoit Malon

B. Malon reintegra al socialismo las tendencias sentimental y moral. Es necesario combinar estas dos fuerzas, sentimental y científica, para hacer irresistible el empuje contemporáneo hacia un mundo nuevo de paz, libertad, justicia y solidaridad. Con esta nueva forma *integral* del socialismo, atacaba la tesis del materialismo histórico de Marx, que atribuía a causas económicas las grandes transformaciones de la historia. Los peligros que amenazan a Europa de una guerra espantable, no proce-

den de causas económicas, sino de determinados antagonismos de raza y de un chauvinismo anormalmente sobreexcitado por intereses dinásticos y por incomprensibles aspiraciones nacionalistas.

Cuenta Delewski que Rouanet, colaborador de Malon, criticaba con fuerza la concepción fatalista, apologética y antihistórica del pensamiento de Marx.

El socialismo integral es el socialismo visto por todos sus aspectos en todos sus elementos de formación y con todas sus manifestaciones posibles. Así comprendido, el sócialismo es el resultado final, la síntesis de todas las actividades progresivas de la humanidad militante. La tarea del socialismo no es solamente económica, sino que también filosófica y política, y aspira a la emancipación de todos los oprimidos, de todos los explotados, a la renovación total por la bondad, el amor, la ciencia, la justicia y la solidaridad.

Los socialistas *utopistas* han formulado el carácter universal del socialismo; su ideal común proclama la civilización pacífica, de trabajo y de justicia; la rehabilitación de la vida humana, escarnecida desde hace siglos por el antisocial ascetismo cristiano y las largas opresiones familiares, monárquicas, feudales y jurídicas; la reivindicación de la igualdad de derecho para las mujeres y el reconocimiento de los derechos para el niño.

Nunca ha arrastrado a la multitud la lucha uni-

ca por los intereses materiales. Toda pasión revolucionaria, toda atividad generosa, es fundada sobre un idealismo cualquiera. Actualmente, el mal es tanto moral como social y, en este sentido, el socialismo es en sí mismo una moral. Sin embargo, no es un adversario total de Marx. Aunque menos fatalista y optimista que éste, acepta su pronóstico histórico, aunque proclamando que el proletariado industrial no es toda la armada socialista, la cual la componen también, además de los militantes, todos los que sufren y todos los que esperan y que el interés de clase no posee un estímulo suficiente para empujar las masas por la vía de la supresión de todas las iniquidades.

Insiste en que es necesario hacer llamamiento, no sólo a los intereses de clase del proletariado, sino que los socialistas deben también invocar las fuerzas sentimentales y morales que residen en el alma humana. Deben participar en todos los combates por el mejoramiento de las condiciones y relaciones sociales: reforma familiar, educativa, reivindicaciones políticas y civiles, emancipación de las mujeres, elaboración filosófica, etc., pues para ellos la cuestión contemporánea no es solamente social sino moral.

Benoit Malon era oportunista en cuanto a los medios a emplear en la realización del ideal. Seamos revolucionarios, decía, cuando las circunstancias lo exijan; y reformistas, siempre.

Eduard Berth, en su obra de juventud *Los diálogos socialistas*, antes de devenir teórico del sindicalismo, se esfuerza en demostrar a sus amigos titubeantes o escépticos, por medio de una ficción dialogal literaria, que la única doctrina capaz de dar al mundo la estética y la moral que necesitan es la socialista. El socialismo será un progreso moral porque sustituirá el trabajo asalariado por el asociado, mientras que en la sociedad capitalista, el trabajo es una imposición, en régimen socialista será una afirmación normal de la vida, "el eje de salud y armonía, alrededor del cual gravitará ella, elevándose en ritmo apacible y potente hacia la verdad y la belleza y realizando la emancipación de las dos potencias más aptas a moralizar el hombre: el trabajo y el amor".

Berth trata de conciliar con el marxismo esta teoría ética del socialismo.

Si Marx y Engels han demostrado que las manifestaciones morales de la historia humana tienen una infra-estructura económica, no debe entenderse por esto que queda subordinada la moral a la economía. Decir que en el orden genético un hecho presupone otro, no es afirmar en el orden moral la superioridad del uno o del otro. En cuanto a la interpretación corriente del marxismo que da el colectivismo como debiendo salir del capitalismo por medio de las leyes naturales, no quiere decir que deba dormirse el proletariado dispensán-

dole del esfuerzo personal. Todo lo contrario, pues en la ley psicológica se demuestra que las doctrinas deterministas favorecen y estimulan la acción humana mejor que las doctrinas del libre albedrío. El hombre que cree que lo ha de crear todo él se siente impotente y se abandona, mientras que si cree que le ayudan vastas potencias naturales y sociales y que con su esfuerzo conspira todo el universo, acelera su entusiasmo y precipita su marcha.

Ch. Andler, en su tesis sobre *Los orígenes del socialismo de Estado en Alemania*, criticaba el término de socialismo científico y declaraba que se es socialista por convicción filosófica y por sentimiento. Un ideal no puede demostrarse científicamente.

Concibe el socialismo como un ensayo de reconstrucción total de la sociedad con elementos moralmente regenerados, reconstrucción que la democracia precede y prepara. La democracia es la defensa del individuo, la afirmación de su valor absoluto, defensa y afirmación que tienen un valor crítico y negativo más que un valor constructivo y social. Muchos sistemas que se llaman socialistas son en realidad simplemente democráticos, reclamando para el individuo el producto integral de su trabajo, realizar la justicia y dar a cada uno su merecido, cuidadosamente calculado. El socialismo va más lejos y mira más alto. El socialismo implica el nacimiento en cada uno

de nosotros de una vida más rica que se expande sobre los otros y, por ende, opuesto a la democracia, que es disolución. El socialismo es reconstrucción y aporta al mundo una civilización nueva.

Discrepa de Marx cuando considera que el socialismo no es el resultado fatal de la evolución social en curso.

El racionalismo socialista.—George Renard

Gaëtan Pirou, al describir los fundamentos racionales del socialismo, empieza con Deslinières. En su *Aplicación del sistema colectivista*, nos cuenta cómo ha llegado al colectivismo siguiendo su propio razonamiento y sin haber sufrido la influencia de Carlos Marx, ni de sus continuadores ni de ninguna otra escuela. Si el socialismo, dejando aparte las razones de orden económico e histórico en que se funda, fuera contrario a la razón y a la justicia, deberíamos negarles nuestro concurso aunque nos demostrara que la evolución histórica nos conduce por ese camino.

Renard funda el socialismo sobre la razón y no sobre la historia. Idealista y no materialista, se expande en una filosofía laica, democrática y libe-

ral. Es laico cuando afirma la posibilidad de realizar la justicia en esta vida terrestre, la única que conocemos como cierta.

En su *Discusiones sociales de ayer y de mañana* se ve que el socialismo que preconiza no se acerca a ninguna metafísica. Quiere ser puramente positivo, natural, humano; mas ello no implica que desprecie y suprima el ideal, sino por el contrario, que al lado de la ciencia de lo que es se construya la ciencia de lo que debe ser, la ciencia del ideal y al frente de esta ciencia coloca la idea de justicia y de igualdad entre los hombres, principio de la democracia política que debe acabarse lógicamente en democracia social.

El socialismo de Renard es un sistema de organización resueltamente liberal. Opina que en régimen socialista, la competencia subsistirá y que incluso será generalizada por la necesidad en que se encontrarían todos los individuos de ganar su vida en razón de la desaparición de las rentas sin trabajo. Los socialistas trabajan por reemplazar la pseudo-libertad por la libertad real, siendo cien veces más amigos de la libertad que el más liberal de los llamados liberales.

Renard reintroduce la razón y el ideal en la noción del socialismo, matiz típico que caracteriza el basamento del socialismo francés.

Tarbouriech, en su libro *La ciudad futura*, trata de hacer un ensayo de utopía científica. Lo que di

ferencia notablemente a los socialistas racionalistas de los marxistas es que aquéllos se preocupaban de reglamentar y vaticinar sobre el futuro, cosa que Marx, con muy buen acuerdo, dejó para que las circunstancias lo decidieran.

Tarbouriech cree que la sociedad colectivista o comunista no será la forma definitiva del desarrollo social. Es probable, dice, que los códigos del porvenir ofrecerán a nuestros hijos varias formas de propiedad. Habrá quizá comunismo puro al mismo tiempo que formas superiores de propiedad. Quizás pueda realizarse un término medio entre el anarquismo y el colectivismo autoritario.

La organización colectivista propiamente dicha conciliará el máximum de rendimiento posible con la mayor suma de libertad individual, organizando tres formas de producción: estática, cooperativa e individualista. La igualdad absoluta no podrá realizarse nunca. La fórmula de reparto *parte igual por cantidad igual de trabajo efectuado*, podrá ser aplicada en los primeros tiempos que seguirán al fin del régimen capitalista, pero será abandonada poco a poco y a medida que se alejará de la revolución social, para llegar a la vieja fórmula del socialismo *utópico*: *de cada uno, según sus fuerzas, y a cada uno, según sus necesidades*.

El reformismo

El sentido reformista del socialismo viene a ser una especie de conciliación del concepto final, catastrófico, de transformación social y de la realidad. Y para ello hubo de agruparse en partido político.

Desde este momento, los métodos y procedimientos del socialismo se dividen en varias formas y manifestaciones, según el país y sus inspiradores. Así se hace revolucionario y reformista, intransigente y oportunista, internacionalista y nacionalista. Lo único que se observa de cierto es que, poco a poco, va perdiendo la tónica revolucionaria. Aquella fe y entusiasmo heroico de los primeros tiempos se va reformando a medida que ve la meta ideal de transformación cada vez más lejos. El capitalismo tenía más resistencia de lo que parecía. La catástrofe no era tan inminente.

Y sale P. Brousse defendiendo la táctica de abandonar *el todo*, practicado hasta entonces, que generalmente conducía a *nada* y fraccionar el fin ideal en varias etapas sucesivas, inmediatizando de alguna manera las reivindicaciones con el fin de hacerlas más posibles y no fatigarse tanto en la mar-

cha ascensional hacia el fin. Guesde, en oposición a esta tendencia de Brousse, les llamó *posibilistas*. Este posibilismo evolucionó rápido hacia una doctrina de democracia económica.

El reformismo cree que el socialismo se realizará por la transformación de las grandes ramas de actividad económica en servicios públicos, transformación que ya tiene realizada en parte algún país y en curso de realización, otros. Es necesario acelerar la evolución multiplicando las administraciones directas para que, sin sacudidas violentas, se llegue al socialismo.

A esto le oponían los contrarios de esta táctica que, a medida que el Estado burgués desarrollaba sus atribuciones, aumentaba su potencia y, por tanto, era mayor el número de los interesados en su conservación, y que la multiplicación de los servicios públicos y de las administraciones directas alejaban en vez de acercar las posibilidades de liberación de la clase obrera. Como se ve, son dos tesis inconciliables, que todavía perduran en nuestros días.

Millerand, al definir el reformismo, acentúa más la división. No es socialista, decía, quien no acepte la sustitución necesaria y *progresiva* de la propiedad social a la propiedad capitalista.

A medida de su madurez, el socialismo hará pasar las diversas ramas de producción, de la forma de propiedad individual a la de propiedad social.

De momento, recomendaba se hiciera la experiencia con la Banca, los ferrocarriles, las minas y las refinerías de azúcar.

Pero ¿cómo se realizaría esta transformación? Por la vía política. Por el sufragio universal; por la persuasión. Millerand nos da una idea completa del reformismo en su libro *El socialismo reformista*.

Sin embargo, J. Sarraute nos da la definición en cierta manera filosófica. Hay dos socialismos y los dos legítimos; el de oposición y el de gobierno. Todo partido de oposición es, por definición, un partido de abstracción, teniendo, fatalmente, una visión incompleta de las cosas. En el curso de la historia, el progreso social sólo se cumple bajo el látigo de los partidos extremos, de los partidos de abstracción y utopía. El claro conocimiento de las cosas, la comprensión científica, la pura inteligencia, es la inmovilidad y la muerte. Si hay movimiento en la historia, es que la voluntad, el deseo, la preferencia destacan de la realidad tendencias que se quiere hacer que dominen. Es la creencia entusiasta y no las fórmulas científicas la que realiza el progreso social.

Pero, cuando las circunstancias conducen al partido al gobierno, debe necesariamente rectificar y combinar sus doctrinas. Mientras que el socialismo de oposición reposa por entero en la lucha de clases, el socialismo gubernamental debe tener en cuen-

ta la solidaridad de éstas. Por esto, se comprenderá que la sociedad actual está ya influenciada por el socialismo y que éste no es realizable, al presente, más que de una forma parcial. Al final de estas rectificaciones, los reformistas creen que no habrá salto entre el mundo de hoy y el de mañana, sino que éste saldrá con naturalidad de aquél y que bastará que la evolución en curso se prosiga lenta y pacíficamente, tal como ha comenzado.

Así, pues, el socialismo no será, sino que deviene.

La síntesis.—Jean Jaurés

Esta gran figura del socialismo internacional se preocupó de conseguir la conciliación de las dos tendencias opuestas, de la misma manera que en su filosofía trataba de buscar la síntesis del idealismo y del materialismo. Jaurès busca en el dominio de la historia realizar la síntesis, reunir en un todo armonioso las premisas variadas de una oposicion aparente.

En su importante obra sobre la Revolución francesa, quiere llegar a conciliar Plutarco, Michelet y Marx, o sea la historia heroica, la dramática y la sociológica.

Cualquiera que sea, dice, la relación del alma humana, en sus más audaces y sutiles sueños, con el sistema económico y social, ella va más allá del medio humano, en el inmenso medio cósmico. Y el contacto del universo hace vibrar en ella fuerzas misteriosas y profundas, fuerzas de la eterna vida que precede a las sociedades humanas y que las sobrepasará. Por consiguiente, será tan vano y falso negar la dependencia del pensamiento y del ensueño con relación al sistema económico y de las formas precisas de la producción, como sería pueril y grosero explicar sumariamente el movimiento del pensamiento humano por la sola evolución de las fuerzas económicas.

Con frecuencia, el espíritu del hombre se apoya sobre el sistema social para sobrepasarlo y resistirle; entre el espíritu individual y el poder social hay, al mismo tiempo, solidaridad y conflicto.

Su interpretación de la historia es, a la vez, materialista con Marx y mística con Michelet. Es la vida económica la que ha sido el fondo y el resorte de la historia humana, pero a través de la sucesión de las formas sociales, el hombre, fuerza pensante, aspira a la plena vida del pensamiento, a la comunión ardiente del espíritu inquieto, ávido de unidad y del misterioso universo. El gran místico de Alejandría decía que las altas olas del mar habían levantado su barca y por esta circunstancia había podido ver la salida del sol en el instante

mismo en que salía de las olas. Así, las vastas y elevadas olas de la revolución económica levantarán la barca humana para que el hombre, pobre pescador cansado de un largo trabajo nocturno, salude de más alto el primer punto de la aurora, la primera luz del espíritu grandioso que se va a levantar sobre nosotros. Y no se desdeñará, a pesar de la interpretación económica de los grandes fenómenos humanos, el valor moral de la historia.

"Sabemos, decía, que las bellas palabras de libertad y de humanidad han cubierto con frecuencia, desde hace un siglo, un régimen de explotación y de opresión. La Revolución francesa ha proclamado los Derechos del Hombre; mas las clases poseedoras han comprendido bajo esta palabra los derechos de la burguesía y del capital.

Trataremos de comprender y traducir la evolución económica fundamental que gobierna las sociedades, la ardiente aspiración del espíritu hacia la verdad total y la noble exaltación de la conciencia individual desafiando el sufrimiento, la tiranía y la muerte. Es empujando hasta el fin el movimiento económico como el proletariado se libertará y se tornará humanidad. Es necesario que tome conciencia de la historia y del movimiento económico y de la grandeza humana."

El pensamiento de Jaurès está impregnado de un idealismo panteísta que le abre horizontes infinitos. Esta concepción de la unidad y de la pe-

netración universales le coloca a una altura desde la que columbra todo. Este idealismo panteísta le impide toda estrechez de vista, toda parcialidad, toda injusticia en su juicio sobre los hombres y las cosas. Penetra hasta los repliegues más íntimos del alma humana y ve en el hombre, no el bloque de contornos abruptos y de unidad brutal, sino una mezcla completa de propiedades contradictorias, que lleva en sí los gérmenes de virtudes sobrehumanas y los vestigios de los vicios monstruosos de los períodos de barbarie y brutalidad. El hombre es un perpetuo devenir.

Jaurès es socialista y republicano demócrata.

En su discusión con Lafargue sobre el *idealismo y el materialismo en la concepción de la Historia*, dice que la concepción materialista no impide su interpretación idealista. Para Jaurès, el nombre de materialismo económico se explica porque el hombre no saca de su cerebro una idea hecha de justicia, sino que se limita a reflexionar en su substancia cerebral las relaciones económicas de producción.

Aparte de la materialista, existe la concepción idealista bajo múltiples formas. La resume así: es la concepción según la cual la humanidad, desde su punto de partida, tiene, por decirlo así, una idea oscura, un primer presentimiento de su destino, de su desarrollo.

Anterior a la experiencia de la historia, antes de

la constitución de tal o cual sistema económico, la humanidad lleva en sí misma una idea preconcebida de la justicia y del derecho y es este ideal preconcebido el que ella persigue, en forma superior de civilización y cuando se mueve no es por la transformación mecánica y automática de los modos de producción, sino bajo la influencia oscura o claramente sentida de este ideal.

Jaurès pretende que las concepciones idealista y materialista de la historia están casi confundidas y reconciliadas en la conciencia contemporánea.

Esto tiene su origen en que los pensadores, al salir de la Edad Media, se encuentran con una herencia intelectual contradictoria, con un dualismo a conciliar, a reducir a la unidad. Descartes se encierra y aísla en el interior de su conciencia (*Cogito, ergo sum*), creyendo llegar así a la certeza. Encuentra la idea de Dios; pero, después de haber atravesado el estado de espíritu cristiano, se sirve de él para fundar la ciencia positiva, experimental y deductiva.

En Leibniz se adivina la misma tentativa por conseguir la unidad del hombre y la naturaleza, la conciliación entre el universal determinismo y la universal libertad.

En Spinoza, la misma conciliación entre la naturaleza y Dios, entre el hecho y la idea, entre la fuerza y el derecho.

El problema filosófico de Kant consiste en en-

contrar la síntesis de las afirmaciones contradictorias que se ofrecen al espíritu del hombre.

El universo, ¿es limitado o infinito?; el tiempo, ¿es limitado o infinito? ¿Está todo sometido a la necesidad o a la libertad de las acciones humanas? Entre tantas tesis y antítesis, entre tantas negaciones y afirmaciones, entre las que duda el espíritu, la filosofía kantiana se esfuerza por solucionar estas contradicciones, estas antinomias fundamentales.

Hegel da la *fórmula* de este trabajo al decir que la verdad está en la contradicción.

Jaurès, siguiendo a Hegel y a Marx, piensa en la unidad y en la penetración universales. No hay una idea racional que no esté traducida en la realidad y no hay una sola realidad que no pueda reducirse a una idea y recibir una explicación racional.

En el aspecto político, la idea democrática de Jaurès engloba la soberanía del pueblo, los derechos del hombre y las libertades políticas. La justicia y la libertad por encima de todo. "Si la misma idea de Dios, dice, tomara una forma palpable, si el mismo Dios se levantara, visible, sobre las multitudes, el primer deber del hombre sería el de rehusar la obediencia y de tratarlo como igual y discutirle, pero no como el dueño que se soporta".

"Yo he sido siempre un *republicano* y un socia-

lista." En él quedaban soldados estos dos términos. No oponía la República, aunque burguesa, al socialismo, sino que este último prolongaba, realizaba la República democrática. La República sin socialismo era una formación, un continente sin contenido, una vaga promesa y una vana esperanza de bienestar.

Esta unidad fundamental de la República, de la democracia y del socialismo, determina lógicamente la unidad de acción de las fuerzas democráticas, laicas y socialistas.

De ahí su síntesis filosófica y la unidad conseguida de las fuerzas y partidos obreros.

Jaurés justifica su reformismo al decir que un pueblo oprimido, expropiado, tiene el derecho de emplear todos los medios, sin excluir el violento.

La clase obrera no podrá libertarse más que por la fuerza combinada de la acción política y de la acción sindical.

Esto es la síntesis marxista del pensamiento y de la acción.

EL NEO-MARXISMO

Sindicalismo revolucionario

Hacia el año 1880 se produce una escisión en el movimiento obrero, formándose dos corrientes: una que se traduce en la formación de un gran partido socialista y la otra en una manifestación sindical corporativa.

La corriente sindical, que al principio era tan moderada o más que el propio partido socialista, ha llegado a ser la manifestación más radical de nuestros tiempos. Su espíritu apolítico y neutro fué aprovechado por algunos anarquistas para derivarlo por la corriente antiestatal. Los anarquistas, cediendo en parte a la inflexibilidad de su doctrina, fueron a los organizaciones sindicales para hacerlas evolucionar, a pesar de la oposición de los reformistas, y darles un espíritu revolucionario contra el parlamentarismo y el Estado de los socialistas reformistas y proclamar la suficiencia del sin-

dicalismo para la transformación del orden capitalista.

Fernando Pelloutier, antiguo *guesdista* y secretario de las Federaciones de las Bolsas de Trabajo, decía en su *Carta a los anarquistas*: "Partidarios de la supresión de la propiedad individual, somos lo que no son los políticos, somos revolucionarios constantes, hombres sin Dios, sin amo y sin patria, los enemigos irreconciliables de todo despotismo, moral o colectivo, es decir, de las leyes y de las dictaduras, aunque éstas se llamen proletarias, y los amantes apasionados de la cultura en sí misma."

Si creemos a sus distintos definidores, el sindicalismo es una mezcla de las teorías de Proudhon, Bakunin, Marx y Nietzsche. Pero del estudio de la teoría y de la práctica se deducen dos corrientes de pensamiento esenciales: la de Proudhon y la de Marx. Y algo de Bergson.

Se puede decir, sin embargo, que el sindicalismo es un neo-marxismo, la realización completa de la teoría y de la práctica marxista.

Labriola llega a considerar a Marx como un precursor del filósofo Bergson al tratar el aspecto idealista del marxismo. En el sistema marxista la actividad espontánea de los hombres en sociedad como conjunto de relaciones humanas y de acciones hacia un objeto apropiado a nuestra economía debe entenderse según un orden de sucesión formal. La actividad de ayer se ha condensado en ins-

tituciones, en leyes, en cosas; se ha sistematizado de acuerdo con un orden riguroso y estable. La actividad de hoy, o desarrolla o transforma el resultado de la actividad de ayer y de esta manera conduce a un *processus in indefinitium*. Pero el factor que obra en el proceso es siempre el hombre en cualquier situación particular histórica o social en que se encuentra.

La dependencia del hombre frente a las circunstancias no es en el fondo más que la dependencia del hombre frente a sí mismo, del hombre frente a los productos de su propio espíritu, es decir, frente a su espíritu mismo. Allí donde el acto es aprehendido en el momento mismo que emerge del espíritu, parece como teniendo en sí mismo toda su *razón suficiente*. En este sentido, el marxismo ha anticipado una de las tesis más brillantes de la filosofía bergsoniana.

Berth afirma que el marxismo ortodoxo y el anarquismo individualista tradicional son dos aspectos divergentes, aunque complementarios de una psicología social idéntica en el fondo y cuyo rasgo dominante es una fe excesiva en el racionalismo y en la ciencia. Son dos hermanos enemigos, hijos de una misma época intelectual que parte del 1850 y que muere en la época actual. Hoy se está formando una filosofía de la vida. Proudhon y Marx no parecen haber sido los precursores, poco comprendidos y completamente desfigurados, de esta

LA NACIO

nueva filosofía en la que se encuentra convergiendo todo el esfuerzo intelectual de Nietzsche, prolongado por la tentativa de Bergson.

Lagardelle no cesa de polemizar, clamando un retorno a Marx, y organiza aquellas grandes encuestas sobre la huelga general y la idea de patria.

La filosofía sindicalista.—George Sorel

Los tres hombres que figuran en el pórtico de esta filosofía son Bergson y Marx. Un poco más apartado, Proudhon.

"La nueva escuela está a punto de dar a las doctrinas socialistas un sentimiento de la realidad y una seriedad que les hacía mucha falta desde hace años", dice Sorel en *Reflexiones sobre la violencia*. Desde que la nueva escuela se llama marxista, sindicalista y revolucionaria, debe dedicarse a conocer el exacto alcance histórico de los movimientos espontáneos en las masas obreras y que pueden asegurar al devenir social una dirección conforme a las concepciones de su maestro.

Sorel estudia con lupa el *Manifiesto comunista* de Marx y le descubre algunos puntos de contacto

con la utopía, entre ellos la centralización del crédito, aproximación de la cultura y de la industria, la educación pública y gratuita. Y exclama: "La revolución no necesita teorías. Abajo las construcciones intelectuales. Seamos resueltamente más marxistas que Marx".

Así comprendido, el sindicalismo es a modo de una interpretación de los hechos, un progreso, una cierta visión del movimiento obrero en su evolución constante. Lejos de ser una construcción acabada, la doctrina se va elaborando a medida que transcurre la vida obrera.

A Proudhon le citan de cuando en cuando para refrescar algún viejo concepto o para reconciliarle con Marx.

Marx dijo que el poder político es el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. Por lo tanto, hay que destruir el Estado.

La democracia, para el sindicalismo, es el tipo acabado del Estado burgués. Su único mérito, si lo tiene, sería el de constar como terreno propio para la descomposición del Estado. Hay que abandonar el sufragio universal, el principio de las mayorías, el humanismo y el liberalismo. Los métodos políticos de la democracia son malos. Proudhon lo ha marcado bien: "El sufragio universal es un hacha para dividir al pueblo". La democracia, en su práctica, es esencialmente analítica y desmigaja la voluntad popular. No queda más que una pol-

vareda de votos abstractamente adicionados; mientras que los procedimientos del sindicalismo son sintéticos, oponiendo al principio de las mayorías el de las minorías conscientes.

Una acción libre es aquella cuya idea surge bruscamente en nosotros, incluso con violencia, y en la que se revela nuestro yo.

Nada tan peligroso, tan atómico, tan amoral. En la democracia se mezclan las clases. Hay que reaccionar. Los antagonismos existen y, por tanto, cada uno que se una a su clase. Nada de paz social. Hay que dejar que los choques se produzcan violentamente.

Y si los modos de producción determinan e influencian las instituciones, es necesario que se produzca una revolución completa.

¿Cómo ocurrirá la transformación? Los obreros improvisarán a la vez que trabajan. La revolución se hará por la acción directa llevada al terreno económico, en el orden de la producción únicamente Nada de leyes ni de parlamentos.

Pero esta acción directa debe ser libre y no subordinada a las leyes económicas. El proletariado debe tener libertad para obrar. Aquí reforman a Marx al trazar dos leyes radicalmente distintas del movimiento histórico:

1.ª El capitalismo está sometido a leyes necesarias (marxista).

2.° El proletariado puede estar animado de un movimiento libre (neo-marxista).

Este concepto heterodoxo parece inspirado en el último capítulo de la *Miseria de la Filosofía*, de Marx.

La producción ante todo. El *ciudadano* se ha vuelto *productor*. Los obreros no tienen más que mostrar su potencia en los grandes conflictos. El mito de la huelga general resume todas sus aspiraciones, contiene toda la teoría y práctica sindicalista: antagonismo de clases, exaltación del espíritu revolucionario, emancipación de los trabajadores por la acción directa, apartamiento del Estado y exoneración de los no productores. Mas ¿y el porvenir?

Dicen los teóricos que el sindicalismo no pretende transformar el Estado, sino el taller. Hacer del taller capitalista un taller socialista, en lo cual no hay nada de utopía. Puede concebirse que el taller, que está allí, bajo la mirada, que se puede tocar, pueda funcionar un día sin necesidad de amos, con la sola voluntad de los productores. Bastará para ello eliminar lo innecesario técnicamente hablando: el patrono. Y de aquí, a la elaboración de un nuevo derecho y de otra moral.

Durante la guerra y después de ella, el sindicalismo ha sufrido alguna modificación. Mientras que los sindicalistas de la C. G. T. se han aproximado al reformismo, los de C. G. T. U., los escisionis-

tas, se han afiliado abiertamente a la Internacional de Moscú, deviniendo, según su expresión, los *continuadores* de la ortodoxia marxista. Después ha habido una nueva escisión para formar la C. G. T. R., de timbre revolucionario puro, teniendo un buen definidor en el culto e infatigable Pierre Besnard, como mantenedor del fuego sagrado del sindicalismo originario.

El neo-socialismo

También el socialismo y como continuación del revisionismo o *descomposición del marxismo* de la ante-guerra, que provocaron los Bernstein, Jaurés, Sorel y otros, ha habido algunas tendencias que, un poco desilusionadas al ver que el capitalismo se estabilizaba en lugar de derrumbarse catastróficamente al llegar al máximo de su poderío, han propuesto una revisión y crítica de las teorías marxistas.

Entre las más importantes figura, por no citar más que una representativa, la del socialista Henri de Man. En sus libros *Au delà du Marxisme*, *La crise du socialisme* y *Socialisme et marxisme* se aprecia claramente la intención de demostrar la in-

suficiencia de las concepciones marxistas del valor-trabajo y de la plus-valía; la falsedad de la tesis de Marx cuando dice que la dictadura de las potencias industriales y financieras iría acompañada de una depauperación creciente de las masas; que las crisis económicas, precursoras de la catástrofe final, lejos de agravarse, disminuyen su intensidad y que se va poco a poco a una estabilización del capitalismo.

Lo que se le reprocha a Marx es la insuficiencia de una doctrina muy rígida y a la vez muy complaciente como modo de pensamiento, doctrina que pretende elevar y ennoblecer al hombre, pero que empieza por someterlo a un determinismo desesperante; doctrina que quiere libertar a la Humanidad, pero que empieza por despertar el instinto adquisitivo de la masa y que, en fin, afirma por sus principios la necesidad de una revolución total y, en realidad, conduce a una política de coaliciones, de moderación y de compromisos.

Después de la muerte de Marx y, sobre todo, después de la guerra mundial, la ciencia social se ha adaptado a la experiencia histórica que se manifiesta en el movimiento obrero y en los resultados que ha obtenido. Esta experiencia conduce a llamar la atención de los factores psicológicos del devenir social.

Man reconoce la importancia de las causas económicas de la evolución social; pero en la época en

que Marx las formulaba. Pero hay que analizar las consecuencias ocurridas después de Marx. Profundizando el estudio de los fenómenos económicos se descubre un conjunto de creencias colectivas que reclaman una explicación psicológica.

Una doctrina socialista del movimiento obrero, para que no se quede como un dogma sin vida, debe construir sus fundamentos *psicológicos*, colocar en el centro de la doctrina el *hombre* y no el *modo de producción*. El centro de gravedad de los esfuerzos del teórico deberá desplazarse, abandonar el análisis de la plus-valía y concentrar su atención en el estudio de las realidades de la vida del taller, en las instituciones que ha creado la vida obrera y en las transformaciones y modificaciones en las concepciones jurídicas y éticas. La nueva doctrina no pretenderá fijar los fines del socialismo, sino solamente indicar las condiciones a las que debe someterse si quiere obrar con eficacia.

Henri de Man ha intentado, con su interpretación psicológica, crear una mística nueva con la base marxista. No ha tenido éxito. Marx no era un místico, sino un economista de realidades.

El marxismo realista

Hay un grupo considerable de intelectuales que pretenden confrontar la doctrina de Marx con la realidad y aprovechar lo que contenga de útil. Piensan que el socialismo no se desarrolla normalmente porque el movimiento económico lo sobrepasa. El título de la obra de Montagnon, *Grandeza y servidumbre socialistas*, caracteriza esta tendencia revisionista. Su servidumbre consiste en que la doctrina socialista no corresponde a los hechos. Sus textos estorban toda acción verdadera. La debilidad del socialismo actual está en que su práctica no cuadra con sus teorías.

A este efecto, es necesario:

1.° Abandonar en seguida su voluntad de seguir siendo lo que nunca ha sido integralmente: un partido de clase.

2.° Confrontar los hechos económicos con la doctrina marxista.

3.° Hacer la síntesis de esta confrontación entre las ideas y la realidad.

Cumplido esto, la revolución no será ya la función histórica de una clase a la que le falta capacidad y competencia, sino la obra de los técnicos,

de los juristas, de los obreros, perteneciendo, aparte de toda noción de clase, a una generación realista.

Sammy Béracha lo concreta así: "El marxismo está vivo, pero está enfermo. Necesita una seria operación".

Estos marxistas heterodoxos hacen suya la frase de Sorel cuando indica que la marcha al socialismo no se producirá de una forma tan simple, tan necesaria y, por consecuencia, tan fácil como la había previsto Marx.

Creen que la vieja polémica sostenida por Bernstein y Kautski a propósito del revisionismo y que está latente en las querellas de los partidos, se ha de terminar por una síntesis. Los ortodoxos y los heterodoxos tienen su parte de razón.

Por lo mismo, hay que aprovechar lo bueno de cada uno y tratar de hacer una unificación del pensamiento socialista. Y esta conciliación ha de realizarse por medio de un estudio serio de las realidades económicas.

FIN

Valencia, 1930.

BIBLIOTECA NACIONAL
24 JUN. 1961
Secc. Control y Cat.

INDICE

Páginas

Introducción 7

PRE MARXISMO

El comunismo de Babeuf 19
Saint-Simón. El colectivismo 23
El asociacionismo: Fourier 26
El comunismo federativo: Robert Owen y Willian Thomson 29
Buonarroti.—Blanqui.—Cabet 33
Pecqueur.—Colins.—La transición colectivista . . 38
Proudhon 41

EL MARXISMO

El marxismo.—Carlos Marx.—El hombre. 47
La significación histórico-filosófiica del marxismo. 54
La concepción materialista o dialéctica 63
Los impugnadores del materialismo histórico . . . 86

ECONOMIA MARXISTA

Precursores 95
La formación del marxismo económico 96
El valor de las cosas 103
La formación del capital 109

Páginas

Valor de la fuerza de trabajo 112
La plus-valía 118
El salario 123

LA GANANCIA CAPITALISTA

La graduación científica de la explotación del trabajador 133
La renta de la tierra 137
La acumulación 145
Las crisis económicas 149

EL IMPERIALISMO ECONOMICO

El último reducto 159

MARXISMO Y DERECHO

Marxismo y Derecho 177

POST-MARXISMO

La rectificación del marxismo 197
La influencia ética: Benoit Malon 198
El racionalismo socialista.—George Renard 203
El reformismo 206
La síntesis.—Jean Jaurés 209

EL NEO-MARXISMO

Sindicalismo revolucionario 219
La filosofía sindicalista.—George Sorel 222
El neo-socialismo 226
El marxismo realista 229

EDICIONES MORATA, MADRID

1926 TEMAS DE NUESTRO TIEMPO 1930

Aguilera y Arjona.—AL SERVICIO DE LA CONCIENCIA CIUDADANA, 1930. Un vol. de 248 páginas (13 × 19). 5 pesetas. [CXXVI]

Aragonés, F.—PRONTUARIO JURIDICO HISPANO-MARROQUI, 1930. Un vol. de 208 páginas (10 × 14). 5 ptas. [CX]

Armiñán, L. y J. M.—FRANCIA, EL DICTADOR Y EL MORO, 1930. Un vol. de 240 páginas 13 × 19). 5 ptas. [CXXVIII]

Barcia Goyanes, J. J.—LA VIDA, EL SEXO Y LA HERENCIA, 1928. Un vol. de 244 páginas (13 × 19) y 26 figs. 8 ptas. [XXXII]

Benito, José, L. de.—LA DOCTRINA ESPAÑOLA DE LA QUIEBRA, 1930. Un vol. de 256 páginas (13 × 19). 1 ptas. [CXXXII]

Burgos y Mazo, M.—AL SERVICIO DE LA DOCTRINA CONSTITUCIONAL, 1930. Un vol. de 240 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CXII]

Coutts, W. E.—EL DESEO DE MATAR Y EL INSTINTO SEXUAL, 1929. Un vol. de 168 pá-

ginas (13 × 19). Prólogo del Prof. LEA-PLAZA 4 ptas. [L]

— TIRANIA SEXUAL Y SEXO TIRANIZADO, 1930. Un vol. de 256 págs. (13 × 19). Prólogo de SAMUEL GUZMÁN. 5 ptas. [CXXXI]

DÍEZ FERNÁNDEZ, C.—CASTIDAD, IMPULSO Y DESEO, 1930. Un vol. de 128 págs. (17 × 12). 2,50 ptas. [CXXI]

DOMINGO, M.—LIBERTAD Y AUTORIDAD, 1928. Un vol. de 480 págs. (13 × 19). 7,50 ptas. [XXXIV]

— ¿QUE ESPERA EL REY?, 1930. Un vol. de 256 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CXXIX]

FABRA RIBAS, A.—LA ORGANIZACION INTERNACIONAL DEL TRABAJO, 1926. Un vol. de 216 págs. (13 × 19) y 10 figs. 5 ptas. [III]

FEYJÓO, E.—LOS HOMBRES DE VIDRIO, 1929. Un vol. de 192 págs. (13 × 19). Juicios de ZOZAYA, ROSO DE LUNA y LEZAMA. 4 ptas. [LXX]

GARCITORAL, ALICIO.—LA RUTA DE MARCELINO DOMINGO. *Ensayos*, 1930. Un vol. de 256 páginas (13 × 19). 5 ptas. [CXI]

HERNÁNDEZ MIR, F.—LA DICTADURA EN MARRUECOS, 1930. Un vol. de 256 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CXXII]

IGLESIAS, PABLO.—AL SERVICIO DEL PUEBLO, 1930. Un vol. de 240 págs. (13 × 19) y 15 figs. 5 ptas. [VIII]

IZQUIERDO, J.—LA NOCHE ENCANTADA. Un volumen de 200 págs. (13 × 19) y 12 figs. 2.ª ed.). 5 ptas. [XCVIII]

JIMÉNEZ DE ASÚA, L.—AL SERVICIO DEL DERECHO PENAL, 1930. Un volumen de 224 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CXXX]

—AL SERVICIO DE LA NUEVA GENERACION. *Ensayos*, 1930. Un volumen de 240 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CXXXVI]

LARGO CABALLERO, F.—PRESENTE Y FUTURO DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES, 1926. Un vol. de 258 págs. (13 × 19). 4 ptas. [I]

LERROUX, A.—AL SERVICIO DE LA REPUBLICA. 1930. Un volumen de 368 págs. (13 × 19). 5 ptas. [XCVII]

LIPSCHÜTZ, A.—POR QUE MORIMOS. 1930. Un vol. de 168 págs. (13 × 19). 4 ptas. [CXVIII]

LÓPEZ UREÑA, F.—EL MISTERIO DE LA VIDA. *Ensayo de Biología universal*, 1929. Un vol. de 360 págs. (13 × 19) y 17 figs. 6 ptas. [XLII]

MARAÑÓN, G. Y OTROS.—LA DICTADURA ME HONRO ENCARCELANDOME. *Reportaje de R. Gómez Fernández*, 1930. Un vol. de 216 págs. (13 × 19). 5 ptas.

MAURA GAMAZO, G.—AL SERVICIO DE LA HISTORIA, 1930. *Bosquejo histórico de la Dictadura*. Un vol. de 384 págs. (16 × 23). 10 pesetas. [CIV]

MINGUIJON, S.—AL SERVICIO DE LA TRADICION. *Ensayo histórico-doctrinal*, 1930. Un volumen de 280 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CVIII]

NOGUERA, J.—MORAL, EUGENESIA Y DERECHO. 1930. Un vol. de 274 págs. (13 × 19). Prólogo del profesor G. MARAÑON, 5 ptas. [XCI]

NÓVOA SANTOS, R.—EL INSTINTO DE LA MUERTE, 1927. Un vol. de 192 págs. (13 × 19) y 23 figs. 4 ptas. [XVII]

OSSORIO Y GALLARDO, A.—ESBOZOS HISTORI

COS, 1930. Un vol. de 256 págs. (13 × 19). 5 pesetas. [XCII]

— EL ALMA DE LA TOGA, 1929. Un vol. de 304 páginas (13 × 19). (3.ª edi.) 5 ptas. [LXXXV]

OTAOLA, J. M.ª—SEXO Y MATRIMONIO, 1930. Un vol. de 208 págs. (13 × 19). 4 ptas. [CXXXIV]

PALOMO, E.—DOS ENSAYOS DE REVOLUCION. *¿España en marcha?*, 1930. Un vol. de 160 págs. (13 × 19). 4 ptas. [CXV]

PLÁ, J.—LA MISION INTERNACIONAL DE LA RAZA HISPANICA, 1928. Un vol. de 136 págs. (13 × 19). Prólogo del profesor B. FERNÁNDEZ Y MEDINA. 3 pesetas. [XXXV]

POLO FIAYO, F.—EL GRAN ESCLAVO, EL MEDICO, 1929. Un vol. de 260 págs. (13 × 19). 5 pesetas. [LVI]

— EL MEDICO GOBERNANTE, 1930. Un volumen de 368 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CXX]

PRADERA, V.—AL SERVICIO DE LA PATRIA. *Las ocasiones perdidas por la Dictadura*, 1930. Un vol. de 348 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CXIII]

RICO, P.—EL SPORT EN ESPAÑA, 1930. Un volumen de 224 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CXXIII]

RÍOS, F. DE LOS.—EL SENTIDO HUMANISTA DEL SOCIALISMO, 1926. Un vol. de 440 págs (13 × 19). 7,50 ptas. [X]

ROSO DE LUNA, M.—ABERRACIONES PSIQUICAS DEL SEXO, 1929. Un vol. de 248 págs. (16 × 23). 10 ptas. [LXXVI]

ROYO VILLANOVA, R.—LA RESPONSABILIDAD MEDICA Y EL NUEVO CODIGO PENAL, 1930. Un vol. de 256 págs. (13 × 19). 5 pesetas. [CXVII]

RUIZ FUNES, M.—ENDOCRINOLOGIA Y CRIMINALIDAD, 1929. Un vol. de 372 págs. (16 × 23). 15 ptas. [LXII]

— DELITO Y LIBERTAD. *Ensayos*, 1930. Un vol. de 256 págs. (13 × 19). 5 ptas. [C]

SALDAÑA, Q.—AL SERVICIO DE LA JUSTICIA. *La Orgía áurea de la Dictadura*, 1930. Un vol. de 308 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CXIV]

SÁNCHEZ GUERRA, J.—AL SERVICIO DE ESPAÑA. *Un manifiesto, un discurso y unas apostillas*, 1930. Un vol. de 192 págs. (13 × 19). 5 pesetas. [CVI]

SENADOR, J.—AL SERVICIO DE LA PLEBE. *La farsa trágica. Miseria*. Un vol. de 212 págs. (13 × 19). 5 ptas. [XCIV]

TORRUBIANO RIPOLL, J.—EL DIVORCIO VINCULAR Y EL DOGMA CATOLICO, 1926. Un volumen de 448 págs. (13 × 19). 7,50 ptas. [XII]

— AL SERVICIO DEL MATRIMONIO. *Teología y Eugenesia*, 1929. Un vol. de 220 págs. (13 × 19). Prólogo del profesor L. JIMÉNEZ DE ASÚA. 5 pesetas. [XLII]

— BEATERIA Y RELIGION. *Meditaciones de un canonista*, 1930. Un vol. de 256 págs. (13 × 19). 5 ptas. [LXXXIX]

VALDÉS LAMBEA, J.—TUBERCULOSOS Y NO TUBERCULOSOS, 1929. Un vol. de 212 páginas (14 × 21). 5 ptas. [XLVII]

VILLANUEVA, F.—EL MOMENTO CONSTITUCIONAL, 1929. Un vol. de 206 págs. (13 × 19). 3.ª edición, 5 ptas. [LXXIX]

— ¿QUE HA PASADO AQUI? Continuación a *El momento constitucional*. Un vol. de 200 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CIII]

— LA DICTADURA MILITAR, 1930, II tomo de *Obstáculos tradicionales*. Un vol. de 256 págs. (13 × 19). 5 ptas. [CVII]

ZAMBRANO, M.—HORIZONTES DEL NUEVO LIBERALISMO, 1930. Un volumen de 144 págs. (17 × 12). 2,50 ptas. [CXXXVII]

ZUGAZAGOITIA, J.—UNA VIDA ANONIMA. *Vida del obrero*, 1927. Un vol. de 240 págs. (13 × 19). 10 figs. 5 ptas. [XVI]

—UNA VIDA HEROICA. *Pablo Iglesias*, 1926. Un vol. de 200 págs. (13 × 19). 5 ptas. [IV]

El Marxismo
de M. Civera
se imprimió en Madrid en
imprenta Argis
Altamirano, 18
año 1930

CONCESIONARIO PARA LA VENTA
CENTRO EDITORIAL "MINERVA"
Tudescos, 39 y 41 ••• MADRID